



RAÍCES DE LIBERTAD

Antonio Merino Santamaría
Álvaro Chapa Imaz

Prólogo de Mariano Rajoy

RAÍCES DE LIBERTAD

Antonio Merino Santamaría
Álvaro Chapa Imaz

Prólogo de Mariano Rajoy

Propietario de los Derechos: Fundación Popular de Estudios Vascos, 2011

Acuerdo de Licencia:

Este libro está publicado bajo la siguiente licencia Creative Commons:
Atribución-CompartirIgual 3.0 Unported (CC BY-SA 3.0)
(<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/deed.es>)



Depósito Legal: BI-324/2011

ISBN 978-84-615-0648-4

Colaboran:



**Para que nuestros hijos comprendan
porqué lucharon sus padres**

ÍNDICE

└ Presentación _____	7
└ Prólogo _____	9
└ Introducción _____	13
└ Luis Candendo Pérez _____	17
└ José Antonio Vivó Undabarrena _____	23
└ Modesto Carriegas Pérez _____	29
└ Luís María Uriarte Alzaa _____	39
└ Ramón Baglietto Martínez _____	47
└ José Ignacio Ustaran Ramírez _____	57
└ Jaime Arrese Arizmendiarieta _____	63
└ Juan de Dios Doval de Mateo _____	71
└ Vicente Zorita Alonso _____	83
└ Alberto López Jaureguizar _____	91
└ José Larrañaga Arenas _____	99
└ Gregorio Ordóñez Fenollar _____	115
└ Miguel Ángel Blanco Garrido _____	127
└ José Luís Caso Cortines _____	139
└ Juan Ignacio Iruretagoyena Larrañaga _____	151
└ Manuel Zamarreño Villoria _____	159
└ Alberto Jiménez Becerril y Ascensión García Ortiz _____	169
└ Jesús María Pedrosa Urquiza _____	177
└ Manuel Indiano Azaustre _____	189
└ José María Martín Carpena _____	199
└ José Luis Ruiz Casado _____	209
└ Francisco Cano Consuegra _____	217
└ Manuel Giménez Abad _____	223
└ Listado de víctimas de ETA _____	233

PRESENTACIÓN

El primer objetivo con el que nació la Fundación Popular de Estudios Vascos se cumple hoy con la presentación de este libro. Raíces de Libertad es un emocionado homenaje a las víctimas del terrorismo de ETA, asesinadas única y exclusivamente por representar las ideas del centro derecha ligadas al concepto y sentimiento de ser vascos, al mismo tiempo que españoles.

Podemos dividir la actuación de la sinrazón terrorista en dos momentos bien definidos; en los inicios de la transición democrática, (finales de los setenta y principios de los ochenta), en el que el terrorismo casi consiguió exterminar nuestra ideología en el País Vasco atentando contra los representantes de Unión de Centro Democrático y de Alianza Popular y, desde 1989 con el resurgimiento del centro derecha vasco, logrado en la fusión de diversos partidos que dieron luz al Partido Popular. Desde este momento puede plantearse una alternativa política al nacionalismo incluso a nivel municipal. En las dos épocas han sido muchos más los atentados fallidos contra compañeros que no aparecen en el libro, a los que quiero agradecer desde aquí su compromiso,

porque con el trabajo y el sufrimiento de todos hoy sabemos que podemos acabar con el terrorismo de ETA.

Hemos querido recordar principalmente a las personas, no a los cargos que ocuparon, porque en primer lugar fueron padres, esposos, hijos, ilusionados con sus trabajos, esperanzados con sus familias. Al igual que el resto de víctimas del terrorismo, las semblanzas que ahora surgen a la luz son para nosotros más que una fecha en el calendario del dolor.

Con esta publicación queremos recordar a nuestros compañeros que se conformaron sin proponérselo -junto con las demás víctimas-, en la raíz de la libertad, de un derecho que estamos a punto de alcanzar. Esta es la única razón por la que los militantes y simpatizantes del Partido Popular vasco seguimos defendiendo lo mismo que nuestros muertos defendieron: ser libres en una sociedad que no lo es, reclamar la igualdad de derechos entre vascos y, con su ejemplo, representar a quienes se les niega la voz y el voto.

Y en esta lucha no hemos estado solos, también han sufrido nuestros compañeros de toda España, algunos de ellos víctimas también del terror por poseer la misma identidad que la de los Populares vascos, con el agravante de carecer de protección alguna.

Quiero agradecer su labor y dedicación a Antonio Merino Santamaría y a Álvaro Chapa Imaz, autores del libro, sin olvidar la necesaria coordinación y trabajo de Carlos Olazábal, alma mater e impulsor de esta obra. Muchas gracias a todos.

Antón Damborenea Basterrechea
Presidente de la Fundación Popular de Estudios Vascos

PRÓLOGO

Estábamos en la “hora cero” de la democracia española. Sin duda, la transición supuso uno de los logros más extraordinarios de nuestra sociedad, además de un ejemplo de unidad y firmeza para el resto del mundo.

En aquellos momentos también eran las primeras horas para el centro derecha en nuestro país, muchos de cuyos artífices son hoy, para nuestra tristeza, protagonistas inolvidables del libro que tengo el honor de prologar, y cuyos autores son orgullosos testigos de la valía de todos aquellos hombres y mujeres que con un sacrificio literalmente impagable contribuyeron a hacer posible la democracia en España.

Hora cero también para un partido que tiene que mirarse en el espejo de esos años para ver en el mismo reflejado todo lo que es hoy. Porque al volver la mirada hacia ese espejo sincero, desde cualquiera de los ángulos posibles, vemos que la Libertad siempre ha estado en la raíz de nuestro compromiso político, detrás de cualquiera de las siglas que más tarde confluirían en el

Partido Popular. Libertad, con mayúsculas. Libertad que va inexorablemente unida a otras palabras mayúsculas de la democracia: Justicia e Igualdad. Y sobre estos tres pilares se construyen desde el origen los postulados del Partido Popular, con las personas como eje de su compromiso, huyendo de los excesos de dogmatismo y tratando de mantener siempre la coherencia entre sujetos y predicados.

En las postrimerías de los años 70 del siglo pasado comenzamos a construir, entre todos, la Constitución por la que hoy nos regimos. Recuperamos el sujeto político soberano que se constituyó en 1812: la nación de ciudadanos libres e iguales. Y en aquél histórico referéndum, el 6 de diciembre de 1978, casi 9 de cada 10 españoles votaron a favor del texto que previamente habían aprobado las Cortes. Aquel día, que en Pontevedra recuerdo lluvioso, se produjo un acto de conciliación nacional que explicitaba el deseo de los españoles de convivir en paz.

Pero al igual que sucede en todas las sociedades abiertas, la historia siempre queda matizada por luces y por sombras. Aquí, la mayor de las luces ha sido la valentía de todos aquellos que han apostado por la defensa de un Estado de derecho y por su salvaguarda como la mejor de las garantías para lograr conjugar esa Libertad con la Justicia y la Igualdad. La más pesada de todas las sombras sin duda ha sido el terrorismo, el mayor enemigo de las sociedades abiertas.

El objetivo del terrorismo etarra ha sido el de acabar con la convivencia mediante la agresión a la vida y a la libertad de los ciudadanos, obligar a la democracia a desistir e imponer la ruptura. Ha producido la muerte, la mutilación y el sufrimiento a miles de personas, y ha amenazado la fortaleza de nuestra

democracia al tratar de imponer mediante la violencia una ruptura del régimen constitucional que nos dimos los españoles en 1978.

Los testimonios de los familiares y amigos de las víctimas del terrorismo etarra coinciden al reconocer de algún modo un punto de inflexión en su día a día; un punto de inflexión que supuso la diferencia entre sentirse libres y sentirse realmente amenazados. Y la sociedad española también reconoce su punto de inflexión, en la movilización que siguió al secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco, tras un criminal intento de chantaje al Gobierno y a los mismos ciudadanos, que salieron en todos los rincones de España para devolver el ultimátum a la banda terrorista. Ya no servía el terror; no servían las amenazas, el chantaje ni la coacción. Ese punto de inflexión significó la derrota social de ETA. Y había que empezar a hacer efectiva esa derrota.

A los sucesivos Gobiernos de José María Aznar, de los que formé parte ocupándome entre otras responsabilidades del Ministerio del Interior durante una etapa fundamental de la lucha antiterrorista, les correspondía esa tarea: hacer efectiva la derrota de la banda sin finales dialogados que únicamente supondrían diálogos sin final.

En nuestra coherencia entre sujetos y predicados siempre hemos tenido meridianamente claro que el único final posible es aquel que presenta a las víctimas como vencedoras, y a los terroristas como vencidos. Y en este sentido, durante esos años de Gobierno basamos la exitosa política antiterrorista en cinco aspectos fundamentales. En primer lugar, la firmeza democrática que implica el rechazo más absoluto a pagar cualquier precio político o a ceder a ningún chantaje.

En segundo lugar, la fortaleza del Estado de Derecho; creo firmemente en la ley democrática y en su aplicación sin margen alguno para el fraude, la impunidad o el desafío. Por supuesto, la cooperación internacional era no solo una cuestión de eficacia, sino también un requerimiento moral; era necesario que esa derrota social que había tenido lugar en España fuera compartida por las sociedades democráticas del resto del mundo. En cuarto lugar basamos nuestra política antiterrorista en una eficaz acción de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado y, por último, el aspecto quizás más fundamental, es el recuerdo, el respeto y la voz para las víctimas.

Nadie se merece en España mayor testimonio de cercanía y compromiso que las víctimas del terrorismo; primero porque nuestras instituciones tienen la obligación de adoptar las medidas necesarias para paliar su tragedia personal y familiar, de promover su ayuda, su protección y el reconocimiento social que merecen; y segundo, porque constituyen el primer referente de la propia lucha contra cualquier manifestación de terrorismo.

La España de hoy devuelve en ese espejo sincero el reflejo de la capacidad de todos esos hombres y mujeres que, siguiendo el dictado de su conciencia, defendieron la ética del deber hasta las últimas consecuencias. Y ese reflejo nos guía lejos de los atajos en la lucha de todos por la derrota final del terrorismo.

Tenemos anotada una importante victoria: el reconocimiento de la memoria y dignidad de las víctimas, así como el reconocimiento de la más digna de todas las causas, que es la suya: la Justicia. Y esa victoria de la dignidad, de la memoria y de la justicia de las víctimas del terrorismo ni es negociable ni admite ningún paso atrás.

Mariano Rajoy Brey. Presidente del Partido Popular

INTRODUCCIÓN

Este libro trata de las vidas de veinticuatro hombres asesinados cobardemente por la organización terrorista ETA entre los años 1978 y 2001. El sentido primordial de la presentación de sus semblanzas consiste en que todos las personas de bien nos emocionemos por la grandeza de su sacrificio, por la sencillez de sus vidas, y por la enternecedora abnegación aplicada en construir sus respectivas familias, al tiempo que con su libérrimo criterio político intentaban mejorar la vida de sus conciudadanos.

La Fundación Popular de Estudios Vascos sabía desde su reciente nacimiento, que éste tendría que ser su objetivo preferente, dar voz a las familias de nuestros muertos para que, mediante sus remembranzas emocionadas, nunca nadie olvide, aunque pasen los años, aunque transcurran las generaciones, que hubo entre nosotros hombres excepcionales a los que deberíamos reverenciar constantemente.

Las veinticuatro biografías refieren a los asesinados por el terrorismo del nacionalismo radical vasco, miembros todos ellos de

Alianza Popular, de Coalición Popular-Unión Foral, de Unión de Centro Democrático y del Partido Popular. El resto de las víctimas del terrorismo están implícitamente presentes en las pequeñas biografías, pues todas ellas padecieron igualmente la tragedia del horror.

Seguramente este homenaje editorial debería haberse producido hace mucho tiempo, aunque es cierto también que, hasta no hace muchos meses, los responsables del centro derecha no nacionalista del País Vasco destinaban todos sus esfuerzos a mantenerse con vida ante la atroz cacería ejercida por el terrorismo nacionalista. Para preparar el homenaje, y traer al presente el recuerdo de la dignidad de tantos que solo anhelaron su libertad, era necesaria una cierta serenidad para pensar en el contenido de este libro; ahora es el momento, aunque lamentablemente todavía no se pueda bajar la guardia en lo tocante a la seguridad personal.

Casi todas las semblanzas se han construido con los recuerdos de sus seres queridos y con la aportación de algunos detalles recogidos en la prensa a propósito de cada atentado de ETA. Las entrevistas mantenidas con las viudas o con los hijos de los asesinados no han sido nada sencillas de realizar porque, aunque en algunos casos los años pasados desde la muerte del padre o del marido iban más allá de la treintena, se hacía evidente que el amor, ese inmenso amor que duele tanto, constituyó la esencia de cada familia y seguía presente en todos ellos sin necesidad de acudir al recuerdo. La añoranza del padre, del marido, hacía ver que los lazos no se habían desvanecido, manifestándose en lágrimas con las que casi siempre terminamos nuestras conversaciones.

Las remembranzas resaltan cómo era cada uno de nuestros compañeros a la luz de sus propias familias, que fueron, a la postre, quienes realmente les conocieron. La semblanza de

Gregorio Ordóñez está escrita tras la lectura de la biografía publicada sobre Goyo por la Fundación Ordóñez y, la de Modesto Carriegas, por la pluma de Rafa, su hijo. La pequeña biografía de José Ignacio Ustaran llega de la pluma de Alfredo Marco Tabar, su amigo del alma, y la de Juan de Dios Doval, de su hijo Juan, renombrado periodista. Ninguno de los textos recoge la literalidad de las conversaciones grabadas mantenidas con cada uno de nuestros interlocutores, aunque todas cuentan con su beneplácito para la inclusión en esta memoria del dolor.

Gran parte de los muertos fueron anónimos concejales o, en algún caso, militantes sin responsabilidad de representación pública. Todos fueron buenas personas, honrados trabajadores de sus oficios que sólo se preocuparon por conseguir la mejora de los pueblos, de las ciudades para las que trabajaron, sin pedir nada a cambio. En algunos casos incluso no cobraban por la representación municipal que ostentaban.

Contemplar semejante dedicación, tan sincera, tan llena de honor, apela a la responsabilidad de todos los cargos públicos españoles, con el fin de que sean dignos receptores del supremo sacrificio de sus compañeros asesinados, de los concejales y parlamentarios arrebatados del tiempo por el odio del nacionalismo totalitario. Los citados en esta nómina sólo se llevaron a la tumba el dolor de los suyos y una florida corona de condolencia. En su hogar dejaron la tragedia que no desapareció nunca y una pensión, cuando se daba, de cuantía mínima. Tuvo que llegar el presidente Aznar para restaurar la injusticia de un Estado que hasta entonces se portó cicateramente con las víctimas del terror.

Pero no fue sólo el Estado. En las semblanzas de nuestros biografiados y en la prensa de cada época se da razón de la

indecencia con la que respondió la sociedad vasca ante los asesinatos, mirando hacia otra parte, no queriéndose complicar la vida en la defensa de la libertad, en una cuestión que por la aceptación del cobarde silencio, la corrompió hasta límites insospechados. El cáncer producido por el terrorismo nacionalista en nuestra sociedad es tan grave, que algunos incluso teorizan sobre la conveniencia de que en la guerra contra el terror no pueda haber vencedores ni vencidos. Nuestros veinticuatro muertos sólo anhelan la paz eterna, el goce de la gloria que ya alcanzaron el día de su muerte. Nosotros, los vivos, hemos de seguir luchando por la libertad, con el compromiso y la memoria de los que nos precedieron por conquistar la libertad tan soñada.

Los Autores

**LUIS
CANDENDO PÉREZ**

(1936-1978)



LUIS CANDENDO PÉREZ (1936-1978)

Mi marido **LUIS** nació el 17 de julio de 1936 en un pueblecito de Galicia llamado Las Cortes, perteneciente a un concejo cercano a Orense capital. Su familia provenía de un entorno rural muy humilde, por este motivo emigró de su tierra para buscarse la vida y labrarse un porvenir. Antes de llegar a Guipúzcoa estuvo una temporada con un tío suyo en Asturias, mientras cursaba los primeros estudios. El caso es que mediada la década de los cincuenta del siglo pasado llegó a nuestra provincia y aquí se instaló, feliz porque pensaba que podría lograr con su esfuerzo una vida dichosa.

Cuando le conocí, Luis era ya empleado de la empresa transformadora del hierro, Unión Cerrajera, que con el tiempo pasó a denominarse Altos Hornos de Vergara. Como se sabe, Vergara, entonces, y, ahora Bergara, está situada a cuatro kilómetros de Anzuola, que es el pueblo donde yo vivía por ser mi familia oriunda de este valle desde hace un sinfín de generaciones. Anzuola está situada en las faldas del puerto de Descarga, relativamente cerca también de Oñate y Legazpia, es decir, en la cabecera del valle del río Deba. Yo vivía en el caserío de mi familia y Luis, con unos amigos de Altos Hornos, en una casa alquilada igualmente en Anzuola. Nos conocimos en alguna fiesta del pueblo y con el tiempo decidimos seguir la vida juntos para siempre mediante el compromiso del matrimonio. He de decir que en lo más importante la vida nos sonrió al entregarnos tres hijos maravillosos.

A los pocos años de casarnos Luis sufrió un accidente laboral y perdió la pierna izquierda por debajo de la rodilla, pero como siempre fue un hombre animoso consiguió salir adelante con una prótesis que le permitió caminar perfectamente. Con el tiempo, y gracias a las promociones internas de Altos Hornos, que superó holgadamente, logró su máxima cualificación al ser nombrado responsable de una máquina fundamental para el funcionamiento de la acería, o así lo entendí yo en su momento al verle tan feliz, por lo que conseguía tras años de esfuerzo.

Vivió con intensidad los primeros años de nuestros hijos y se reía, feliz, cuando los bebés comenzaban a reconocer a su padre. Era una estampa preciosa y emocionante. Cuando los chicos fueron mayores se escolarizaron en un primer momento en Anzuola y más tarde en Vergara, en el colegio de la Compañía de María, para poder realizar la EGB. Uno de los chicos terminó sus estudios de bachillerato en el colegio de los Corazonistas de Vitoria.

Una vez casados Luis no volvió a su Galicia natal. Solía venir su madre dos semanas al año, una para pasarla con nosotros y los chicos, y la segunda con otra hija suya casada que vivía en Zumárraga, muy cerca de nuestro pueblo. Cuando lo mataron y los hijos se fueron haciendo mayores les llevé a que conocieran el solar de su padre, la tierra tan preciosa de donde partió a la aventura, a esa aventura que les dio la vida. Alguno de ellos luego, siendo adultos, ha vuelto por su cuenta para visitar a su familia y para reconocerse en los paisajes que pisó su padre.

Acostumbrábamos a ir de veraneo al sur, a Andalucía, pero habitualmente su modo de descansar y disfrutar del tiempo libre era pescando la trucha salmonera en los ríos guipuzcoanos, antes

de que la contaminación machacara nuestros ríos. En alguna ocasión se dejó caer por Orio, junto al mar, para pescar anguilas. No comía nada de lo que pescaba: tenía una rara aprensión en este tema.

Así fuimos viviendo hasta que Luis se metió en la política. Desde tiempo antes de la Transición, notaba que le gustaba todo aquello que redundara en beneficio del prójimo. Antes de 1975 fue uno de los enlaces sindicales de Altos Hornos de Vergara transmitiendo a los jefes las quejas y posibles soluciones de sus compañeros. Con la llegada de la democracia y la implantación de los partidos políticos, comentó varias veces en casa que la libertad era algo realmente grande y que había que defenderla y participar en ella. Este fue el motivo por el que se afilió a UCD y, por supuesto, porque era amigo de Jaime Mayor. No recuerdo si llegó a presentarse por su partido en alguna convocatoria electoral, porque su vida política corría al margen de su familia. Los chicos eran muy pequeños y a mi ese mundo no me interesaba mucho. Lo cierto es que en casa nunca recibimos ninguna amenaza, antes ni después de su asesinato a manos del nacionalismo radical de ETA.

El nueve de noviembre de 1978 oí que llegaba en su coche del trabajo a casa como siempre. Todos los días le bajaba al coche un bocadillo para que se fuera a tomarlo con sus amigos en la sociedad a la que pertenecía, pero ese día dos pistoleros le asesinaron –prácticamente delante de mí...- y destrozaron al mismo tiempo nuestra vida. Después del asesinato, mi hijo mayor, que entonces tenía trece años, y como si yo tuviera la respuesta, me preguntaba con el dolor más desgarrador: *“Ama, ¿por qué, por qué han disparado al padre? Si era bueno, así era bueno!”* Y es verdad, Luis siempre llenó con su bondad a todos los que le

conocieron. Al funeral por su alma vino mucha gente del pueblo, pero no todos. Poco después, sus amigos ausentes en el sepelio dijeron a sus mujeres que me trasmitieran su excusa, pues tenían miedo de ser reconocidos como amigos de Luis...

Han pasado más de treinta años desde entonces, y todavía seguimos queriéndole, con la misma intensidad del primer día.

**JOSÉ ANTONIO
VIVÓ UNDABARRENA**

(1930-1979)



JOSÉ ANTONIO VIVÓ UNDABARRENA (1930-1979)

JOSÉ ANTONIO, nuestro padre nació el nueve de marzo de 1930 en las frías tierras del norte de Burgos, en Espinosa de los Monteros, cabecera de la comarca de las Merindades. En realidad su familia no era burgalesa ya que su padre era oriundo de Córdoba y su madre de Bilbao. Los avatares de la vida llevaron a nuestros abuelos a residir en aquella población por razón del oficio de nuestro abuelo, que en el momento del nacimiento de nuestro padre ocupaba la plaza de Secretario judicial de Espinosa.

El caso es que años después nuestro padre y su familia se trasladaron a San Sebastián. En esta ciudad que tanto quiso conoció a nuestra madre, Julieta Subijana, en las verbenas y fiestas del verano en el que iniciaron su noviazgo. Nuestra madre es tía de nuestro primo hermano Pedro Subijana, el afamado cocinero que ha conseguido encumbrar la restauración local a la cima más alta de la gastronomía.

Nuestro padre tuvo dos hermanos más, ambos sacerdotes; Enrique, tras alcanzar las órdenes sagradas después de cumplir los estudios eclesiásticos en Comillas, fue miembro del Tribunal de La Rota; muchas personas le recordarán como un gran erudito y profesor de la Universidad a Distancia.

Nuestros padres se casaron en San Sebastián, tras realizar el servicio militar en el ejército del aire y ocuparse de sus estudios

de su posterior titulación de practicante. Allí nació la primera hija y posteriormente se trasladaron al Goyerri, en primer lugar a Beasain, donde nacieron dos hijos, posteriormente a Idiazábal donde nacieron otros dos hijos y finalmente a Olaberria.

El motivo por el que decidieron trasladarse al centro de la comarca del Goyerri se debió a que mi padre fue nombrado gerente de personal de la Acería Aristraín, una factoría que ocupaba a muchísimos empleados. Gran parte de los trabajadores vivían en un poblado creado por la empresa para este fin y, por lo tanto, nosotros ocupamos la casa destinada para el gerente de personal de la firma.

En Olaberría tuvimos una infancia feliz. Después de terminar las clases en la escuela perteneciente a la acería, jugábamos con todos los niños en las calles del poblado con total despreocupación de nuestros padres, pues sabían que estábamos rodeados de gente buena y porque sabían que nada podría pasarnos en un ambiente en el que todos nos conocíamos. Además, en el culmen de nuestra dicha contábamos con la alegría de nuestro padre los fines de semana, que era cuando más tiempo nos dedicaba. Una de sus aficiones consistía en absorberse en lo que hoy se llama bricolage, y además de ocuparse de las reparaciones domésticas, nos preparaba todo tipo de distracciones como un fuerte de madera donde jugábamos a indios y vaqueros, y varias goitiveras para deslizarnos velozmente por las cuevas del perímetro del poblado. Fue también aficionado a la cría de animales, especialmente de canarios, que se encargaba de recoger por diferentes lugares para posteriormente cruzarlos.

Con el tiempo, cuando fuimos algo mayores, los más jóvenes descubrimos que teníamos un padre excepcional, muy cariñoso,

profundamente familiar, vehemente en el decir y lleno de gracia cuando quería sacar chispa a la parte más jocosa de la vida. Lamentablemente los más jóvenes de los hermanos no tuvimos la dicha de conocerle profundamente pues lo asesinaron en la plenitud de su segunda juventud, cuando disfrutaba de sus cuarenta y nueve lúcidos años. A pesar de que han transcurrido muchos años de su muerte, no se nos ha ido de nuestra memoria los paseos que dimos con él por el monte, o cuando le acompañábamos de vez en cuando a que disfrutara de otra de sus pasiones, la pesca submarina y el mar.

Las vacaciones de verano las disfrutábamos en San Sebastián, cerca de nuestros abuelos. En algunas ocasiones, disfrutábamos de vacaciones en apartamentos que la Acería Aristrain ponía a disposición de sus empleados, eligiendo siempre el Levante Mediterráneo. Fueron temporadas irrepetibles en las que gozamos de la alegría de nuestro padre en toda su intensidad y esplendor, pues se mostraba desinhibido, feliz de estar con los suyos, muy contento.

Un año antes de que le asesinara el terrorismo del nacionalismo radical vasco, tuvo que vivir acompañado por la escolta de la Guardia Civil. Nuestro padre era el alcalde de Olaberría y, además, diputado en las Juntas Generales de Guipúzcoa, y como ya ha quedado explicado, el jefe del personal de la acería. Sus ocupaciones públicas y profesionales -algunos consideraron- que era motivo de secuestro o, en su defecto, de muerte. Nuestro padre fue miembro de Alianza Popular, lo sabemos porque todavía se recuerda en casa la ayuda que le prestamos los más niños, haciendo encartes con las papeletas electorales de su partido, acompañados por la melodía de la canción interpretada por María Ostiz.

La tarde en la que vimos por última vez a mi padre estaban en casa las dos hermanas pequeñas y mi madre. Alguien llamó al timbre de casa y mi madre, siempre la más solícita, fue quien abrió a quienes a empujones se llevaron a mi padre de casa. Nada más cerrar la puerta oímos los disparos que acabaron con su vida y que destrozó para siempre la existencia de nuestra familia.

Su muerte fue tan brutal, nos dejó tan desechos, que nos fuimos del País Vasco. Algunos, con el paso de los años, volvimos a la tierra donde nacimos y que nunca dejamos de querer, seguramente porque nuestro padre nos enseñó a amarla y a respetarla.

**MODESTO
CARRIEGAS PÉREZ**

(1932-1979)



MODESTO CARRIEGAS PÉREZ (1932-1979)

MODESTO, nuestro padre, nació en Arcetales, provincia de Vizcaya, el doce de septiembre de 1932 porque el abuelo Federico, natural de Bilbao, estaba destinado entonces en aquella plaza como responsable del cobro de los impuestos, el antiguo fielato, pensado para gravar los productos cántabros que entraban en Vizcaya. La abuela Consuelo nació en el cercano pueblo de Berceo, en la provincia vecina de Burgos, pero se estableció con los suyos en Zalla, seguramente el lugar en el que conoció a quien sería su marido.

Fue un corto matrimonio feliz porque quince años después de su boda y del nacimiento de nuestro padre, la abuela murió repentinamente llenando de congoja a todos los suyos. Por este motivo la hermana soltera de nuestro abuelo, Carmen, pasó a vivir con ellos intentando suplir con su cariño la ausencia de Consuelo. Nuestro padre no tuvo más hermanos.

Poco después de la Guerra Civil el abuelo fue trasladado a Ermua, en la frontera con Guipúzcoa, con idéntica responsabilidad a la que siempre tuvo en la Diputación Foral, y en esta comarca nuestra familia se radicó hasta que mi padre comenzó su carrera profesional en Bilbao. Años después nos transmitió el gran cariño que tuvo siempre por Ermua, seguramente porque en su frontón se aficionó al deporte de la pelota, pasión a la que dedicó gran parte del tiempo libre que disfrutó desde entonces.

En 1972 habíamos nacido todos los hermanos y vivíamos en una sencilla casa establecida en el barrio de Irala, muy cerca de Zabálburu, desde la que nuestro padre acudía todos los días a la sucursal de Indauchu del Banco Mercantil e Industrial, ya que desde algún tiempo antes había sido nombrado director de la misma.

Desde el momento en el que fuimos algo conscientes descubrimos que la pasión de nuestro padre era estar siempre que podía con sus hijos. Eternamente recordaremos cuánto disfrutaba haciendo los deberes con nosotros, preguntándonos por nuestras cosas de niños, azuzándonos con variedad de preguntas para que desarrolláramos más la perspicacia en la respuesta a alguna cuestión propuesta en el colegio. Y los fines de semana todos le acompañábamos en sus viajes domingueros por variedad de pueblos en los que se jugaban los partidos de bolos, porque nuestro padre fue un buen jugador de los Pasabolo en la liga vizcaína. Arcentales, Sopuerta, Ramales de la Victoria, Zalla, Galdames no tenían secretos, pues en ellos pasamos junto con nuestro padre los domingos de la liga deportiva. Viajar con él era una delicia y a pesar de nuestra corta edad su conversación llenaba nuestra imaginación de infantes haciéndonos enteramente felices.

Mediado el año 1972 el banco responsabilizó a nuestro padre de la sucursal de Baracaldo, una plaza con mayor volumen de negocio y por lo tanto más importante y complicada. Nuestros padres intuyeron que el nuevo cargo requeriría en los primeros años una mayor atención por su parte, entre otras cuestiones porque el director de la sucursal tendría que darse a conocer en el comercio y la industria de Baracaldo y esto le llevaría mucho tiempo, más que el estipulado en su jornada laboral. Por este motivo nos trasladamos todos con él a la nueva ciudad, a un piso del propio Banco, abandonando temporalmente el que nos pertenecía.

Para entonces le habían nombrado presidente de la Federación Vizcaína de Bolos, tarea que en sentido estricto le ocupaba muchísimo tiempo. Era común que todos, y muy especialmente mi madre, le ayudáramos en casa a confeccionar las listas de los campeonatos, rellenar los carnets de los federados, las fichas de los equipos y un largo etcétera lleno de actividades y menudencias que le comían su reducido tiempo libre. En este sentido, nunca tuvo pereza en realizar funciones que sirvieran a los demás por muy correosas que fueran. Era un activista de los buenos, siempre pronto para llenar vacíos y dar buen ambiente donde estuviera. No recordamos en qué año se disfrazó de rey Melchor organizando una recepción para los hijos de los empleados y de los clientes del banco. Algunos seguimos su ejemplo muchos años después y comprendimos la enorme alegría que produce llenar de ilusión la mente de un niño que sólo cree en lo bueno que hay en este mundo.

En algunas ocasiones, pocas por su mucho trabajo, los hermanos mayores íbamos a recogerle al banco después de que termináramos la jornada escolar. Era el director de una sucursal de pueblo pero en nuestras mentes imaginativas nos parecía que nuestro padre era el director del tesoro americano y le mirábamos llenos de orgullo por tener un padre maravilloso.

Llegó el año 1979 que, en su vertiente política, se presentaba lleno de convulsión y falta de entendimiento entre las diversas fuerzas sociales de la transición. Los votantes del centro derecha no nacionalista se encontraban desanimados porque sus siglas no terminaban de cuajar en el electorado vasco. En las Elecciones Generales de marzo de 1979, el centro derecha se presentaba bajo las siglas de Coalición Democrática en todo el Territorio Nacional, como consecuencia del pacto entre José María de

Areilza, Alfonso Osorio y Manuel Fraga, salvo en el País Vasco, en el que se decidió que se presentara como Unión Foral del País Vasco, y que encabezaría Luis Olarra junto con caras nuevas con prestigio y valía profesional, y donde Alianza Popular designaría al candidato número dos de la lista. Alguien sugirió a Antonio Merino, entonces Presidente de Alianza Popular y a Jesús Pérez Bilbao (hombres de la primera hora del centro derecha vasco), que nuestro padre podría ser un buen candidato para la nueva marca en las cercanas elecciones generales.

Tiempo después nos enteramos de que Antonio y Jesús quedaron con él, sin conocerle de antemano, en el Hotel Ercilla de Bilbao, probablemente en diciembre de 1978, para proponerle que se enrolara con ellos y ayudara, con su prestigio y trabajo, a revitalizar el centro derecha en la margen izquierda de la ría. Nuestro padre era un hombre conocido y querido en Baracaldo en razón de su buen hacer profesional. Por otra parte, su sincera afición y responsabilidad en el deporte vizcaíno le daba una visibilidad superior a otros personajes de la margen izquierda, haciendo ver que la figura de un buen hombre no perdía categoría por tener una determinada manera de ver las cosas.

Nuestro padre recibió desconcertado la oferta porque jamás pudo pensar que alguien necesitara de su concurso. Antonio Merino nos contó años después que nuestro padre respondió que si creían necesaria su presencia participaría, pero que antes tendría que consultar a su familia el paso que podría dar, ya que intuía que tendría consecuencias para todos nosotros. Puso otra condición nada alambicada consistente en que tenía intención de jugar el inminente campeonato de Vizcaya de Pasabolo. Antonio y Jesús asintieron sonrientes a todos sus comentarios indicándole que por supuesto no existiría problema alguno para poder acudir

al campeonato dada su condición de presidente, y se despidieron a la espera de la respuesta definitiva.

Esta se produjo muy poco después. No sabemos los detalles de la conversación que mantuvo con nuestra madre, pero sí la conclusión de la misma, consistente en que, si nuestro padre pensaba que era necesaria su participación, ella no se opondría. A nosotros, todos menores de edad, nos llamó uno a uno a su habitación para participarnos de su posible embarque y si tenía nuestro consentimiento. Recordar esa escena treinta y tantos años después sigue enterneciéndonos el alma; cuánto nos quería nuestro padre. Borja, el pequeño, entonces no había cumplido cuatro años; por eso cuando lo recibí a solas le dio en silencio un amoroso beso y le abrazó con una ternura sobrecogedora. No hubo más.

La estructura de la campaña, por diversos motivos, dejaba mucho que desear, de tal manera que nuestra casa se convirtió tácitamente en la sede del candidato a las Cortes Generales de la margen izquierda. Padres y niños nos dedicamos cuando fue menester a encartar los sobres de propaganda con las papeletas electorales. Disfrutamos como lo que éramos, niños excitados por la vorágine de la novedad de la nueva actividad de nuestro padre.

A los mítines y reuniones explicativas del proyecto puede decirse que la asistencia era muy desalentadora, aunque la familia siempre acudía. Nuestra opción estaba, casi, casi, escondida, era casi clandestina. Desde el principio de la campaña se celebraban todos los días manifestaciones por el convenio del metal de Vizcaya, relacionadas con la condición de Luis Olarra como Presidente de los Empresarios Vascos. El voto electivo se produjo el uno de marzo y la candidatura vasca de Unión Foral fue derrotada estrepitosamente, ya que nadie salió elegido.

Posteriormente Unión Foral se presentaría en las elecciones municipales y a las Juntas Generales del mes de abril, un mes después, para finalmente, y por una serie de problemas, terminar retirando las candidaturas.

Nuestro padre reinició su rutina habitual en el banco, ahora denominado Hispano Americano por absorción de la marca anterior. El veintisiete de enero de 1979, días después de que fueran proclamadas las candidaturas en el Boletín Oficial, ocurrió un suceso que quizás debería de habernos puesto en alerta máxima: la sucursal dirigida por nuestro padre sufrió un atraco terrorista en el que consiguieron robar diez millones de pesetas. Fueron tres los ladrones que, a cara descubierta, cometieron el atraco y secuestraron a nuestro padre durante varias horas. La impunidad fue tal que lo llevaron andando por la calle hasta la estación del tren de Baracaldo a Bilbao, se montaron en un vagón para descender después en la estación del Parque, al lado del Museo de Bellas Artes, enfrente de los antiguos astilleros Euskalduna. Antes de despedirse, le amenazaron con liquidarlo si avisaba a la policía antes de dos horas, al tiempo que le hacían ver que el robo estaba dirigido para aliviar las arcas de la organización terrorista vasca, ETA, como si la causa eximiera al acto de cualquier culpa.

La noticia salió en la prensa, como no podía ser de otra manera, y los hermanos mayores nos enteramos completamente de todo. Cinco días antes, el veintidós de enero, se publicó en la Hoja de Lunes la candidatura de Unión Foral del País Vasco. Los terroristas nunca fueron detenidos.

Tras la debacle electoral retomó su actividad normal de trabajo y los partidos de pala entre semana y los domingos por la tarde en el frontón Gorostiza de Baracaldo. Los chicos mayores le acom-

pañábamos siempre porque nos divertía verle disfrutar en el deporte y gozar de la afabilidad que le demostraban los demás como respuesta a su natural simpatía. Era una delicia verle en su salsa, sonreír, hablar con unos y otros, responder con cariño el saludo de cualquiera que le interpelara.

Nuestro padre no era especialmente aficionado al fútbol, pero le vencía su deseo por vernos en las situaciones que más nos agradaban; no dudaba en acompañar a los chicos mayores a sus partidos de fútbol en el Colegio. En una ocasión se presentó un sábado por la mañana en un partido lluvioso e importante para Rafa, sin esperarlo y sin paraguas. Había salido de la oficina únicamente para ver a su hijo un rato tan solo, y se fue al poco rato mojado por la lluvia. En otra ocasión sorprendió nuevamente a Rafa entregándole dos entradas para ver juntos en San Mamés el importante partido del Athletic contra el Milán. Posiblemente fue su despedida en lo extraordinario, aunque nuestro padre consideraba esos gestos normales y los hacía de mil amores por ver felices a sus hijos.

El verano del setenta y nueve lo disfrutamos todos juntos, como siempre, en un pisito alquilado en Lequeitio, después de pasar los veranos anteriores en diversos lugares como Laredo, Labastida y Anguciana. En esta ocasión nuestros padres se decidieron por Lequeitio porque nuestra hermana mayor tenía concentrado en este pueblo la mayoría de sus amigos y deseaban que disfrutara de ellos en el mes de descanso. Incluso en su descanso, nunca dejó de pensar en sus responsabilidades. Todas las mañanas llamaba por teléfono a la sucursal para interesarse sobre la evolución de las cosas y si había surgido algún problema. Fue el último verano, posiblemente el más jovial porque los mayores estrenábamos nuestra juventud plenamente, con planes

y amistades que nos llenaron sobremanera; veíamos que nuestros padres afianzaban todo lo que era bueno para nosotros y nos sentíamos reconfortados.

Pocos días después de abandonar Lequeitio y un día anterior al trece de septiembre, fue por la tarde con nuestro hermano Borja que tenía cuatro añitos al parque de atracciones de Bilbao situado en las colinas de Archanda. Volvieron los dos arrebatados de la experiencia, especialmente Borja por haber disfrutado en exclusiva de su padre sin la mediación de los hermanos mayores. Por la noche nuestro padre le dijo a nuestra madre: "Merche, creo que hoy me han seguido".

A la mañana siguiente, a las ocho, cuando se disponía a salir del portal para iniciar una nueva jornada laboral, lo asesinaron disparándole en el pecho cinco balas. Nosotros estábamos en la cama porque todavía no había comenzado el colegio, pero en cambio nuestra madre llevaba tiempo levantada, como todos los días, para preparar el desayuno de nuestro padre e iniciar ella también su jornada. Ante el estruendo de los estampidos bajó corriendo y llorando acompañó a nuestro padre en la ambulancia al hospital de Cruces. Volvió poco después, y reuniéndonos a todos en el salón, abrazó a sus cinco hijos como no lo había hecho nunca y, quedamente dijo: "le han matado, ahora todos tenemos que estar unidos".

Han transcurrido más de treinta años desde entonces y todavía sentimos a nuestro padre cerca, como si nunca se hubiera ido de nuestro lado. Nuestra familia sufrió mucho, muchísimo, por el dolor de su espantosa muerte, y a pesar de la tragedia siempre supimos que estaría con nosotros, perennemente, de un modo misterioso y muy cerca de nuestro corazón.

**LUIS MARÍA
URIARTE ALZAA**

(1924-1979)



LUIS MARÍA URIARTE ALZAA (1924-1979)

LUIS llegó a la vida política de la mano de Fernando Ybarra López-Dóriga, en aquél entonces presidente de la Diputación Foral de Vizcaya, animándole a que se presentara como diputado foral antes de la transición de la dictadura de Franco. En esta ocupación conoció a Pedro Zubiría, entonces alcalde de Guecho, e igualmente Diputado Foral. A través de la amistad creada participó en la fundación de Alianza Popular, de la que sería miembro de su junta directiva provincial, siendo su primer presidente el citado Pedro Zubiría. Así mismo, Luis Uriarte participó en las primeras elecciones generales del 15 de junio de 1977 para que la opción del centro derecha no nacionalista tuviera, cuando menos, alguna oportunidad. Luis fue uno de los fundadores de Alianza Popular.

Desde luego Luis no se ganaba la vida en la política, como ahora hace tanta gente. Su ocupación laboral la desarrollaba en un taller ocupándose del mantenimiento de los camiones de la empresa Cementos Lemona. En realidad, en 1978 ya no estaba en esta firma porque al recibir varias amenazas de muerte, la policía y sus amigos le recomendaron que se alejara del entorno durante una larga temporada. Lo asesinaron tiempo después en la puerta del taller mecánico en el que trabajaba.

Durante año y medio fue acogido por unos amigos de la familia. Aquello fue especialmente duro para él, porque al ser su carácter

activo y favorecedor del trabajo, tuvo que penar la extradición con el miedo y la abulia de la inactividad; pero se tuvo que adaptar, no le quedó más remedio.

Luis era oriundo de Durango (20-VIII-1924) y su esposa, María Victoria Garay Ugarte, de Vedia, pueblo este último en el que decidieron constituir su familia. Por este motivo, sería lógico pensar que fue especialmente dura su huida y posteriormente su muerte; por supuesto, fue así, pero hay que explicar que antes de Luis fueron asesinados otros amigos suyos. Siempre fue consciente del peligro que corría al defender democráticamente sus ideas, especialmente en el valle de Arratia, en Vedia. Siempre fue consciente del peligro que corría, quizá un peligro nebuloso, pues hasta en las guerras más mortíferas sus combatientes tienen la esperanza de salir con vida.

Luis era un hombre carácter alegre, dispuesto a la cháchara, al jolgorio, a la broma con los suyos, a departir con sus amigos en las rondas, en el poteo. Disfrutaba lo indecible con sus amigos y nunca encontraba tiempo suficiente para gozar de su presencia.

Luis se escolarizó en los maristas de Durango, como cualquier niño de ese pueblo, para pasar a Eibar en su primera juventud, en las escuelas profesionales de las armerías de aquella localidad, lo que hoy se llamaría formación profesional.

La familia de su esposa siempre estuvo relacionada con las canteras para fabricar cemento y, por este motivo, cuando se casaron en 1954, ingresó en la nómina de la fábrica que casi daba ocupación a la totalidad de los pueblos de esa comarca. La familia de Luis bebió siempre en las tradiciones carlistas, en sus contenidos dinásticos y en el modo en el que la tradición carlista

tenía de interpretar el mundo. Dios, Patria, Fueros y Rey fue el compendio de sus creencias, en las que se autocomprendió completamente. Fue asiduo a Montejurra, a donde acudía con su familia. Posteriormente, con el paso de los años y con la constatación del tiempo político que le tocó vivir, apostó por el espectro político que mejor aglutinaba sus creencias, sin olvidar sus tradiciones políticas familiares.

El padre de Luis era un carlistón decimonónico, es decir, un hombre bueno y entrañable que sólo buscaba el bien de los demás. El asentamiento en su mundo de tradiciones en el que la religión y las costumbres eternas aglutinaban su modo de entenderse le hizo feliz. Nunca fue político y nunca peleó por instaurar un modelo de organización humana.

Trabajó toda su vida en la Diputación Foral como encargado de los equipos que mantenían las carreteras de Vizcaya. Su esposa fue un ama de casa preocupada exclusivamente de los suyos, aunque probablemente fuera más activa que su marido como propagadora del carlismo, quizá debido a su mayor carácter. Tuvieron siete hijos y sólo vive la pequeña, Rafaela.

Hay que decir que Luis siempre se preocupó de Vedia, de la mejora de las escuelas, del frontón, de todo aquello que entonces hacía menos incómoda la vida de sus habitantes.

Y llegó la transición política. Él, por razón de su responsabilidad como alcalde, era también diputado en los tiempos en los que la Diputación estaba gobernada por Pedro Arístegui. En esta responsabilidad coincidió con Perico Zubiría, también diputado, como ya se ha dicho antes; fueron los años comprendidos entre 1972 y 1975.

No creo que su paso por la Diputación significara el atravesar una línea roja para el mundo del nacionalismo que lo asesinó.

Creo que el inicio de la caza a Luis comenzó cuando se opuso, en los inicios de la transición, a la legalización de la ikurriña, la bandera del nacionalismo vasco. Desde ese momento, comenzó a hacer pública su manera de pensar explicando que no aceptaba que la bandera de un partido fuera también la de la nueva autonomía. Se entrevistó con Martín Villa para manifestarle su rechazo y éste le dijo que nunca se aceptaría la bandera, pero poco después y a espaldas de Luis y de otros muchos, la dieron por buena. Desde ese momento hizo pública su posición y explicó por escrito que, como nunca permitiría que la bandera del PNV ondeara en el Ayuntamiento de su pueblo adoptivo, cesaría en el cargo, como así hizo. Desde este momento y sin saberlo, comenzó la marcha atrás, el descuento de su vida.

Al abandonar la alcaldía, desapareció su vida pública y mantuvo la vida normal que hasta entonces realizaba. Mientras fue alcalde nunca dejó de acudir a su trabajo en Cementos Leona. A la alcaldía le dedicaba su tiempo libre después de las seis o las siete de la tarde.

Antes de que llegara la transición, la cultura etnoeuscauna no había sido monopolizada por el nacionalismo. Pero ya se sabe que el nacionalismo hizo de esas manifestaciones culturales materia excluyente y se fastidió todo. Luis comentaba continuamente que nos estábamos dejando robar nuestras señas de identidad y, lamentablemente, así fue, aunque él luchó lo indecible para que no se diera este grave error. Fueron unos años durísimos.

Antes de que Luis se viera obligado a abandonar su casa tuvo que llevar escolta de la Guardia Civil durante años. Llevaba a sus

hijos a la escuela acompañados por un coche de protección detrás. Pero la vigilancia no fue lo único extraordinario en su vida. Desde los inicios de los setenta estuvo socialmente señalado por los causantes del odio y por el silencio indecente de quienes no tenían valor para enfrentarse a tamaña brutalidad.

Hasta en los años más duros nunca perdió su alegría de vivir, las ganas que tenía de estar con su familia llenando las reuniones de sus chanzas, de su jácara jovial. Incluso cuando venía muy de vez en cuando desde su destierro jamás perdió la más mínima sombra en su carácter.

Era un hombre extraordinario.

La familia no olvida ni perdona, pero pueden decir que nunca el odio se ha adueñado de sus corazones. Siguen viviendo en Vedia. Con la muerte de Luis concluyó toda la familia y sin verbalizarlo entre ellos, que jamás habría algo que les produjera más dolor que el que ya sentían.

En el funeral y entierro estuvo todo el pueblo y sí notaron, en ese momento, el calor de Vedia.

Lo ametrallaron en Lemona, el veintinueve de septiembre de 1979, en la puerta del taller, un sábado temprano a las ocho de la mañana, y murió en el Hospital Civil de Basurto pocos días después, el cinco de octubre.

Luis fue muy buena persona. Murió a los cinco días con el cuerpo acribillado por las balas. Al ser preguntado si reconoció a los pistoleros, respondió llorando y en silencio, sin decir una sola palabra. Se entiende que reconoció a los asesinos y que se calló

para que sus hijos nunca tuvieran la más mínima tentación de tomarse la justicia por su mano. Fue un hombre excepcional y su familia nunca ha dejado de sentir la cercanía de su corazón, de un amor que les acompaña siempre.

**RAMÓN
BAGLIETTO MARTÍNEZ**

(1937-1980)



RAMÓN BAGLIETTO MARTÍNEZ (1937-1980)

Mi marido **RAMÓN** nació por circunstancias extraordinarias en Bilbao, el cinco de enero de 1937. Su padre estaba preso en una de las cárceles de la capital del Nervión por su significación política. Los Baglietto en aquellos terribles años tomaron partido por el carlismo, por la derecha que siempre había cohesionado y dado el sentido común a los valles de Guipúzcoa. El caso es que al padre de Ramón le detuvieron los rojos y lo llevaron a Bilbao.

Su mujer, que siempre fue también una carlista extraordinaria y oriunda de Azkoitia, le siguió a la villa de Bilbao a pesar de que estaba embarazada de Ramón, porque temía por la vida de su marido. Sufrió mucho en esas circunstancias, porque sin la compañía de su familia, tuvo que dar a luz a su hijo Ramón (en un parto que duró dos días), apesadumbrada, además, por las terribles noticias que llegaban de las matanzas en las cárceles de Bilbao. Cuando alguna desconocida le preguntaba qué hacía una chica de Azcoitia en el Bilbao cercado por los requetés, siempre respondía que esperaba a su marido que trabajaba en cosas de la guerra. Y a Dios gracias, el padre de mi futuro marido se salvó de la carnicería que hicieron en las cárceles de Bilbao. En muchas ocasiones he comentado que Ramón nació en circunstancias terribles, lejos del hogar de sus mayores, y que murió de igual modo, en este caso bajo el peso del odio del nacionalismo vasco, del totalitarismo de los etarras.

Encontrados los tres de nuevo, volvieron felices a su solar de Eibar y reiniciaron la vida. Los Baglietto son una familia muy antigua, oriunda de Génova, en la lejana Italia. Pedro Mari, su hermano, cuenta con mucho detalle la génesis de su clan en el libro que escribió sobre el asesinato de su hermano. Yo solo puedo decir ahora que en su momento y, desde luego hace cientos de años, algunos Baglietto se dejaron caer por Murcia y Lanestosa, y que con el tiempo se juntaron todos en Eibar. Era una saga de artistas extraordinarios, de pintores con detalle, de decoradores que embellecían la casas de estos valles con su gusto asimilado desde hacía varias generaciones en la esplendorosa Italia.

Ramón realizó el bachillerato en Eibar y con gran esfuerzo e ilusión (después de que nos casáramos), consiguió concluir la titulación en decoración, pues para entonces era necesario presentar un mínimo de cualificación mediante un título oficial. Ramón comenzó a trabajar con su padre desde muy joven, siempre en la comarca delimitada por Azcoitia, Azpeitia y Eibar. Es cierto que esta triangulación no recogía una población extensa, pero sí la suficiente para que estuvieran siempre ocupados embelleciendo las casas de los demás, que es lo que les apasionaba.

Le conocí siendo jovencita, mientras yo ayudaba en la tienda de un hermano de mi abuelo. Mi función en aquel local consistía en atender los pedidos, los albaranes, todo aquello que necesitaran los talleres de la comarca, porque el negocio de mi tío abuelo consistía en surtir de componentes y recambios, como las puntas de vidia perforadoras, a los talleres de máquina-herramienta de la comarca. Enfrente de la tienda de mi tío se situaba un despacho de pintura, tienda a la que Ramón iba con bastante frecuencia para realizar sus compras y otros pedidos.

Y allí comenzó todo. Puede decirse que nada más conocerme se le formó la sonrisa y comenzó a decirme que era la chica más guapa de Azcoitia, la más dulce de los verdes valles del país, la que daba sentido con mi presencia a la provincia. ¡Era tan galante, divertido y respetuoso al mismo tiempo, que estar con él era la gloria bendita! Con él aprendí a reírme de otra manera y notar que la vida tenía una belleza esplendorosa si la compartía con su alegría, con su persona.

Así estuvimos tres años. Cuando oía el motor de su moto Lambretta acercarse a mi lugar de trabajo se me alegraba el semblante. Ramón solía venir a hacer los recados desde Eibar el jueves, que es cuando nos veíamos, y los domingos por la tarde, por supuesto, en el tiempo que atendía con mi hermana la gasolinera de mi familia. Al formalizar la relación venía a buscarme a mi pueblo y paseábamos con el resto de las parejas por la calle principal de Azcoitia, de arriba abajo, hablando de esto y aquello, mientras Ramón decía cosas bonitas a las chicas. Era muy ingenioso, muy italiano en la manera que tenía de agradar a las demás, y a mí me conmovía mientras conseguía que lanzara al viento mis risas por sus elegantes requiebros.

Su facilidad para alegrar con su verbo a las chicas era pareja a su afabilidad para lograr amigos entre los jóvenes de su quinta. Se llevaba bien con todo el mundo, con los nacionalistas que luego le hicieron la vida imposible, con quien fuera. Como es natural el chiquiteo era la excusa para estar con sus amigos, al igual que el fútbol. De pasear por el monte no quería saber nada. Me costó mucho meterle en vereda para que viniera a comer a casa los domingos a la hora convenida; disfrutaba tanto charlando con su cuadrilla y se le iba el santo al cielo mientras realizaban la ronda del aperitivo.

Yo fui la mayor de mis hermanos, la que me tocó educar a los que me siguieron en el orden y disciplina, necesaria siempre en una familia numerosa. Cuando comuniqué a mi padre y abuelo que me casaba, mi padre me contestó que adelante, pero que nada de hacerlo en Eibar, que Azpeitia sería el lugar elegido para entregar a su hija mayor a su marido. Mi abuelo, que sólo conocía a Ramón mediante su voz, pues por causa de una diabetes quedó muy pronto ciego, me dijo: "¿qué?, ¿te vas a casar con el pintor? Sí", respondí a mi abuelo. Le pedí que nos arrendara un piso suyo que tenía en su casa, en la que vivíamos toda la familia. Con el tiempo, y después de algún problema médico, llegaron nuestros dos hijos que, desde que nacieron, se convirtieron en el consuelo de mi familia. Ramón disfrutó mucho de los chicos, y todavía hoy le veo afanado con ambos, dibujando en la mesa de formica de la cocina, expandiendo la imaginación de los pequeños con historias contadas con los trazos de sus lapiceros.

El afán de ayudar a los demás mediante la política seguramente la aprendió Ramón de su padre. En su infancia se enteró de que su padre, en tiempos de la República, ayudó a muchos encarcelados, que estuvo implicado en el requeté, que fue una temporada alcalde de Eibar y que se desvivió por la mejora de su pueblo.

No sé cómo ni cuándo se juntó con su íntimo amigo, Joxé Txiqui Larrañaga, en cuestiones de política, desde luego fue en el inicio de la transición a la democracia. Sí, me acuerdo que Juan María Araluce, que posteriormente también fue asesinado por el terrorismo nacionalista de ETA, les pidió ayuda para que Marcelino Oreja obtuviera un acta como procurador en Cortes.

Recuerdo bien esta elección, porque coincidió con el nacimiento de mi hijo pequeño y porque todavía recuerdo el ramo de camelias

que me mandó a la clínica Marcelino Oreja por la ayuda que le había dado. Joxé Txiqui se apuntó a Guipúzcoa Unida, una marca electoral de Alianza Popular, y el bueno de Ramón a UCD. Así es como surgió en Guipúzcoa el centro derecha español, con el concurso de los citados y unos pocos más. Casi todos fueron asesinados, pero nunca pudieron con nosotros, a pesar del inmenso dolor con el que intentaron destrozarnos.

Claro, yo ayudé en todo lo que pude a Ramón, redactando sobres, encartando la propaganda, llevando al autobús de Azcoitia a San Sebastián las cajas con los sobres confeccionados en casa para que los recogiera la secretaria de Jaime Mayor que, con posterioridad, se convirtió en su mujer. Y todo lo pagábamos de nuestro bolsillo, hasta incluso las meriendas que organizábamos en el pueblo para que los de San Sebastián nos explicaran la bondad de nuestra oferta política, ya que la UCD y sus dirigentes nunca pusieron una peseta. Cuando asesinaron a mi marido, a mi buen Ramón, me impliqué personalmente en la política activa para que su entrega se mantuviera a través de mi vida.

Nunca sentimos miedo, ese pánico relacionado con la muerte. El año anterior asesinaron a Modesto Carriegas y a Luis Uriarte, de Alianza Popular, pero jamás la ETA había tocado a nadie de UCD. Nos sentíamos tan queridos en nuestro pueblo, Ramón era tan popular entre sus amigos, que ni hasta en la más mínima intuición pudimos advertir nada peligroso.

Pocos días antes, Ramón me dijo que le había llamado la atención el que un coche diera tantas vueltas por la puerta de su tienda, pero nada más. Luego llegó el atentado a Joxé Txiqui Larrañaga, el segundo de los tres que sufrió antes de que lo asesinaran. Tuvimos la suerte de visitar a Joxé Txiqui en el

hospital mientras se recuperaba de los balazos que le atravesaron el cuerpo. Hicimos muchas risas con él y su familia y salimos ilusionados de su habitación porque se advertía que había salido con vida. Ramón estaba tan contento que para celebrarlo y en plan extraordinario nos dijo que ese día cenaríamos en un asador una buena chuleta, acompañados con los hijos. Fue una velada deliciosa en la que estuvo ocurriendo como siempre, divertido y profundamente esperanzado. Fue la última vez que lo vieron nuestros hijos, fue sin saberlo la despedida definitiva de su padre, porque al día siguiente, el doce de mayo de 1980, lo asesinaron cerca de casa, en el Alto de Azcárate.

Esa mañana yo sí sentí algo extraño. Al verle salir tan pronto de casa me asomé a la ventana con gesto de despedida, y vi a un chico que, al sentirse descubierto por mi mirada, se escondió de inmediato. ¡Qué raro!, pensé, y me acerque a otra ventana de la casa desde donde se divisaba la posible posición de ese chico y, allí estaba de nuevo, y al verme otra vez se marchó aceleradamente a otra posición en la que no le vi más.

Luego se supo que ese chico fue el pistolero, el que asesinó a Ramón, el que al salir de la cárcel después de muchos años montó un comercio junto a la puerta de mi casa. Además, pocos saben que el joven que asesinó a mi marido le salvó Ramón la vida siendo un bebé en un accidente en el que murió su madre y otro hermano del asesino. Siempre he pensado que los pistoleros de ETA tenían el alma endemoniada, que eran seres infrahumanos, malformaciones de un nacionalismo vasco que no hizo nada cuando se dio cuenta que su política del odio se les fue de las manos.

El duelo por la muerte de Ramón en nuestro pueblo fue sincero y clamoroso. Era tan querido que nadie creyó que la noticia fuera

cierta, pero sí que lo fue. En el desgarró de nuestro dolor mis hijos tuvieron la suerte de pertenecer a una familia extraordinaria; sus tíos, entonces jóvenes, su abuelo, entonces vivo, les arroparon, nos siguieron abrazando con la misericordia de su amor.

Yo me sentí la mujer más sola de la tierra porque Ramón llenaba mis días como nadie supo hacerlo. Pero hubo que reponerse y llorar y trabajar mucho. A mí me quedó una pensión raquítica que no llegaba a las veinte mil pesetas y me puse a luchar con más fuerza, con la fuerza que Ramón me trasmitía desde la otra vida. Gracias al presidente Aznar, las familias, las viudas, encontramos asistencia económica y el ánimo que antes se nos negó, pero de cualquier manera esto es lo de menos.

En casa, con mis hijos y mis nietos, notamos todavía palpitante la presencia de mi marido, del padre de mis hijos, del abuelo de mis nietos que no tuvieron el don de conocerle. Sé que mi hijo mayor, desde no hace mucho tiempo, lleva de vez en cuando a sus hijos a la tumba de su abuelo y les cuenta que allí yace su padre, un hombre valiente que dio su vida por los demás, y entonces mi nieta deposita su ramito de flores junto a los restos de Ramón, y la vida vuelve a surgir en el recuerdo de nuestra familia.

**JOSÉ IGNACIO
USTARAN RAMÍREZ**

(1937-1980)



JOSÉ IGNACIO USTARAN RAMÍREZ (1937-1980)

JOSÉ IGNACIO nació en 1939 en Vitoria, era un vitoriano “de siempre” en una ciudad como Vitoria de reducida población y sólo quiero hablar de él desde que le conocí, de su ambiente familiar y social; de sus aficiones, para que quien lo lea, pueda darse cuenta de lo atroz de su asesinato un malhadado veintinueve de septiembre de 1980, pues si todos los asesinatos son monstruosos, el de una persona como José, con tanta intensidad de vida, terminando con sus anhelos, aficiones desbordadas, ganas de vivir y disfrutar de un porvenir que se aparecía venturoso con su mujer y cuatro hijos a quienes no vería crecer, ni después contemplarlos como hoy son, con orgullo y con la tranquilidad de sus vidas a su vez plenas y a los hijos de sus hijos.

Mataron mucha vida, y cuando lo recuerdo, quisiera olvidar pues me resulta insoportable este recuerdo, pues también mataron a sus amigos, y a mí con quien compartía una de las aficiones que hace entrañable y permanente la amistad, la caza.

Así José y yo nos hicimos amigos, y lo fuimos hasta que dos hombres y una mujer con apariencia humana, que entrando en su casa, donde estaban su mujer y sus hijos presentándose como vascos (¡qué vergüenza!) y pertenecientes a ETA, les torturaron durante más de dos horas con su presencia ominosa, sus armas, sus amenazas, sus sinrazones e insultos, por el mal que hacían por ser públicamente el garbanzo negro en una familia, la de

José, nacionalista y en algún caso, de militancia batasunera, para al final, sacando a José a la calle para entrar en el garaje del edificio, pegarle cobardemente un tiro en la nuca, y en burla macabra abandonarle en su coche mal aparcado debajo de la sede de la UCD en la que militaba, y dejar a su esposa Charo y a sus hijos horrorizados en casa primero y, después y para siempre, inconsolables.

Siempre le recordaré como era, con su barba negra, espesa para compensar su temprana calvicie, y componer su fisonomía, seria, pausada, que acompañaba a su espíritu inconformista, crítico, pero involucrado en rehacer un País Vasco, distinto del que familiarmente conocía. Pues José se sentía y era vasco como el que más, pero orgulloso de ser español también.

Cazador, muy cazador, de los de campo y perro por delante, yo creo que conoció a Charo, sevillana, con su inconfundible acento andaluz que nunca perdió, en algún viaje cinegético a Sevilla; y en Charo encontró lo que él no tenía, y se completaron o complementaron, y sus tres hijas y un hijo (que hoy es como yo recuerdo a su padre) son el resultado que, si no lo hubieran impedido sus verdugos, serían su orgullo y satisfacción.

José era, o podía haberlo sido, el político perfecto, pues sin ambición, hacía política, cuando hacerlo era no sólo difícil en el País Vasco, sino temerario, para los que, como él, no queríamos ni la independencia ni la pesada losa que intuíamos con un triunfo nacionalista.

Charo, era y es distinta, extrovertida y audaz, y se aventuró a formar parte de la lista de UCD en las primeras elecciones locales, celebradas después de aprobarse la Constitución. Yo era el Alcalde de Vitoria que gestionó su Ayuntamiento durante la Transición y, con Charo y otros ilusionados, pretendíamos que Vitoria y Álava

siguieran siendo ejemplo de convivencia y compuerta para el nacionalismo; no lo conseguimos, aunque poco faltó, y Charo fue concejal de UCD hasta el asesinato de José, y ejercía como tal, a pesar de que yo lo dejé unos años después de las elecciones, ocupado en otras ilusiones políticas, unas conseguidas y otras frustradas principalmente por el asesinato posterior de José.

Para entender la grandeza de Charo y José tengo que remarcar que su familia era profundamente nacionalista, y su lucha tuvo lugar tanto en el ámbito político como en el familiar, con todo lo que ello supone de dificultad para ponerse en su lugar y acompañar a los que iniciamos la aventura de la UCD, comandados por una personalidad irrepetible, que nos dejó con su fallecimiento en 1987 huérfanos de su liderazgo, Chus Viana, y con otros cuatro locos que, después de muchas vicisitudes, siguen estando unos en política activa y otros, ya retirados; fueron, fuimos “los cándidos” que nos atrevimos a aparecer primero con el título contundente de “candidatura independiente foral y alavesa”, para inmediatamente integrarnos en la UCD y autodenominarnos los hombres (entonces ese concepto comprendía a las mujeres) del Presidente Adolfo Suárez, y así Juan Carlos Ibarrondo, Pedro Morales, Pepa Lafuente, Pepe Nasarre, Guillermo Valle y el que escribe, iniciamos la ventura que terminó para José sin ver su desenlace.

Por desgracia, la historia de la democracia en el País Vasco, hoy Euskadi, está cimentada en cientos de asesinatos perpetrados por quienes ni la querían ni la quieren, ETA y sus secuaces.

El asesinato de José produjo, en aquella incipiente, voluntariosa, e inexperta UCD del País Vasco, la sensación de que era imposible la aventura, y a punto estuvimos de disolver el casi “nonato” partido; incluso al poco de esa tragedia, el Comité

Provincial de Álava, -mejor dicho, sus componentes-, nos trasladamos para reflexionar sobre esa posible decisión a una finca extremeña de nuestro compañero Guillermo Valle; aquello fue una huida, para regresar casi sin bajarnos de los coches: volvimos a montar y a eso de las 2 de la madrugada, atravesamos Madrid.

Yo conducía un Citroën matrícula SS-40030 y en el Paseo de la Castellana, al parar en un semáforo, desde un taxi, su pasajero nos escupió, “vascos, hijos de puta”; qué poco sabía el insensato de nuestros motivos para estar allí a esas horas. Ese era el ambiente fuera del País Vasco, pero aquí enterrábamos a nuestros muertos, y digo nuestros pues todos los asesinados por ETA lo son, casi en secreto, pues desde los que sociológicamente y políticamente debieran ser los “nuestros” se nos increpaba, insultaba llamándonos a nosotros, a los que acompañábamos a nuestros muertos, asesinos.

En un mes desde el asesinato de José Ignacio el 29 de septiembre de 1980 hasta el treinta de octubre del mismo año, los criminales de ETA asesinaron a otros dos militantes de UCD, Jaime Arrese y Juan de Dios Doval. Luego vino la debacle de la UCD, pero en la memoria de todos los españoles estarán siempre todos los que son el cimiento de nuestra España democrática.

Al dolor de su ausencia hoy todavía se añade uno más, pues sigue sin saberse quiénes fueron, o al menos a quiénes se atribuye su asesinato, a pesar de conocerse quiénes lo fueron del resto de los crímenes cometidos por ETA.

No se sabe y tampoco porqué no se sabe, y no descansaremos hasta conocer los nombres de esas ratas, de esos seres con apariencia humana, a quien Dios confunda hasta su arrepentimiento.

**JAIME
ARRESE ARIZMENDIARRIETA**

(1936-1980)



JAIME ARRESE ARIZMENDIARRIETA (1936-1980)

JAIME nació el ocho de marzo de 1936 en Elgoibar, cuna de sus dos familias desde varias generaciones, y población que no quiso abandonar nunca. Fue el pequeño de una familia numerosa de nueve hermanos, caracterizada en algunos aspectos por los contenidos que casi siempre acompañaron desde finales del siglo XIX a las familias del País Vasco. La familia de Jaime se encontraba más cómoda siguiendo los postulados del carlismo sociológico, y en este ideario, Jaime aprendió a respetar las opiniones ajenas y a querer entrañablemente a su Elgoibar natal.

Cursó los estudios primarios en el colegio el Pilar de Elgoibar, y al término realizó estudios de contabilidad mercantil y comercio para ponerse a trabajar de inmediato. La escueta economía de su numerosa familia, agradecía que sus vástagos encontraran pronto trabajo. Jaime inició su vida laboral a los dieciséis años como botones en el Banco de Vizcaya, siempre en Elgoibar, ganando con el paso del tiempo la confianza de la entidad, al ser nombrado apoderado mediante la promoción interna en el banco.

Las empresas de la comarca pronto se dieron cuenta de su valía, de tal manera que antes de casarse fue contratado por una firma de fundición situada en el elgoibartarra barrio de Mendaro, hoy segregado para formar un ayuntamiento propio. Seguramente su trabajo de administrativo en la fundición no le ocupó muchos años, porque a finales de los cincuenta realizaba idéntica función

de administrativo general en una pyme de Elgoibar denominada Arriola y Compañía, especializada en la fabricación de máquina herramienta para los talleres de la comarca, primordialmente las mandrinadoras que perforaban el metal. El taller, que daba ocupación a unos quince operarios, estaba situado en la céntrica plaza de la Magdalena de Elgoibar, escenario de sus afanes, espacio en el que realizó toda su vida. La firma Arriola fue la razón en la que ocupó el resto de su existencia laboral, hasta que lo mataron el veintitrés de octubre de 1980, muy cerca de su lugar de trabajo.

Tuvo oportunidad de mejorar en su trabajo al recibir la oferta de Ángel Berazadi para que fuera con él a trabajar a la empresa Sigma, fábrica que ocupaba en Elgoibar a mil de sus doce mil habitantes, pero por diversas circunstancias se mantuvo en Arriola.

Jaime, desde siempre, manifestó una querencia por involucrarse en cuestiones que mejoraran la vida de sus conciudadanos. Mediados los setenta y siendo alcalde Ángel Ajubita, le nombraron a dedo concejal del ayuntamiento, que es como se accedía en el franquismo a los asientos de la corporación. Entre 1974 y 1977 fue nombrado alcalde por idéntico procedimiento, involucrándose como pocos en la mejora de Elgoibar. Siempre estuvo especialmente dichoso por conseguir para sus vecinos el Instituto Público Mixto de Enseñanza Media, pues hasta entonces sus jóvenes vecinos tenían que acudir a Eibar o a otras localidades para cursar los estudios previos a su ingreso en la Universidad.

En la cuestión del idioma vernáculo la familia de Jaime era vascoparlante. Prefirió que sus dos hijos cursaran los estudios medios en la ikastola de su pueblo, antes que en el colegio de El Pilar, institución en la que aprendió las primeras letras. Sabía que el vascuence era un vehículo de cultura, de transmisión de

valores y antiguas tradiciones, antes que cauce de ideologías. Siempre se autocomprendió como elgoibartarra, euskaldun y español sin que se diera la más mínima tensión en su vivencia interna de la manera que tenía de entender el ser vasco, la esencia de lo vasco. Desde luego, este fue el mejor legado que en lo político y en lo cultural pudo transmitir a sus dos hijos. El día en el que fue admitida la bandera del partido nacionalista vasco como bandera de la autonomía vasca, Jaime se llenó de contento y él fue el primero que izó la bandera en el balcón consistorial, celebrando a su término con toda la corporación el acontecimiento con un ágape.

Los inicios de la transición democrática fueron muy complicados en España, especialmente en los pueblos pequeños. Gran parte de la tensión que sufrió su familia mientras fue alcalde, se iniciaba con los timbrazos que, de madrugada, reclamaban a Jaime al mismo tiempo que sin quererlo, despertaban a los suyos. Esas llamadas intempestivas las realizaban vecinos que pedían su ayuda para que acudiera al cuartel de la Guardia Civil, como alcalde, y se interesara por sus hijos o hermanos detenidos de madrugada sin las mínimas garantías procesales y con evidentes abusos por parte del instituto armado. Fueron años de demasiadas incidencias en esta materia que le hicieron trabajar lo indecible en defensa de los derechos humanos. Aún así, en cuanto percibió que alguno de sus vecinos desconfiaban de su legitimidad, como así sucedió en una manifestación de no más de cincuenta elgoibartarras en la que pidieron que dejara el puesto, renunció a la alcaldía sin pensarlo ni un minuto, como así lo hizo en 1977.

Es posible que por entonces conociera a Marcelino Oreja y que éste le ilusionara con el proyecto de centro vertebrador para

el futuro de España. Creada la Unión de Centro Democrático, se le propuso que fuera el tercero de la lista por Guipúzcoa, detrás de Marcelino Oreja y de Jaime Mayor, y en las siguientes elecciones locales que encabezara la candidatura para las Juntas Generales de Guipúzcoa. Consiguió el acta de procurador y desde su escaño aplicó la mejor de sus ilusiones por conseguir mejorar una provincia a la que quería intensamente.

En aquellos años la política, o cuando menos la política local y regional, no era un trabajo en el que alguien pudiera ganarse la vida, de tal manera que su actividad en la empresa para la que trabajaba siguió siendo intensa y eficaz. Los años en los que Jaime fue alcalde de Elgoibar no recibió ni una simple peseta por sus servicios prestados, que fueron muchos y especialmente reconocidos por sus vecinos. Seguramente su actitud en este sentido vino avalada por su convencimiento de que él no era un político profesional. Fue logrado su esfuerzo para que la banda de música del pueblo estuviera perfectamente uniformada, así como la adquisición de las dulzainas con las que se advertía que Elgoibar vivía la fiesta del año.

Fue un hombre reservado y al mismo tiempo cariñoso con todos lo que le rodeaban. En lo tocante a sus aficiones, hay que decir que fue un buen portero del equipo de fútbol de Elgoibar y, anteriormente, del Aurrera de Ondárroa. Sus hijos siguieron su afición al deporte, aunque en este caso la pelota fue la que cautivó al mayor de sus hijos. En otras cuestiones puso idéntica pasión, la dedicación del buen aficionado. Siempre que podía acudía a los ensayos del coro de la parroquia, en el que su mujer, buena soprano, cantaba semanalmente, aunque Jaime no estuviera tocado con el don de la interpretación musical, porque ciertamente no lo estaba.

Su vida se fue complicando, aunque jamás supuso que pudiera ser objeto del odio del nacionalismo totalitario. Durante una temporada vivió escoltado por un guardia civil, Anselmo, un hombre al que le cogió un cariño sincero. Anselmo, años después, también fue asesinado por el terrorismo nacionalista. Era tal su pasión por Elgoibar y el cariño que recibía de sus convecinos, que estaba seguro que nada le pasaría, a pesar de que la situación era ya insoportable para el centro derecha no nacionalista. Jaime fue uno de los primeros en llegar al alto de Azcárate para llorar ante el cadáver de su amigo asesinado, Ramón Baglietto; en el asesinato de Ángel Berazadi tuvo también el triste honor de reconocer a su amigo muerto.

El veintitrés de octubre de 1980 varias balas terroristas acabaron con su vida, con la vida de un hombre bueno. La manifestación de repulsa que espontáneamente recorrió las calles de Elgoibar, llenó de consuelo a su familia, especialmente cuando nadie lloraba en público ante los atentados terroristas. En el velatorio de su cadáver una mujer mayor, aparentemente anónima, se dolió con una intensidad especial por la muerte de Jaime Arrese.

Fue aquella mujer de corazón agradecido que acudió a su amparo, pocos años antes, cuando era alcalde, solicitándole que intercediera ante las autoridades correspondientes para que su hija oculta en Francia pudiera volver de nuevo a España y despedirse de su padre moribundo. Jaime hizo las gestiones oportunas y un buen día cogió su coche, atravesó la frontera y trajo a aquella joven a Elgoibar para que diera el último abrazo a su padre que, efectivamente, murió poco después; a los pocos días la llevó de nuevo a Francia hasta que volvió años después de nuevo a Elgoibar. Esa joven ocupó, con el tiempo, un escaño de concejala en la alcaldía que presidió Jaime, representando a Herri Batasuna.

El asesinato de Jaime fue una tragedia del que su mujer y sus hijos se repusieron, en cierta medida, muchos años después. Desde entonces le recuerdan constantemente, sigue presente en sus vidas añorantes de la grandeza de su paternidad.

**JUAN DE DIOS
DOVAL DE MATEO**

(1943-1980)



JUAN DE DIOS DOVAL DE MATEO (1943-1980)

JUAN DE DIOS DOVAL DE MATEO nació en Madrid el doce de septiembre de 1943, y, siendo hijo de notario, desde niño aprendió a amar la justicia de manos de su padre. Así quiso hacerlo constar en la dedicatoria de su tesis doctoral, publicada apenas un año antes de su asesinato. Esa vocación, que prendió bien en los hijos de D. Calixto Doval y también en algunos de sus nietos, llevó a nuestro padre a estudiar la carrera de derecho. Justo antes es cuando su familia se mudó a San Sebastián, al conseguir su padre plaza en esta ciudad.

Tras cursar el preuniversitario, comenzó sus estudios de derecho en Valladolid, donde conoció a nuestra madre e inició un noviazgo que terminó en matrimonio y en los dos hijos que la vida les dio tiempo a tener. Llegado el momento de iniciar la elaboración de su tesis doctoral y su carrera como docente universitario de derecho procesal, la recién nacida Facultad de Derecho de San Sebastián era una elección lógica, ya que a sus vínculos con la ciudad se unía el que el nuevo centro estaba entonces adscrito a la Universidad de Valladolid; la nueva familia se instaló en la ciudad en la que nacimos sus hijos, a la que quisieron de forma sincera y de la que nuestro padre se negó a irse a pesar de sentir su vida amenazada, hasta que fue demasiado tarde.

Recientemente, la facultad de derecho de la Universidad del País Vasco quiso rendir homenaje, treinta años después de su

asesinato, a quien fue uno de sus docentes fundadores; por eso, la sala de vistas donde los alumnos de la facultad pueden realizar prácticas lleva su nombre. Ya que no pudo seguir inculcando físicamente a sus alumnos el amor por la justicia que él mismo había recibido, al menos de esta manera el profesor Doval puede seguir inspirándolo en los estudiantes de la facultad que estén dispuestos a ello.

De ese breve pero emocionante encuentro con algunos de sus compañeros; de las historias que con los sentimientos a flor de piel nos han ido llegando a lo largo de estos treinta años desde familiares y amigos que aún hoy lo echan de menos y de los fugaces recuerdos que pueden albergar dos niños de cuatro y siete años, proceden las pinceladas que aquí pretenden dibujar quién era Juan de Dios Doval; porque sus asesinos también nos robaron la oportunidad de conocer en primera persona y en profundidad al hombre que fue nuestro padre. Gracias a nuestra madre, quedamos impregnados de la clase de hombre que era.

La primera de esas pinceladas, relacionada con la vocación académica, queda ya plasmada. De la segunda, relacionada con sus ideas políticas, la constancia más lejana que guardamos de su compromiso es su documentación correspondiente a su militancia en las Juventudes Monárquicas durante su edad universitaria, en las que llegó a ostentar cargos de responsabilidad desde los que buscó adscripciones entre sus compañeros de carrera a la causa de una restauración democrática, en la figura de Don Juan de Borbón.

De cómo evolucionó su sentir en aquellos años tan decisivos para la historia moderna de España y cómo le llevó a militar en la UCD del País Vasco, que lo recibió con los brazos abiertos ante

lo que suponía incorporar un miembro del mundo académico, según nos han reconocido compañeros de la época, una vez más nos han sido hurtados los detalles. Sin duda, habría sido uno de los temas fascinantes de tantas conversaciones, que nunca pudimos mantener con él. Qué duda cabe que hemos reunido numerosas piezas dispersas de quienes lo amaron como hermanos que eran y de quien lo amó como si fuera su hermano. Pero piezas dispersas son.

La tercera y más importante de esas pinceladas, la de la clase de hombre que era nuestro padre, quedó en nosotros gracias a la decisión de nuestra madre de no esquivar nunca una conversación sobre él. Siempre supo guardarse para sí misma el intenso dolor de haber enterrado a su marido con treinta y cuatro años, pues para ella era más importante dar a sus hijos el mejor regalo de su infancia: la normalidad.

No escondió ni una foto, ni tampoco un recorte de periódico de aquellos brutales días, aunque éstos hubieron de esperar a la edad adecuada. Y con la franqueza de los datos, también la de las ideas: nunca la satanización de toda una ciudad por lo que sólo algunos habían llevado a cabo, pero siempre teniendo bien claro que en aquella sociedad enferma, junto a la gente buena había ejecutores, colaboradores necesarios, palmeros y cobardes de mirada a otro lado para anestesiar sus conciencias. Nunca ha de haber hueco para la mezquindad ni la traición a los propios principios; ni tampoco la sombra del reproche a un padre que decidió mantenerlos, aún a costa de perder la vida y con ello, perderlo nosotros a él.

Porque Juan de Dios Doval era un hombre dotado de convicciones muy claras, y del suficiente “mal genio bien puesto” como

para obligar a quien quisiera pasar por encima de ellas a terminar agachando la cabeza. Guardamos numerosas historias de ese carácter fuerte pero afable, que le convirtió en alguien muy querido en sus distintos entornos. Al principio, quizá pudiéramos pensar que se trataba de la clásica idealización de un difunto, pero cuando tres décadas después de su muerte aún aprecias ojos húmedos y voces quebradas en algunos de sus amigos y conocidos, no puedes hallar mejor prueba de la talla humana de tu padre.

Amante de los chistes; dotado del arrojo de decidir, pasada la medianoche, que procede meterse en el coche y echarse unos cuantos centenares de kilómetros para enseñarle su pueblo a su cuñado o para ir a ver a su novia, nuestra madre, cuando estaba estudiando... en Santiago de Compostela; capaz de soltar la mayor socarronería con un semblante tan serio que dejaba descolocado al interlocutor hasta que comprendía que estaba de guasa; dispuesto a encararse con quien le calentara el ánimo; y gran acumulador de conocimiento, que gustaba de compartir con quienes le rodeaban, lo que convertía una conversación con él o un paseo por cualquier rincón con historia en una delicia. Con una fuerte conciencia de que ser español implica querer a todo lo que es España, incluidas las zonas en que hay gente que no quiera serlo. Por ello aún hoy no entendemos a quien se llama a sí mismo español y odia a País Vasco o a Cataluña.

En cuanto a nuestros recuerdos directos de él, son como debe ser, un padre: cariñoso, cómplice de las travesuras simpáticas, firme cuando procede... en las imágenes fugaces de su rostro que quedan en la memoria lejana, llama la atención una sonrisa de satisfacción cada vez que nos miraba; ahora que por fin nuestros hijos están en camino, comenzamos a abarcar el verdadero alcance de la felicidad tras esa sonrisa.

Una pincelada más imprescindible para conocer a Juanchi Doval es su amor por su tierra, Ezcaray. Aunque nació en Madrid, ese hermoso pueblo de La Rioja era el de la familia de su madre desde hace siglos, literalmente; de los veraneos en Ezcaray disfrutó como niño, como joven, como padre y sobre todo, como uno más del pueblo; y tan fuertes eran los lazos que le unían con esa tierra que, unos días antes de su muerte, en el funeral casi clandestino de Jaime Arrese, cuando los supervivientes de la UCD se miraban los unos a los otros preguntándose quién sería el siguiente, nuestro padre pidió: "si soy yo, que me entierren en Ezcaray".

Ambas cosas se cumplieron. Allí lo llevaron para que descansara para siempre; y aunque las fotos de prensa muestran su féretro portado por personalidades políticas de la época, nos cuentan que, al menos a alguno de ellos, se le "animó" a ceder el sitio a la gente del pueblo porque ser ministro "no era lo suficiente como para llevar a Juanchi".

Con su cariño, han sabido mantenerlo vivo. No se me ocurre mejor forma de describirlo que con una frase escuchada hace apenas unos meses: "si yo entrara en ese bar y viera a tu padre sentado en un taburete en la barra, para mí sería lo más normal del mundo". En Ezcaray, mucha gente nos ha querido sin conocernos sólo por ser hijos de Juanchi. Una deuda que sólo se puede empezar a pagar manteniendo el cariño máximo a esa bendita tierra y disfrutando a tope de ella.

Con el tiempo, hemos podido conocer algunos detalles de la pesadilla en la que lentamente se fue convirtiendo la vida en una ciudad que, en parte, te quiere fuera o directamente te quiere muerto. Al principio, nuestro padre no podía concebir que nadie

quisiera matarlo. Cuando su nombre comenzó a aparecer entre los amenazados, quizá se temió un secuestro, dada la posición de nuestro abuelo. Pero cuando comenzaron los asesinatos sistemáticos de sus compañeros de partido, la realidad se hizo evidente. Se le llegó a ofrecer la posibilidad de un escolta, pero la rechazó porque no se sentía capaz de cargar con la vida de nadie, si le ocurría algo por protegerlo. También replicó que, con el ambiente que imperaba en la facultad, aparecer con un escolta no haría sino prender alguna mecha más.

Otra opción que se le planteó fue la de pedir una licencia de armas y llevar una pistola. Su forma de rechazar algo tan incompatible con sus principios fue decir con socarronería “si llevo una pistola en el bolsillo, me pincho el trasero”. Pero la situación no estaba para bromas. Un recuerdo borroso del temor que invadió a nuestros padres un día que entramos en el garaje y olía a gasolina da cuenta de la conciencia que tenían de que en cualquier esquina podía aparecer un asesino. Hemos sabido que por aquellos días, nuestro padre solía aprovechar una pausa entre clases para ir al otro lado de la valla de nuestro colegio durante el recreo y vernos sin que lo supiéramos, porque a lo peor era la última vez. También nos cuentan que había pedido al partido que le cambiaran la puerta de casa por una blindada, que había que usar contraseñas para entrar en casa, que justo al final había decidido irse porque aquello era inaguantable, pero no le dio tiempo.

La mañana del viernes 31 de octubre de 1980 llegaba tarde a trabajar, y por eso no nos llevó a nosotros con él para dejarnos de camino al colegio. Esa circunstancia nos libró de presenciar el atentado, y quién sabe de qué más. Dos etarras lo estaban esperando a pocos metros de su coche. A las nueve menos diez, cuando ya se había montado, le dispararon desde el lateral. Una

bala dirigida al pecho rebotó en su bolígrafo, pero la otra lo mató. Dicen que sus asesinos se fueron riendo. Ninguno de ellos ha pagado por el crimen. Tampoco los que les dieron los datos necesarios para matarlo. Sabían dónde vivía, cuál era su coche, a qué hora salía de casa. La clase de datos que da quien juega contigo a las cartas; nos consta. Incluso en la guardería donde acudía a veces a recoger a su sobrino, había algún trabajador que informaba de sus movimientos.

Nuestra madre oyó los disparos y de inmediato supo lo que había ocurrido. Nos dejó con una vecina y bajó para encontrarse con su marido prácticamente muerto en el interior de su coche. Luego vino el funeral, en plena facultad de derecho y oficiado por Antonio Beristain, quien dijo: "sentimos rabia, vergüenza y odio, pero no consentimos el odio"; llegó el momento del entierro en Ezcaray, y luego, el de la manifestación en San Sebastián, la primera multitudinaria contra ETA en la historia. Los radicales cortaron la marcha y la emprendieron a pedradas, pero los manifestantes respondieron y los hicieron salir corriendo como lo que eran. Cuando en 1997 brotó el espíritu de Ermua, algunos vieron similitudes con aquella marcha de repulsa en plenos años del plomo.

Nosotros fuimos ajenos a todo esto; quienes nos cuidaron lograron mantenernos unos días en la ilusión de que no pasaba nada raro. Tan sólo una de las niñas de la vecina nos contó "me han dicho que tu padre está en el hospital". Por supuesto, la reacción fue pensar que era tonta y que estaba equivocada. Pero cuando volvió nuestra madre, de forma serena nos juntó y nos dijo que papá había muerto; así empezó el resto de nuestra vida. Lo peor eran los sueños en los que alguien llamaba a la puerta, se abría y era él diciendo que todo había sido una broma.

Entonces despertabas y comprendías que la broma macabra era la de la realidad. Los sueños pasaron pronto, el dolor ahí sigue.

Nuestra madre optó por sacarnos de aquella ciudad para mudarnos junto con sus padres; teniendo en cuenta que algunos de mis primos que se criaron en San Sebastián, tuvieron que aguantar alguna vez comentarios en el colegio del pelo “la ETA sólo mata cerdos”, no podemos sino darle las gracias. Cuando hace pocos años el Ayuntamiento de San Sebastián decidió dar la medalla de la ciudad a las víctimas, vimos casos de gente que había optado por mentir en su entorno y decir que su pariente había muerto en un accidente, para poder vivir tranquilos. De nuevo dimos gracias a nuestra madre, entonces ya fallecida, por habernos librado de aquello; aunque por supuesto, eso no significa que no tengas que aguantar la otra cara de la moneda, la de decir que eres de San Sebastián y te llamen “etarra”, la de ir con un coche matrícula SS y que te insulten o te den un bandazo.

Fueron episodios muy esporádicos, pero se recuerdan con amargura, porque rompían esa normalidad que, como hemos contado, nuestra madre nos supo dar, esa infancia que sin duda fue feliz a pesar de todo. En ella no estuvo presente nuestro padre en el sentido de pensar qué habría hecho él en cada caso; pero sí lo estuvieron sus valores y su ejemplo de lo que queremos ser. Y sobre todo, estuvo nuestra madre y con ella su familia, arquitectos de lo que somos. La fortaleza que desplegó para que fuéramos normales y felices, la naturalidad con la que supo disfrutar de su vida sin echar nunca un velo sobre lo que nos había pasado, fue inmensa. Una nueva broma macabra del destino fue que muriera antes de haber sido lo suficientemente maduros como para darse cuenta de esto en toda su extensión y agradecerse como se merecía.

Ya se ha dicho, pero es de justicia insistir en ello: a lo largo de estos años hemos conocido a no poca gente que aún hoy se emociona al recordar a Juanchi Doval, y eso nos ha reconfortado e impresionado, a la par que ha contribuido a acrecentar el orgullo que sentimos por ser los hijos de un hombre bueno y ha certificado el fracaso de sus mediocres verdugos. No pudieron acabar con su memoria ni tampoco han podido someter aquello por lo que luchó: decía un eslogan electoral de la UCD de aquellos tiempos “por un País Vasco para todos”. Una causa justa para un hombre que amaba la justicia.

**VICENTE
ZORITA ALONSO**

[1920-1980]



VICENTE ZORITA ALONSO (1920-1980)

Conocí a **VICENTE** cuando se instaló en nuestra tierra para trabajar como administrativo en la acería Altos Hornos de Vizcaya. Nació en Ponferrada, León, en el año 1920, ciudad en la que pasó su primera juventud, hasta que sus padres decidieron trasladarse a Madrid para que sus seis hijos pudieran estudiar la enseñanza media y, si fuera el caso, la universitaria. Su padre fue un hombre muy emprendedor, de tal manera que en la capital de España fundó una empresa denominada Canteras del Jarama que dio empleo a trescientas personas. Tenía un hermano muy afamado, el comandante Zorita, por ser el primer piloto militar español que atravesó en 1954 la barrera del sonido. Lamentablemente falleció tiempo después, en 1956, en un accidente, al entrar en barrena la avioneta que pilotaba. No tuve tiempo de tratarle asiduamente, pero todavía conservo la cordialidad de su sonrisa.

Su llegada a la política fue a través de un partido denominado Democracia Social, integrado en Alianza Popular, y junto a otros representantes sindicales de diversas empresas de la margen izquierda, se dispusieron a pelear organizadamente por el centro derecha no nacionalista vasco en los inicios de la transición. Vicente estaba entre los llamados y dijo que sí porque para entonces le indignaba la actitud del nacionalismo radical y la actividad terrorista de ETA. Todo esto sucedió en los inicios de 1977.

No me extraña que le llamaran para participar en la política, porque era un hombre extraordinario. Tenía mucho prestigio en su trabajo por su carácter bonachón, afable, divertido y además muy resolutivo de los problemas que encontraba. Peleó siempre por la mejora laboral de sus compañeros, y la verdad es que lo hizo muy bien.

En poco tiempo formó parte de la estructura provincial de Alianza Popular como miembro de la Junta Directiva provincial, pero me parece a mí que aunque no hubiera sido tan bueno y eficaz le hubieran llamado de la misma manera, porque ya se sabe que el centro derecha en aquellos años era una organización sin afiliados por el miedo lógico que sufría la gente al terrorismo y la exclusión social. Le nombraron tercero de la lista en la candidatura de Alianza Popular en marzo de 1980 al Parlamento Vasco y no salió elegido.

Fueron unos años difícilísimos. Yo que soy de Santurce al igual que mi familia, nunca conocimos nada semejante en lo referente al odio que destilaban por su negra conciencia los amigos de los terroristas. Mi madre aprendió de mi abuela el vascuence porque fue su idioma de cuna, pero el pertenecer o poseer las señas de identidad más importantes de la cultura vasca según los nacionalistas no nos libraron de la persecución nacionalista; o pensabas como ellos o te convertías en su objetivo.

Vicente no se arredró y jamás permitió que el miedo callara sus juicios. En este sentido fue muy valiente y en su cuadrilla de amigos opinaba con la máxima libertad, especialmente cuando asesinaban a un policía o militar, que es lo que buscaba entonces ETA con más insistencia, porque le enervaba la injusticia de los asesinatos, especialmente de los pobres funcionarios que llevaban

uniforme. Cuando el ambiente se encontró todavía más le dije a Vicente que tuviera cuidado con su hablar, que fuera prudente por lo que más quisiera. Un hermano suyo residente en Madrid le dijo personalmente que tuviera mucho cuidado porque un año antes habían asesinado al pobre Modesto Carriegas y a Luis Uriarte, y que él, al ser miembro e ir en las listas de Alianza Popular le podría pasar algo. Siempre respondió con un “no tengo miedo” y su convencimiento de que nunca sería objetivo de nada ni de nadie.

Fue el viernes catorce de noviembre de 1980 cuando lo asesinaron. Al ser el inicio del fin de semana quise sorprenderle con unas de esas cenas que tanto le gustaban y que le hacían cantar maravillas de mi cocina y de la atención que en la familia siempre pusimos por el padre, porque nunca le costó nada decir piropos y agradecer las atenciones que le dábamos con tanto cariño. El plato principal se trataba de cabeza de cordero asado, y en su confección me esmeré esa tarde. El había estado de ronda, tomando vinos con los amigos por la calle Capitán Mendizábal, como hacían todas las tardes después de acabar la jornada laboral. Sé que a las nueve y pocos minutos venía hacia casa, porque nuestra hija pequeña Chari lo vio y extrañada me preguntó: “¿dónde está papá?, ¿porqué tarda tanto en subir a casa si le he visto abriendo el portal?” Ahí fue donde lo cogieron, justo cuando iba a abrir la puerta del portal.

Hicimos enormes esfuerzos para que ni en los peores augurios supusiéramos que lo iban a asesinar. Cuando la duda se hacía ya insoportable, la policía nos avisó que habían encontrado su cuerpo querido acribillado en la falda del monte Serantes con una pequeñita bandera española dentro de su boca a modo de mordaza. Al recibir la noticia el mundo se hizo negro y para nosotros

dejó de existir durante un largo rato la vida, todo aquello por lo que habíamos luchado, la razón de nuestra existencia.

Ahora no recuerdo si el funeral, celebrado en nuestra parroquia de Santurce, fue al día siguiente. Hubo mucha gente acompañándonos, recuerdo la presencia del Presidente Nacional, Manuel Fraga acompañado de numerosos dirigentes del Partido, tanto en la misa funeral como en el momento de la sepultura en el cementerio, y también cómo la policía tuvo que dispersar a porrazos a muchos nacionalistas radicales que gritaban llenos de odio su constante “mátalos, mátalos”, al salir el féretro de la iglesia. No sé cómo piensan construir así su quimera.

El 14 de noviembre lo mataron y a últimos de mes nos tuvimos que marchar de mi pueblo, de la tierra en la que nació, vivió y murió mi familia desde varias generaciones. Allí no había quien respirara. Empezamos a recibir amenazas por teléfono. A mi hijo Enrique, la Guardia Civil lo tuvo que sacar de su casa con su mujer y su hijo pequeño de un año diciéndole que no podían asegurar su integridad física y que se fueran del País Vasco. A mí y a mis hijas Elena, María del Carmen y Chari, que entonces vivían conmigo, nos dijeron lo mismo y nos fuimos para siempre.

Tiempo después volvimos ocasionalmente y por escasos días, por razón de alguna reunión familiar e incluso en esos momentos recibíamos llamadas a las tres o cuatro de la mañana diciéndonos: “sabemos que estáis aquí... y que como no os larguéis iremos de nuevo a por vosotros...”. El día doce de diciembre Manuel Fraga me recibió, junto con mi familia, en su despacho del Partido en Madrid.

Recuerdo que, coincidiendo con el aniversario del asesinato, acudimos toda la familia a la ofrenda en el cementerio y al

homenaje que el Partido Popular realizó en un hotel de Portugalete el dieciséis de noviembre del 2005.

No hemos vuelto, desde luego, porque no reconozco en el silencio vergonzoso de la gente, en la denigrante cobardía con la que respondieron a las muertes, a la tierra mía y de mis antepasados, al solar entonces florido en el que conocí a Vicente en el que sigo hablando con él todos los días.

**ALBERTO
LÓPEZ JAUREGUIZAR**

[1939-1982]



ALBERTO LÓPEZ JAUREGUIZAR (1939-1982)

Nunca pudimos suponer que la tragedia del terrorismo que asolaba al País Vasco a finales de los setenta, pudiera cebarse en nuestra familia. Alberto fue siempre una persona anónima más allá de los límites de nuestra familia y de su trabajo, por este motivo la incompreensión de su asesinato fue de una intensidad absoluta.

ALBERTO nació en Bilbao, el cuatro de julio de 1939, en el hogar de una familia unida y muy sencilla. Sus padres eran naturales de Valladolid y Baquio (Vizcaya). Tras realizar los estudios medios en el colegio de los Jesuitas de Indauchu y en el Santiago Apóstol, ambos en Bilbao, ingresó en la empresa Tabacalera Española en 1958, con dieciocho años recién estrenados y lleno de una enorme ilusión. Con el tiempo alcanzó la titulación de profesor mercantil.

Puede decirse que nos conocíamos de siempre y después de llevar un noviazgo ilusionado, nos casamos en 1964. Para entonces había terminado la licenciatura de Filosofía y Letras, que no pude ejercer por dedicarme a mi familia. Poco después comenzaron a llegar los hijos, que nos llenaron de dicha. La vida parecía que no podía ser más perfecta.

En Tabacalera, Alberto realizó su carrera profesional y después de veinticinco años y muchos esfuerzos alcanzó la cima de su

trabajo como apoderado, segundo cargo en el escalafón de las responsabilidades labores tras el de Delegado. Fue unánime el juicio producido por sus compañeros al ponderar su ausencia tras su muerte. Los que convivieron con él los veinticinco años de trabajo profesional se dolieron de la muerte de un hombre austero y recto en su trabajo.

A inicios de los ochenta del siglo pasado la ideología de cada uno en el País Vasco actuaba como barrera, auténticas trincheras que no permitían que otros considerandos de la vida de cada cual se mostraran también como constitutivos esenciales de cada persona, que había que valorar y respetar. Esta situación nunca impidió que Alberto viera a sus compañeros como amigos, de tal manera que los ayudó siempre que las circunstancias así lo reclamaran. Una vez que Alberto alcanzó la responsabilidad de Apoderado, continuó apostando por la nómina de Tabacalera, por sus compañeros, especialmente en la defensa y mejora de los convenios colectivos, cuando por su posición laboral podía considerarse ajeno a esas reivindicaciones. Pero no fue así, y estuvo con todos al pie del cañón velando por la mejora de los demás.

En casa siempre decía que la educación era lo primero y a esta tarea nos dedicamos los dos con esfuerzo. De sus compañeros oí también el respeto y enorme amor que siempre me demostró. Fue un hombre excepcional.

La vida de Alberto fue de una perenne exigencia. Dedicó durante muchos años las tardes tras acabar su jornada laboral en Tabacalera, a llevar la contabilidad de la administración de la lotería Los Millones de Las Arenas y a dirigir la gestoría de temas fiscales que abrió con un amigo suyo. Hay que reconocer que jamás se le escapó un céntimo de peseta en las contabilidades

que administraba, pues era muy bueno en lo suyo y además tremendamente honrado. Su probidad profesional unida a su carácter sencillo, bueno y bondadoso, le hizo ser querido por todos los que le trataron. En dieciséis años nunca tomó más de quince días de vacaciones.

Los ideales humanos de Alberto siempre se vieron reflejados en la idea de la paz, el orden y la libertad, valores supremos que permiten que los hombres convivan juntos y en armonía. Su modo de pensar se resumía en la esencia de España como familia de todos los que querían acogerse a su historia común y a sus tradiciones. Nunca tuvo ningún inconveniente en explicar públicamente a quien lo demandara cual era su posición en el mundo, y porqué los nacionalismos le parecían empequeñecer la política y la historia.

Yo comencé a colaborar con Alianza Popular a finales de los setenta en la preparación de las diversas consultas democráticas. En las elecciones generales de 1977 colaboré en todo lo referido al voto por correo, a la coordinación de los apoderados e interventores de cada mesa electoral, es decir, a todo aquello que mantiene viva la máquina electoral de los partidos.

La tolerancia era lo que habíamos aprendido de nuestros padres, cuya opción política nunca fue la de los fanáticos esclavizados por sus propios ideales. En casa aprendimos a querer la historia de España, a sentirnos españoles, pero sin ninguna exaltación estrambótica, entre otras razones porque actitudes extremas no hubieran casado con el ejemplo de nuestros padres.

Alberto tuvo la desgracia de ser testigo de un atentado muy cerca del cuartel de Garellano, en Bilbao. Como ya he dicho

antes, no era nacionalista ni era muy españolista (como dicen ahora), era un ciudadano normal y corriente, muy liberal de ideas. Tras el atentado de Garellano recuerdo que vino a casa pálido, desencajado, y me comentó apesadumbrado por la escena vivida que había que tomar partido por algo, porque no se puede matar a esta gente así, a inocentes que tienen padre, madre, familia que sufre lo indecible... Desde ese momento comenzó a asistir a los funerales de las víctimas del terrorismo, porque tristemente nadie acompañaba en ese último adiós público a las familias.

Recuerdo que en Algorta asesinaron a alguien, a un chico (no sabíamos quién era, nosotros no le conocíamos), en un bar en la estación de Algorta y fuimos al funeral. No había nadie en la iglesia salvo la madre, algún familiar y nosotros. Aquella escena nos dejó completamente desolados, desencajados porque no podíamos comprender que la gente no se apiadara del dolor ajeno, de una familia que ha visto cómo mataban a su hijo.

Poco después asistimos a otro funeral en Ondárroa, con alguna complicación porque la Guardia Civil nos cerró el paso pues tenían orden de que no se reuniese tanta gente en el funeral. Aquél chico se llamaba José María Arrizabalaga y lo asesinaron en Ondárroa el veintisiete de diciembre de 1978 por ser el jefe de la organización carlista de su pueblo. Fue entonces cuando Alberto empezó a tomar partido, cuando ante las matanzas me comentó que deseaba defender sus ideas de orden y paz.

Producto de su reflexión decidió afiliarse a Alianza Popular porque era lo que más sintonizaba con él, aunque como él decía, era un viejo liberal. Me acuerdo de esos funerales en el cuartel de Garellano, me acuerdo del silencio brutal tras los muertos, enterrados a escondidas; de aquel funeral de Ondárroa en el que

nos cerraron la carretera y tuvimos que dar mil vueltas, tardando cuatro horas en llegar a la iglesia... Nuestra familia iba de funeral en funeral, en silencio, para demostrar que nosotros sentíamos radicalmente aquellas muertes.

Cuando asesinaban a un policía, Alberto ponía la bandera española en la calle Amesti con un lazo negro porque decía que aquél policía tenía padre y madre. Creo que fue esa bandera española que estuvo en la calle Amesti con lazo negro la que le pudo costar la vida, más que su afiliación en Alianza Popular. Posteriormente sí tuvo problemas con los sindicatos, especialmente con el nacionalista ELA-STV, pues le llamaron más de una vez a Tabacalera para que sus sindicatos fueran los que descargaran los camiones de Tabacalera. Alberto siempre les contestó que mientras tuviera los operarios que tenía y que, además, funcionaban bien, él no echaba a nadie. Esa fue otra de las causas que yo pienso que le pudo costar la vida, pero especialmente el poner la bandera en la calle Amesti con el lazo negro. Al enterarse de cualquier asesinato, llevaba al lugar un ramo de flores.

Y llegó la mañana del fatídico dieciséis de julio de 1982, festividad de la Virgen del Carmen, en la que Alberto como siempre salió rumbo a Bilbao en su coche para cumplir con su jornada laboral. No sabemos qué es lo que le pudo pasar para estar a las nueve de la mañana en la calle Torrene, frente al edificio de Correos de Algorta, como a unos cien metros de donde nosotros vivíamos. Alguien por detrás del coche se acercó sigilosamente, como siempre hacen los animales, y le disparó varios proyectiles asesinándolo en el acto.

Nosotros nos enteramos a los cinco minutos, cuando una vecina me llamó por el telefonillo del portal, comunicándome el

atentado. Me acerqué con mis hijos mayores a verle para que diéramos el último saludo a mi marido y al padre de mis hijos, y así lo hicimos, destrozados por el dolor y confortados por su amor que ya sentíamos para siempre dentro de nuestro corazón, hasta el mismo momento en que se produjo el levantamiento del cadáver.

Tras su muerte llegó con el dolor la soledad más absoluta, aliviada por el cariño y el acompañamiento de nuestros buenos amigos. Salvo estos, nadie en la calle nos dio el pésame, no recibimos ninguna llamada de consuelo, nada de la sociedad en la que vivíamos. Sí hubo un detalle que agradecí y agradeceré siempre, la de aquel militar de alta graduación de la marina española, que con su uniforme vino andando por la calle Amesti a casa para darme el pésame a las tres y media de la tarde. Aquel acto, significarse con su uniforme, hizo ver que era un hombre valiente y bueno, porque aun sabiéndolo se jugó la vida.

Somos incapaces de comprender cómo aguantamos tanto dolor. Mi primera preocupación fue responsabilizarme de que mis hijos nunca sintieran rencor y odio a los asesinos de su padre y, por esta razón, decidí abandonar el País Vasco con mis hijos Guiomar (15 años), Lorena (14 años), Verónica (13 años) y el pequeño Rodrigo (8 años), para instalarnos en Alicante, ese rinconcito del Mediterráneo en el que Alberto comentó alguna vez que le gustaría pasar los últimos años de su vida.

Desde entonces vivimos todos juntos con él, en su memoria y acordándonos de su perenne sonrisa. Durante un tiempo he sido Delegada de la Asociación de Víctimas del Terrorismo en la Comunidad Valenciana.

**JOSÉ
LARRAÑAGA ARENAS
(1927-1984)**



JOSÉ LARRAÑAGA ARENAS (1927-1984)

JOSÉ nuestro padre nació el siete de marzo de 1927 en Azcoitia, provincia de Guipúzcoa. Su familia (y nos referimos a sus antepasados más lejanos) fueron naturales también del pueblo en el que nuestro padre vio por primera vez la luz del mundo.

Su padre era el secretario del juzgado en la época en que para realizar esta función no había que tener estudios superiores. Nuestro padre, que tampoco tuvo estudios más allá de los elementales, ocupó interinamente esta responsabilidad heredada de su padre una larga temporada. Como se sabe, en aquellos años el idioma habitual de Azcoitia era el vascuence y, por lo tanto, quien ocupara la responsabilidad de Secretario debía dominarlo, para ser eficaz a los vecinos. Por otra parte, se pagaba poco, muy poco, por ocupar esta responsabilidad. Se entenderá entonces que nadie de fuera quisiera venir a Azcoitia para ganarse la vida en el juzgado; sin un sueldo razonable y sin conocer el idioma autóctono poco podría hacer un foráneo en esta función.

Nuestro padre tuvo ocho hermanos, una auténtica familia numerosa. En aquellos años quienes tenían dificultades para sacar a su familia adelante en lo económico, escolarizaban internos a algunos de sus hijos en algún colegio religioso, becados por alguna institución. Este fue el motivo por el que nuestro padre se fue a un colegio interno de los Salesianos, en Cataluña, mientras duró su formación en el bachillerato elemental. Cuando se fue

por primera vez de casa casi no sabía hablar castellano; pocos meses después lo dominaba como el resto de los chicos.

Lamentablemente no sabemos nada más de su primera juventud pues siempre fue un hombre volcado en su presente, apasionado por el día a día, de tal manera que puede decirse que jamás acudía al pasado, a sus recuerdos, para mantener una conversación con nosotros. Intuimos años después que con doce años regresó de Cataluña para integrarse en la vida laboral, en lo que desde entonces sería su cotidianidad. Al igual que el resto de los chicos jóvenes de Azcoitia, nuestro padre inició su aventura profesional en la fábrica Alberdi y Compañía, dedicada a la fabricación de zapatillas, de alpargatas. Aunque la fábrica estaba bastante mecanizada a inicios de los cuarenta del siglo pasado, era necesaria la mano de obra intensiva. Nuestros padres se conocían del día a día de Azcoitia; es más, los hermanos de nuestra madre eran del mismo grupo que nuestro padre y compartían amistad y aficiones.

En 1945, cuando nuestra madre cumplió los catorce años y alcanzó la mayoría de edad para integrarse en el mundo laboral, fue contratada como casi todas las chicas de Azcoitia en la fábrica de alpargatas. La mayoría de las jóvenes añoraban alcanzar esa edad al significar su cumplimiento la adscripción en el mundo de los mayores, la asunción de las responsabilidades, de llevar algo de dinero a casa y aliviar la tensionada tesorería familiar, especialmente en los años más duros de la posguerra.

Nuestra madre se casó en 1961, con veintiocho años, y en ese momento abandonó la fábrica para dedicarse en cuerpo y alma a su nuevo hogar. Aunque nuestros padres trabajaron juntos en la fábrica de alpargatas y se veían todos los días, puede decirse que se conocían de muchos años antes porque en Azcoitia

los chicos se trataban prácticamente desde que comenzaban a andar. Además, nuestro padre era muy amigo de los hermanos de nuestra madre, de tal manera que comenzaron a tratarse desde su primera infancia. José, como decía nuestra madre, era de lo que no hay, alegre, dicharachero, amoroso, siempre amable para con los demás y especialmente con sus hijos. Puede decirse que le gustaba vivir con una intensidad que jamás encontramos en otro hombre; por este motivo estaba metido en todas las salsas, en la bulla que se organizaba entre sus amigos para dar a la vida el incremento de la alegría, esa chispa que permite mirar a la vida con algo de esperanza.

Siempre fue un gran defensor de los deportes, fue presidente de la Sociedad Recreativa Anaitasuna de fútbol, y apoyó siempre la pelota y especialmente a los pelotaris de Azcoitia.

Cuando nuestros padres se casaron en 1961, Azcoitia tendría unos diez mil habitantes. Poco tiempo después el pueblo recibió la intensa oleada de la inmigración, configurando de otra manera su estructura urbana. Tras la entrada en el Ayuntamiento como concejal, motivada para ayudar a la gente que tenía que emigrar, el consistorio luchó para conseguir la instalación en Azcoitia de la empresa Forjas Azcoitia, enfrentándose a la voluntad del clero, que veía con la entrada de inmigrantes la pérdida de su influencia en el pueblo. Asimismo, el Ayuntamiento instauró el baile agarrado en la plaza, lo que motivó la retirada de los bancos asignados al Ayuntamiento en la iglesia.

Había que acomodar a los nuevos y se construyeron varias barriadas en las que nuestro padre tuvo mucho que ver. A inicios de los sesenta, mi padre y tres más constituyeron la Cooperativa Mekoleta para construir variedad de casas. La función de nuestro

padre en la nueva sociedad fue siempre meramente administrativa pues era consustancialmente torpe para el trabajo manual; puede decirse que no sabía cambiar una bombilla. Nuestro tío Pachi era el jefe de las obras...

Pasado el tiempo, la Cooperativa Mekoleta compró el cincuenta por ciento de la sociedad dueña de la gasolinera de Azcoitia. Los dueños habían sufrido algún quebranto económico y necesitaban capitalizarse a toda costa. Encontraron el modo desprendiéndose de la mitad de la sociedad. Cuando la Cooperativa de nuestro padre se hizo cargo del nuevo negocio y adquirieron algo de soltura en la nueva función, montaron la gasolinera de Azpeitia.

Los dueños de la Cooperativa nunca fueron personas de dinero como así se hace ver, entre otros argumentos, al constituir la figura jurídica de la cooperativa. Trabajaron toda su vida como burros y jamás llevaron una vida en la que se derrochara el dinero, especialmente porque éste sólo llegaba para vivir.

Sólo al final de su vida laboral disfrutó nuestro padre de vacaciones. Durante dos veranos alquilamos un apartamento en Laredo, otros dos los disfrutamos en idéntico régimen en Haro, y otro en Logroño. Del mes de alquiler vacacional nuestro padre sólo tomaba quince días para estar con nosotros descansando. Las únicas veces que nos acompañó el mes de agosto completo fue con su jubilación, al conseguir sin desearlo la invalidez permanente absoluta como consecuencia de su segundo atentado. Tuvimos la alegría de gozar de su presencia en Benidorm durante dos años antes de que lo asesinaran.

En realidad a nuestro padre no le gustaban las vacaciones al uso. Él no quería irse de Azcoitia en agosto, porque donde

realmente descansaba era con su cuadrilla de amigos, hablando con unos y otros de su amplia parroquia. Para él, el chiquiteo era la excusa y el vehículo para encontrarse con los amigos.

No era muy niño. En una ocasión su madre le vio paseando a uno de nosotros en el cochecito, un domingo cualquiera del año después de la misa de doce. ¡Puf!, qué bronca recibió de su madre por ver a su hijo paseando a un nieto. En aquellos años en Azcoitia, un hombre no podía realizar esas funciones tan femeninas...

Cuando crecimos algo, disfrutamos mucho de su presencia. Entre semana prácticamente no le veíamos pues llegaba siempre caída la tarde a casa por causa del trabajo y de la política. Pero notábamos su presencia a través de los comentarios que hacía nuestra madre: "...ayer me preguntó tu padre, ¿qué tal en esa asignatura?, ¿cómo solucionaste el enfado aquél con tu hermana?, ¿cómo fue tal cuestión?...". Era la manera que teníamos de comprobar que nuestro padre estaba siempre encima de nosotros y que velaba amorosamente por todos desde la distancia.

Los domingos, en cambio, siempre comíamos juntos. Era una maravilla entonces estar con él porque se notaba en nuestras conversaciones que se interesaba especialmente por nosotros, y que todo lo nuestro le apasionaba con una intensidad especial. Era extraordinario. Los domingos solía comprar pasteles para tomarlos en el postre y, si alguno de los hermanos hacía algún remilgo porque no le gustaba la carolina o algún otro merengue, nuestro padre nos explicaba que no podía ser que tuviéramos caprichos, especialmente con la crisis económica de los inicios de los setenta que entonces asolaba a España. Y venga con la crisis y dale con la crisis en sus explicaciones, hasta que un día

le dijimos que cuándo iba a llegar la famosa crisis a casa... El mayor de los hermanos no había cumplido los trece años... "¡Ah!, ¿qué no sabéis lo que es la crisis...?", respondió nuestro padre. Desde ese momento con frecuencia nos explicaba las claves económicas de la crisis del crudo, de la inflación y deflación monetaria, del paro laboral, de la hacienda pública y otras cuestiones que bajo ningún concepto conseguimos entender a la edad que entonces teníamos, pero nos hacía una enorme ilusión que nos explicara como si fuéramos chicos mayores.

Tras sobrevivir a un segundo atentado y exigirle la banda terrorista que abandonara el País Vasco si quería seguir vivo, nuestros padres buscaron piso en Logroño. Recordamos perfectamente aquella escena. Nuestros padres se fueron unos días antes para organizar la nueva casa de alquiler. Nosotras fuimos en taxi al cabo de un par de días, cuando nos llamaron, porque nuestro padre nunca tuvo coche por no tener permiso de conducir.

Las chicas teníamos trece y quince años y nuestro hermano dieciocho, y lloramos como magdalenas a causa de la congoja que sentíamos; nos habían destrozado la vida. Nuestra madre igualmente no sabía dónde mirar para ocultar sus ojos ahogados en lágrimas. Nuestro padre, que era un hombre decidido y optimista, decidió que nuestra primera tarde la dedicaríamos a pasear por Logroño para conocer nuestra nueva ciudad. Nada más poner el pie en la calle se encontró con un amigo suyo de Beasain, se fundieron en un abrazo y se echaron a llorar. ¡Hasta en Logroño se encontraba con conocidos!

Nuestro padre consiguió reorganizar su vida social mucho antes que sus hijas, que ya es decir. Pero lo pasamos muy mal. Se hicieron a la nueva ciudad cuando congeniaron con los primeros

amigos y salían cualquier domingo por la tarde con ellos. Nosotras nos íbamos antes de casa, diciéndoles que habíamos quedado con esta y con aquella, pero era mentira. Al verles a escondidas salir por el portal y doblar la esquina, subíamos de nuevo a casa para pasar solas la tarde del domingo. Luego les decíamos que habíamos ido al cine o a merendar con algunas chicas de clase. Era la manera que entonces encontramos de no acrecentar más su intenso dolor.

Nuestro padre reorganizó su vida de amistad en poquísimo tiempo. Podría decirse que incluso disfrutó más que en Azcoitia, porque aquí se sintió por primera vez en muchos años, libre para hacer y decir lo que le viniera en gana, sin la mirada inquisitiva y llena de odio de quienes le querían destruir. Constantemente le llamaban los amigos del pueblo, venían los fines de semana para estar con él, para llevarle de fiesta con cualquier excusa a cualquier comida, a cualquier homenaje, a cualquier festejo. Le quisieron mucho y él lo agradeció siempre con la bondad de su corazón.

Como decíamos, en Logroño fue un hombre feliz porque encontró la paz que le negaron los suyos. Su preocupación para evitarnos tensiones innecesarias le llevó (lo comprendimos años después), a tomar la decisión de no tener teléfono en nuestra casa de Azcoitia para evitar que nosotros cogiéramos algún día el teléfono y oyéramos las amenazas que recibía con asiduidad. En ocasiones subía al piso de algún vecino para llamar por teléfono.

Sabemos muy poco de los ascendientes políticos de nuestro padre, salvo que en la familia de nuestra madre decían que nuestro padre era un amarillo, modo con el que se calificaba en nuestro pueblo a la facción más integrista del carlismo, cuando precisamente casi todos los naturales de nuestro pueblo eran carlistas.

Una cuestión era cómo se definía a la familia de nuestro padre y otra cómo pensara nuestro padre. En lo religioso era profundamente católico pero no iba a misa los domingos porque pensaba que su relación con Dios transcendía a la religión entendida como una institución emanadora de normas morales; nosotros en casa siempre recibimos una educación completamente liberal.

A nuestro padre la política le apasionó siempre porque conseguía resolver los problemas de los vecinos mediante su dedicación como concejal de Azcoitia. En el supuesto de que hubiera ocupado ese cargo en un estado republicano le hubiera dado igual porque no estaba nada ideologizado. Sabíamos que todo su cuerpo doctrinal era la idea de la nación española y poco más. Fundamentalmente era un español de a pie que no comprendía por qué algunos querían enfrentar lo vasco a lo español, no le cabía en la cabeza, en serio.

Esta actitud era común en Azcoitia. Por ejemplo, la madre de un dirigente nacionalista, ponía siempre en los tres balcones de su casa la bandera de España cuando alguna manifestación recorría el pueblo dando vivas al independentismo; para entonces su hijo había abandonado la sotana y se dedicaba a la política del PNV. Nuestro padre nunca nos transmitió sus ideas políticas salvo la españolidad que antes comentábamos. Sabíamos, eso sí, que nuestra familia era de la derecha no nacionalista y poco más. En casa mandaba nuestra madre y no dejaba que se hablara de política pues opinaba que sólo nos traería complicaciones, como así fue.

Nuestro padre siempre nos educó con la contundencia de su ejemplo. En este sentido fue maravilloso y consideramos que el legado moral que nos transmitió es de una hondura inabarcable.

En las navidades de 1984 y ya muerto nuestro padre, un tío nuestro nos comentó que a finales de los setenta fueron convocados por un nacionalista (nunca nos dijo su nombre) a una reunión, en la que les transmitieron que iban a comenzar a dar palos y muy gordos, que se retiraran de la política y se quitaran de en medio. Mi tío lleno de prudencia no volvió a posicionarse en nada de cariz político, pero no así mi padre, y lo asesinaron. Es evidente que jamás se les pasó por su imaginación que sus vidas pudieran correr peligro.

Como antes decíamos, en casa no se hablaba de política porque así lo quiso nuestra madre, aunque sí recordamos que durante una temporada hubo en casa pegatinas de la marca electoral Guipúzcoa Unida, formación de la Alianza Popular en la que ayudaba nuestro padre. Su principal misión consistió en conseguir que Marcelino Oreja sacara su escaño. El caso es que no se consiguió.

Cuando las cosas comenzaron a complicarse jamás notamos en los vecinos de nuestra casa (de ideario diferente al nuestro), el encono de la política. A Dios gracias la política nunca emponzoñó las relaciones personales en la escalera de vecinos y podemos decir que, independientemente de nuestro credo, éramos todos casi como una familia. Lo que no sabemos explicar es cómo en tan poquísimo tiempo el pueblo de Azcoitia de ser carlista en general en 1975, trocara al PNV dos años después. Somos incapaces de comprenderlo.

Nos fuimos de Azcoitia llenos de congoja antes de que comenzaran los problemas, o eso pensamos entonces. Nosotros éramos lo mismo que el resto de nuestros vecinos, es decir, vascos de lengua, de raíces, de tradiciones y de cultura, de aquí nuestra

más radical incompreensión por lo que estábamos pasando. Cuando llegamos por primera vez a Logroño teníamos que acompañar a nuestra madre a comprar a las tiendas porque no le entendía nadie, ya que no sabía casi hablar en castellano. Dejamos de ir a nuestro pueblo cuando mataron a nuestro padre y desde entonces, aun sabiendo que la geografía de nuestra tierra es maravillosa, ya no es nuestra tierra, ya no es nuestro hogar.

En catorce de abril de 1978 nuestro padre sufrió el primer atentado. Volviendo de trabajar de la gasolinera sobre las diez y media de la noche, vio un coche aparcado en un sitio extraño, y no le quedó más remedio que echarle valor y continuar caminando. Al pasar delante de ellos le dispararon impactándole dos balas en una pierna rompiéndole el peroné. Cuando se recuperó le pusieron dos policías de escolta pero no aguantó ese modo de vivir más de un mes y la rechazó para hacer su vida habitual sin el acompañamiento de nadie. Nuestro padre, tras el primer intento de asesinato, jamás nos dijo nada que incrementara la tensión de la familia, aunque mi madre se daba cuenta de todo, especialmente cuando llegaba tarde a casa con la cara desencajada.

Creemos que algo debió intuir de lo que vivimos más tarde porque tiempo después, interpreté el siguiente acontecimiento como premonitor de lo que sucedería. Tras el atentado frustrado contra un guardia civil en Azcoitia, en el que falleció un niño y otro quedó gravemente herido al explotar un paquete bomba, por primera vez se convocó una manifestación silenciosa en Azcoitia suplicando la paz mientras recorríamos las calles del pueblo. Nuestro padre permaneció un rato en la manifestación y luego se retiró a casa. Al preguntarle la razón de ese temprano abandono, nos contestó que estaba en la primera fila desde hacía tiempo y que ahora les tocaba a otros posicionarse contra el terrorismo.

En una ocasión llegó a casa cuando nosotros estábamos atendiendo a un chico de Azcoitia que durante una temporada se ganó la vida vendiendo música y libros para el Círculo de Lectores. Al irse el vendedor, el padre nos preguntó preocupado qué hacía en casa ese chico. Posteriormente el vendedor de libros atentaba contra nuestro padre y un mes después asesinaba al íntimo amigo de mi padre y de nuestra familia, Ramón Baglietto.

Este segundo atentado ocurrió dos años después, el trece de abril de 1980 y fue así: volviendo a casa sobre las once y media de la noche, vio aparcado delante del portal un vehículo con dos individuos dentro. En Azcoitia a esas horas dos personas dentro de un coche era la situación más extraña que pudiera darse, por este motivo nuestro padre se acercó al coche para decirle que sus escoltas venían detrás, en un intento de poner nerviosos a los que se ocultaban en el sombrío vehículo. Como respuesta recibió varios balazos, uno de ellos especialmente grave al entrar el proyectil por el hombro y salir la bala a la altura del esternón.

Los terroristas salieron huyendo con el coche dejando muy mal herido a nuestro padre. Un vecino intentó ayudarlo pero, aturcido por el efecto del atentado y por la pérdida de sangre, salió corriendo para refugiarse en el bar Atraskua pensando que quien deseaba socorrerle era otro asesino. En el bar llamaron a una ambulancia y a la policía y lo llevaron al hospital de San Sebastián donde estuvo ingresado tres meses muy grave.

Cuando le dieron el alta no le dejaron volver a casa, a Azcoitia, y tuvo que vivir en el Gobierno Civil de San Sebastián hasta que se encontrara una solución definitiva. En este tiempo estuvo acompañado por dos escoltas y por la presencia de mi madre. Nosotros íbamos a verle frecuentemente acompañados por nuestros

tíos, con los que pasamos a vivir mientras nuestros padres estuvieron fuera de casa; teníamos absolutamente prohibido decir a nadie dónde estaban nuestros padres.

Cuando decidieron que Logroño sería la ciudad donde viviríamos, los responsables policiales intentaron hacerle ver que esa ciudad estaba demasiado cerca del País Vasco como para resultar segura. Pero optaron por ella para estar lo más cerca posible del pueblo de donde éramos. Nuestro padre era tan bueno que pensaba que si habían intentado matarle, no era por su persona sino más bien por todo lo que representaba y quizá por esta razón pensó que nunca más irían a por él.

Unos tíos míos vieron varias casas en alquiler en Logroño y finalmente se decidieron por una cercana a la estación de autobuses. El veintinueve de junio salieron nuestros padres y el uno de julio nosotros camino de nuestro destierro definitivo. Como decíamos antes, nuestra estancia en Logroño fue fabulosa, pues todos los fines de semana la casa estaba llena de gente, de los amigos de mi padre. Una vez muerto nadie volvió a visitarnos y lo comprendemos perfectamente.

Cuatro años y medio después de salir a escondidas de Azcoitia mis padres se subieron en el autobús en Logroño para pasar la Navidad en casa rodeados de los suyos y sus amigos. El treinta y uno de diciembre de 1984 bajaron del autobús en Beasain a las siete de la tarde, donde un tío nuestro les esperaba para llevarles a casa en coche. Nuestro padre se fue a tomar unos vinos con sus amigos antes de la cena y felicitarse por el año nuevo que llegaba. Sobre las nueve y media de la noche se despidió de su cuadrilla y le asesinaron por la espalda al salir del bar Alameda; tres disparos en la nuca acabaron con su vida.

No sabíamos que se pudiera sufrir y sentir tantísimo dolor. Su querido cuerpo se veló en casa para recibir el último adiós de todos sus amigos y gentes de bien. Cuando preparaban su cuerpo llamó nuestro hermano Fernando desde el destino en el que realizaba el servicio militar, sin saber nada, pues todavía no había trascendido la noticia. Deseaba felicitarnos por el año nuevo...

A Dios gracias recibimos muchísimo cariño llenándose la casa de muchísima gente, de amigos ciertos de Azcoitia, que se dolían sinceramente por la muerte de nuestro padre. Con su muerte murió también parte de nuestras vidas y notamos un vacío vital que nos dejó exánimes, casi sin capacidad de respuesta, sin ánimo para continuar viviendo.

Posteriormente, mucho tiempo después, quizá años, fue llegando la quietud y la paz reencontrada de nuevo al ver su imagen querida en nuestra memoria, al contemplar la maravilla de la alegría que llenó siempre su corazón y que no nos abandonó nunca. Ahora, cuando hablamos entre nosotros de la vida junto a nuestro padre, terminamos riéndonos llenos de dicha al traer al presente sus ganas de vivir, su ilusión por estar siempre entre nosotros.

**GREGORIO
ORDÓÑEZ FENOLLAR**
(1958-1995)



GREGORIO ORDÓÑEZ FENOLLAR (1958-1995)

La familia de Gregorio fue una de las muchas españolas que tras el infierno de la guerra cainita se fue a hacer las Américas para lograr el sustento que aquí no encontraban. El padre, Gregorio, nacido en Cutanda, Teruel, arribó en Venezuela en 1949 con veinticuatro años, y su madre, Consuelo Fenollar, hija del pueblo de Terrateig, Valencia, en 1952. La fortuna hizo que se encontraran en la colonia de españoles que aunaba el mundo de las propias tradiciones y el amor por la patria lejana. Tras una breve relación, unieron sus vidas para siempre en la catedral de la capital venezolana. **GREGORIO** nació en Caracas el veintiuno de julio de 1958 y su hermana Consuelo año y medio después.

En 1966 decidieron volver a España ya que la situación económica venezolana no terminaba de ofrecer las oportunidades de mejora por las que iniciaron el viaje. Un familiar de Gregorio les ofreció ocuparse de la lavandería industrial que poseía en San Sebastián, en las faldas del monte Ulía, y sin dudarlo se establecieron en una de las ciudades más bellas del norte de España.

La existencia de los Ordóñez continuó siendo igual de dura y esforzada que la vivida al otro lado del Atlántico, concretada en horas y horas de trabajo los siete días de la semana de todos los meses del año. En el ejemplo de sus padres aprendió cuán útil es para la vida, el trabajo humilde lleno de constancia. De la escuela

de su familia asimiló su capacidad de trabajo, la honradez, la responsabilidad para enfrentarse a las propias tareas y una tenacidad asombrosa dispuesta a lograr los fines que le parecieron justos.

En 1976 y después de realizar un bachillerato lleno de logros académicos, se trasladó a Pamplona para cursar en los cinco años preceptivos la licenciatura de Periodismo. Los años de la Universidad aquilataron el carácter que ya tenía dibujado desde los años de la adolescencia, es decir, un modo de ser impulsivo, alegre y siempre dispuesto para el servicio. Sin darse cuenta fue perfilando los contenidos que suelen acompañar a los líderes, a los conductores de otras vidas, de otros hombres. Los compañeros de Gregorio descubrieron en él una extraordinaria capacidad de arrastre, al mismo tiempo que una rotundidad y agilidad verbal en la defensa de sus propias convicciones.

En aquellos años universitarios muchos se asombraron de su capacidad dialéctica para enfrentarse a sus contrincantes, al mismo tiempo que una intransigencia aplicada a su persona para concluir sin demora lo que pertenecía al ámbito de sus obligaciones. Gregorio concluyó su licenciatura con un extraordinario currículum académico aparentemente conseguido sin esfuerzo, aunque todos los días de estudiante dedicó un mínimo de tres horas al estudio; es cierto que el periodismo le apasionó siempre, de la misma manera que el amor a sus padres. Siempre supo que estudiar fuera de casa suponía un esfuerzo económico a su familia que debía corresponder, como mínimo, con las mejores calificaciones.

Nuevamente en San Sebastián y tras cinco años de ausencia, encontró trabajo por mediación de José Eugenio Azpiroz, buen amigo de un tío de Gregorio, remitiéndole este a la redacción de

la delegación guipuzcoana del periódico alavés Norte Expres, un diario nacido con idea de convertirse en un periódico de referencia regional, pero la empresa no resistió el primer asalto. La situación económica de España atosigada por la larga crisis económica iniciada con la quiebra de los precios del petróleo de los setenta, más las propias debilidades intrínsecas de nuestra estructura económica y laboral, consiguieron que hasta los mejores tuvieran complicaciones en mantener el trabajo. La experiencia periodística en la delegación de Norte Expres (Gregorio fue el último llegado de una nómina de cuatro personas) no duró más de un mes. Uno de los principales resultados conseguidos en su primer trabajo consistió en que por primera vez Gregorio fue conocido por alguien ajeno a su grupo de amigos de San Sebastián y Pamplona. En la redacción se encontró con Carmen Zulueta, periodista, y al mismo tiempo vicepresidenta en Guipúzcoa de Alianza Popular.

Lo que vio Carmen en el joven periodista le impresionó tanto, que no dudó en participar el descubrimiento a los responsables del partido; nunca había conocido a nadie con tanta capacidad de trabajo y con una extraña valentía para decir clara y públicamente lo que le viniera en gana siempre en defensa de la paz y de la libertad, especialmente en la sociedad vasca atenazada por el chantaje y la extorsión terrorista, que a inicios de los ochenta hacía estragos en medio del silencio más indecente de la sociedad vasca.

El menosprecio de la ética por ausencia de la libertad le enervaba tanto, que con veintitrés años Gregorio aceptó ingresar en Nuevas Generaciones de Alianza Popular para pasar, pocos meses después y no sin la reticencia de algunos de los más veteranos, a ser el responsable provincial de la Secretaría Técnica del partido. El magro sueldo añadido al cargo le permitió ir tirando y

abandonar la búsqueda de otros trabajos. Desde este momento Gregorio se dedicó en cuerpo y alma a levantar del sucio barro en el que se encontraba la bandera de la libertad y de la españolidad de las provincias vascas, perseguidas por el proyecto totalitario del nacionalismo radical. Desde el momento en el que se integró en la aventura, se involucró con toda la fuerza de su pasión, que era desmedida, y en pocos meses consiguió con quienes le acompañaron más afiliaciones en las Nuevas Generaciones, que en el resto del Partido.

La posición de Alianza Popular a inicios de los ochenta puede calificarse de desesperada. Como ya se ha dicho, el terrorismo había encontrado su coto de caza en la posición del centro derecha asesinando a todos los pertenecientes a esta ideología. Además, el denominado nacionalismo democrático se ensañaba con la opción española y al mismo tiempo vasca, intentando hacer ver que fuera del nacionalismo, de su ensoñación de lo vasco, se encontraba la nada. Ordóñez ingresó en un partido entonces perdedor, carente de cualquier estructura funcional; por eso continúa asombrando treinta años después la enorme dosis de altruismo, generosidad y rebelde entrega de su apuesta por el futuro de la tierra que tanto quiso.

En el congreso de 1982 fue elegido candidato a la alcaldía de San Sebastián con el apoyo de Eugenio Damboriena y otros pocos más (porque tampoco había muchos más), iniciándose la resurrección del centro derecha vasco no nacionalista en Guipúzcoa, gracias a la ilusión generada por aquella generación de jóvenes políticos empecinados en derrotar al terror.

En las elecciones locales de mayo de 1983, Alianza Popular consiguió tres escaños, un auténtico triunfo impensable pocos

meses antes; el éxito permitió que Gregorio ocupara una concejalía, en este caso la destinada a la de legalidad urbanística con el alcalde Ramón Labayen; posteriormente sería la de Turismo y la imagen de la ciudad, en un gobierno en minoría dirigido por el alcalde nacionalista Albistur. Su excelente trabajo al frente de Turismo le permitió introducirse y darse a conocer directamente en variedad de colectivos ciudadanos, como por ejemplo las sociedades gastronómicas, concediéndole la visibilidad para que su política y buen hacer se entendieran como un servicio a los demás.

Su acción y descubrimiento por parte de los ciudadanos vino del pacto formado entre el nacionalismo y Alianza Popular para lograr la gobernanza de la ciudad. A Gregorio se le encargó, poco después, la delegación de la alcaldía en la concejalía de Urbanismo, con la responsabilidad de preservar la legalidad urbanística destrozada por la actuación del concejal de turno, esta vez siendo alcalde Odón Elorza.

En poco tiempo se hizo con las riendas de la importante concejalía para el desarrollo de la ciudad, trabajando lo indecible con honradez, rapidez y sirviendo a los demás. Desde este puesto conoció profundamente los muchos problemas de la ciudad y fue captado por los donostiarras, comprendiendo el valor de un hombre que sólo velaba por los intereses generales y no de parte.

Los que le conocieron en esta etapa hicieron ver que recibía siempre a los miles de ciudadanos que le pidieron audiencia independientemente de la doctrina de su pensamiento, entre otras razones porque nunca preguntó por su ideario. En la concejalía de urbanismo y en el resto de su actividad política

actuó con total honradez, valor especialmente admirado a tenor de los escándalos producidos en otras comunidades con recalificaciones torticeras de los terrenos públicos y privados.

La actuación de Gregorio nunca estuvo mediada por el afán de conseguir dinero; fue desprendido de lo propio y responsable de lo ajeno. En este sentido se entenderá que, en sus desplazamientos en las campañas electorales utilizara hoteles y restaurantes de media categoría para no cargar la tesorería del Partido, en el supuesto de que pasara algún cargo en esta materia, porque no siempre lo hacía. En muchas ocasiones pagó de su propio bolsillo facturas que estrictamente no le competían. Siempre tuvo un especial cuidado en el uso de los bienes materiales porque sabía que el dinero puede corromper a las personas.

Esta etapa la vivió concentrado en el desarrollo de la concejalia, ya que su figura estaba en entredicho en la dirección de Alianza Popular. Ordóñez colisionó con Madrid al disentir de los criterios impuestos fuera de San Sebastián en lo tocante a las candidaturas electorales locales. Si no dudó en vivir exigentemente la ética de la resistencia frente al nacionalismo y el terror, menos le costó seguir su juicio en otras instancias.

En muy poco tiempo consiguió formar un equipo de amigos catalizados por su exuberante personalidad abierta a una filosofía de los valores. Su determinación nunca fue ajena a la amabilidad en el trato con los demás, especialmente porque fue un hombre sinceramente cariñoso con todos. Las tres legislaturas vividas en el Ayuntamiento de San Sebastián siempre fueron en coalición con otros partidos, es decir, que estaba perennemente abierto al pacto y al arreglo en beneficio de la ciudad.

En este sentido no era un esclavo de ningún ideario; sabía que el bien y el sentido común estaban ampliamente repartidos en los partidos democráticos, y al amparo de esta realidad, pactó cuando tenía que pactar. Los demás grupos aceptaron la presencia de Gregorio en aras de la misma gobernanza, sustentado, indudablemente, en el prestigio que ya había consolidado como concejal entregado a los ciudadanos. A las siete de la mañana ya estaba en su despacho consistorial preparando su larga jornada. Fruto de su constancia tenaz y sentido común consistió el desbloqueo de los terrenos de Venta Berri para construir cientos de viviendas necesitadas por los ciudadanos.

El trabajo desarrollado en las diversas concejalías que ocupó en sus tres legislaturas de presencia en el Ayuntamiento de San Sebastián, quizá sea la faceta más desconocida de Ordóñez, seguramente porque su característica más alabada y conocida siempre fue su valentía en la defensa pública de las libertades. Le indignaba tanto el horror y la sinrazón de la bomba y el disparo en la nuca que no desaprovechaba cualquier oportunidad para denunciar la situación en la que se vive en el País Vasco.

En poco tiempo se convirtió en un líder de opinión y en una referencia que animó a otros a denunciar también en los medios de comunicación la actitud nauseabunda de un nacionalismo que siempre miraba para otra parte, cuando no arrojaba a los asesinos. En esta materia Gregorio nunca se presentó con ambages; sus manifiestos y expresiones siempre fueron de una claridad meridiana al emplear una semántica que calificaba perfectamente el problema, pero, al mismo tiempo, nada usual hasta entonces en la política española. La náusea que producía el horror era tal, que sólo se podía responder a ella con la artillería de la dialéctica, herramienta para la que Gregorio estaba perfectamente armado.

La reacción de la sociedad española ante el asesinato anunciado de Miguel Ángel Blanco hubiera sido otra, de diferente intensidad, si Gregorio y su grupo no se hubieran desgañado años antes denunciando el contenido excluyente del nacionalismo y la dictadura de la violencia.

La opción del centro derecha no nacionalista pasó en muy pocos años de ser una opción marginal, a protagonista clave de la política guipuzcoana gracias al liderazgo de Gregorio. El trabajo no fue sencillo. El escaño del Parlamento Vasco perdido en 1986, se recuperó cuatro años después con el seis y medio por ciento de los votos, representando Ordóñez esos votos en Vitoria. Un año después, en 1991, las elecciones municipales supusieron un fuerte incremento de los votos pasando del doce al dieciséis por ciento, capaces de sustentar cinco concejalías. En las europeas de 1994, el Partido Popular mereció el veintidós por ciento largo de los votos, ganado además en San Sebastián.

El éxito del estilo y de la gestión de aquel grupo de jóvenes políticos encandiló a José María Aznar, que no dudó en avalar con su reiterada presencia en San Sebastián, las cualidades del grupo de Gregorio. Se demostraba que era bueno para la política y para el Partido Popular la presencia de personas obsesionadas por el trabajo, serviciales, relacionadas diariamente con los electores, austeras en el empleo de los medios públicos y privados. Esta fue la clave y el éxito de su gestión.

Es posible, probablemente muy seguro, que en las elecciones locales celebradas en 1995 Gregorio Ordóñez hubiera alcanzado la alcaldía de su ciudad, su máxima aspiración política, y con seguridad, se hubiera convertido en el mejor alcalde que nunca tuviera San Sebastián en la edad contemporánea. Así lo vaticinó

el 19 de enero de 1995 a José María Aznar, al asegurarle que sería el próximo presidente del gobierno de España y él, alcalde de San Sebastián. Cuatro días después del augurio, el 23 de enero, lo asesinaron mientras almorzaba con su equipo del Ayuntamiento.

Gregorio no pudo ver la victoria en las elecciones municipales en San Sebastián por la que tanto luchó, pero en las siguientes celebradas en junio de ese mismo año, el Partido Popular presentó en San Sebastián una candidatura encabezada por Jaime Mayor Oreja que resultó vencedora. Había sucedido aquello que tantos se negaron a admitir, había sucedido aquello que ETA no quiso permitir, el Partido Popular ganó las elecciones municipales en San Sebastián con una lista en la que figuraban los colaboradores y compañeros más cercanos de Gregorio.

El legado de Gregorio siguió vigente en el Ayuntamiento de San Sebastián, primero con la fuerza y valentía de quien fuera su secretaria, María San Gil y, luego, con el coraje y determinación de María José Usandizaga, acompañadas de un magnífico grupo de concejales que mantuvieron vivo el legado político de Gregorio Ordóñez.

El asesinato de Gregorio dejó un vacío en el alma de su familia y de sus amigos que ningún lenitivo conseguirá aminorar, y al mismo tiempo el despertar de una conciencia, de un clamor que gritaba por vivir en libertad. Su asesinato produjo en lo político la ruptura con el silencio, con la cobardía que atenazaba a los vascos, pisoteados, humillados, machacados, amargados y asesinados por el nacionalismo radical. Pocas horas después de que la noticia de su asesinato corriera por la ciudad, se organizó en la facultad de Derecho de San Sebastián una manifestación

espontánea, dolorida y sincera por la angustia que producía en los jóvenes, la náusea del horror. El hoy presidente del Partido Popular en Guipúzcoa, Borja Sémpér, fue uno de aquellos estudiantes movilizados por la tragedia; el ejemplo y la generosidad de Gregorio le llevó a afiliarse en 1993 al Partido Popular. Borja, al igual que otros muchos jóvenes guipuzcoanos como Arantza Quiroga y Ramón Gómez, quien encabezarán la candidatura del Partido Popular en las elecciones municipales de San Sebastián en 2011, respondieron ya entonces a la apelación de la libertad que supuso la muerte de Gregorio. Hoy son ellos quienes lideran el Partido Popular, y quienes tienen la inmensa responsabilidad política de mantener el legado político de Gregorio, su mensaje, claridad y honestidad política, aún hoy más de actualidad si cabe que en los años noventa del siglo pasado.

Desde entonces la Fundación que lleva su nombre vela para que su ejemplo impregne de sabiduría la política realizada en el País Vasco, tan necesitada de la acción y de la valentía de hombres como Gregorio Ordóñez.

**MIGUEL ÁNGEL
BLANCO GARRIDO**

(1968-1997)



MIGUEL ÁNGEL BLANCO GARRIDO (1968-1997)

Mi familia fue una de las muchas que tuvo que acogerse a la emigración para poder ganarse la vida. Mediada la década de los sesenta, mis padres, Consuelo y Miguel, abandonaron su Galicia natal, para instalarse en Ermua, población muy cercana a Durango, siempre en la industriosa Vizcaya. Como mis padres actuaron muchos amigos y familiares suyos. Ermua, en el año 1974, año de mi nacimiento, tenía una población de once mil habitantes más o menos, de los cuales cuatro mil eran gallegos. Mi familia era bastante conocida y muy querida por los vecinos de Ermua; seguramente el trabajo de albañil de mi padre le hizo conocer a muchas familias de nuestro entorno y presentarse como lo que siempre ha sido, un hombre bondadoso poseedor de una gran pericia profesional.

Mi hermano **MIGUEL** nació en Ermua el trece de mayo de 1968. Puede decirse que nunca abandonó nuestra villa natal y que su intención era permanecer siempre en esta comarca. Su deseo era formar una familia aquí, porque se sentía muy de Ermua, y nunca sintió la llamada de otros espacios más amplios donde desarrollar su proyecto vital.

Miguel Ángel estudió la carrera de empresariales en la Universidad del País Vasco, en la sede de Sarriko. Todos los días y durante cinco años madrugó para coger el autobús de la Universidad que desde Ermua dejaba a los alumnos en las diversas facultades

situadas en la conurbación de Bilbao. Por la tarde regresaba a casa por el mismo sistema, o a veces empleando el autobús público de la compañía Pesa. Algún jueves esporádico, muy de vez en cuando, se quedaba en casa de algún amigo bilbaíno para apuntarse a la marcha de los jueves, pero lo habitual era que siempre viniera a casa. El último año de la carrera se apuntó en una academia de Bilbao, por las tardes, y por eso cogía el último o anteúltimo servicio del recorrido público que lo dejaba en casa. Puede decirse que su vida de estudiante no fue cómoda, aunque no diferente a la de muchísimos jóvenes, obligados a amoldarse a la perpetua itinerancia.

Mi hermano era muy de Ermua, quería mucho a su pueblo. Su deseo confesado era casarse en Ermua, formar aquí su familia, por supuesto trabajar en la comarca y terminar sus días en sus calles. Era localista de su villa, por lo tanto los espacios abiertos, el conocimiento de otros paisajes y otras culturas con intención de radicarse en otros lugares a él no le interesaba. Para él Eibar, y por supuesto Bilbao, eran mundos a los que accedía sólo de visita. Cuando encontró trabajo aquí vio cómo sus planes y su umbral de felicidad se iban cumpliendo.

Al estar convencido que su vida siempre trascurría entre las calles de su pueblo pensó que lo más correcto sería involucrarse todavía más en la vida de su ciudad y por eso se metió en la política, para mejorar el día a día de su querida villa. Antes de que asesinaran a mi hermano, Ermua no era demasiado conocida a pesar de ser una villa grande de dieciocho mil habitantes. Antes de julio de 1997, cuando me veía en la necesidad de explicar de dónde era, siempre tenía que concluir diciendo que vivía en una villa cercana a Bilbao. En cambio, Miguel Ángel se devanaba los sesos haciendo ver mediante variados ejemplos y situaciones en

qué lugar concreto del mapa se situaba Ermua; siempre quiso mucho a su pueblo.

La carrera de empresariales le apasionó en grado sumo, o por lo menos esa fue mi impresión al verle continuamente embebido en la lectura de periódicos económicos. Los contenidos bursátiles del mundo financiero los estudiaba con especial detenimiento; alguna vez realizaba algún comentario sobre el Ibex, o ponderaba las noticias económicas que oíamos en el telediario. Para mí que tenía conocimientos suficientes en su juventud para entender todo lo que decían los medios de comunicación sobre la economía del país. Mis padres se emocionaban al escuchar a mi hermano comentarios que nunca entendieron en su sencillez, porque veían que sus esfuerzos por la mejora de su familia, la de sus hijos, tenían sentido.

Cuando tomó posesión de su concejalía en el Ayuntamiento de Ermua no llevó directamente la materia de los presupuestos, porque esta materia era competencia de la portavoz del Grupo Popular, Ana Crespo, pero estoy segura que lo hubiera hecho muy bien fiscalizando las cuentas públicas.

Leía mucho. Su habitación estaba siempre llena de libros de diversas materias, y puedo decir que los devoraba. Me llamó mucho la atención la lectura que hizo, siendo mayor, de la Biblia en un incómodo ejemplar de mi madre, y además en un par de ocasiones. La trilogía El Señor de los Anillos de Tolkien la leyó también en varias ocasiones. Seguramente la cosmogonía del autor, más la belleza de los paisajes narrados le cautivaron completamente.

Su modo de ser era muy atractivo; siempre se manifestaba optimista, estaba continuamente alegre, tenía un semblante jovial

y constantemente cara sonriente. A mí me gustaba mucho mirarle porque hasta enfadado tenía cara radiante. Una de sus pasiones consistía en salir con los amigos, divertirse, pero con la peculiaridad que sabía que la diversión era sólo una parte de la vida. Quiero decir que miraba por el futuro y que era ahorrador a pesar de su juventud. El día anterior a su secuestro entregó la señal para comprar un coche, que consiguió gracias a su constante ahorro. Su modo de entender la austeridad le llevó a emplear sus propios recursos y no depender tanto de sus propios padres.

Era muy sensato en su lozanía. Pasó un año de privaciones y su conjunto musical se apuntó a todas las actuaciones musicales en bodas y verbenas de la comarca para ganar más y no depender de los préstamos al consumo, cuestión que le aterraba. Miguel Ángel fue un gran aficionado a la música. Con tres amigos montó una banda capaz de ensayar hasta la extenuación en la lonja de un tío nuestro. El nombre del grupo fue variando según evolucionaba su edad. Iniciaron la aventura bajo la denominación Adis Kideak, para terminar bajo la advocación de Cañaveral, después de poner a prueba y durante una temporada su inspiración bajo el azaroso nombre de Poker.

Trabajar no le asustó y prefirió el esfuerzo y la austeridad antes que el derroche; en este sentido era muy maduro. Su generación se enfrentó a su primera ocupación laboral después de sufrir la pequeña crisis, pero siempre crisis, denominada puntocom y sus amigos, igual que él, se imbuyeron en la mentalidad del esfuerzo.

Era muy divertido. Me chinchaba con frecuencia ayudándose de su facilidad de palabra, con bromas constantes y su sonrisa

amorosa. ¡Sonríe un poco, caramba!, me decía de vez en cuando mirándome divertido a los ojos. Esa petición me la he aplicado tiempo después, cuando la pesadumbre de la vida, o el dolor de su ausencia me hacían tener cara desesperanzada.

Le encantaba igualmente estar con su familia y con su ánimo llenaba de contenido nuestras reuniones. Por este motivo Galicia le apasionaba. Todos los veranos íbamos a visitar a los primos, a los pueblos de nuestros padres, ya fuera Cabanas o Junqueira, dos aldeas preciosas de Orense. En los últimos veranos dilató los viajes por las actuaciones de su grupo musical, que casi siempre se concentraban en agosto.

Mi hermano fue introduciéndose en la política poco a poco. En casa hablábamos de la situación de España, del País Vasco, y por su supuesto, el efecto demoledor que causaba en la conciencia colectiva la ausencia de reacción social ante los asesinatos del nacionalismo radical y totalitario. Se negaba a admitir que su querida tierra fuera un lugar lleno de cobardes que preferían mirar hacia otro lado en vez de actuar democráticamente contra quienes marcan con la muerte a quienes defienden ideas legítimas.

Recuerdo perfectamente el semblante de mi hermano al llegar a casa tras asistir al funeral de su compañero de partido, Gregorio Ordoñez, con semblante triste, pero a la vez lleno de fuerza para seguir trabajando en la defensa de la paz y de la libertad de su querida tierra, sin imaginarse que en ese mismo momento comenzaba su cuenta atrás.

En el terreno local conocía de primera mano las carencias de Ermua y tenía verdadero interés en mejorarlas. Una profesora

nuestra de la época de la infancia le animó a involucrarse, pues veía en Miguel Ángel a un joven bien preparado y lleno de ilusión. Probablemente aquella profesora fue la primera persona que le animó a implicarse en la vida política. Posteriormente, en la Universidad, conoció a Iñaki Ortega, presidente entonces de las Nuevas Generaciones del Partido Popular y le animó a dar el salto. Se presentó en las elecciones locales de 1995 en el tercer puesto de la lista y consiguió el escaño en nuestro Ayuntamiento de Ermua.

Fue una época para él llena de aprendizaje. Durante la campaña se encargó de controlar el coche del Partido Popular con la megafonía; repartió propaganda por la calle a pesar de que le daba mucho respeto escénico, pues era muy tímido, pero logró sobreponerse a todas las novedades. Cuando nuestra madre se enteró de su inclusión en la candidatura, mostró su preocupación, porque el ambiente crispado que impusieron los nacionalistas radicales en el País Vasco comenzaba a ser muy peligroso. Miguel Ángel siempre respondía que él era un chico desconocido de un pueblo no demasiado conocido. Además, Ermua era una villa de emigrantes en la que el nacionalismo radical no se había hecho con sus calles.

Que yo sepa nunca recibió amenazas. En alguna ocasión alguien defensor del terrorismo intentó insultarle adjetivándole de español, fascista y cosas así, que con lo que ya estábamos sufriendo, esas afrentas las considerábamos pellizquitos de monja. Mi hermano fue siempre muy valiente y siempre respondió a esos ataques con la cara siempre alta. Habitualmente los insultos los expresaban cuando estaban en grupo, como si fueran ganado, es decir, cuando se sabían arropados por la chusma, pero cuando alguno iba sólo por la calle y se encontraba con mi hermano, aquél agachaba la cabeza lleno de vergüenza, y entonces Miguel

Ángel le espetaba: "¿Qué, ahora ya no soy digno de tus insultos, valiente?".

Siempre estuvo orgulloso de su Partido y de sus ideas, quizá por eso los ataques verbales no le hicieron especial mella. El anterior asesinato sufrido en su partido, el Partido Popular, fue el de Goyo, quizá por esta razón la familia política todavía no tenía experiencia del terror colectivo, aunque sí desde luego la familia de las fuerzas de seguridad del Estado. A mi madre le preocupó mucho la situación que se anunciaba y por eso le pidió encarecidamente que siguiera fielmente las medidas de autoprotección, que cambiara constantemente de trayectos, que mirara de repente hacia atrás para poner nervioso a quien pudiera seguirle. El decía que, salvo en Ermua, no le conocía nadie y que por lo tanto era imposible ser objetivo de esa banda de asesinos.

Antes de hacer realidad su sueño, desarrollar su vida laboral en el ámbito de la economía, ayudó a mi padre en su trabajo de albañilería y era emocionante verlos a los dos trabajando juntos; mi padre dejándose ayudar en las tareas más pesadas y duras y su hijo orgulloso de ir con su padre donde le solicitara.

Fue tan buena la educación familiar que recibimos los dos que no fue necesario que aprendiéramos esa máxima que explica que cualquier actividad de los hombres, por muy humilde que sea, es una maravilla si se realiza con afán de servicio. Muchas veces les vi llegar a casa, juntos, cansados por el trabajo, pero lo más importante, felices de estar juntos, gastándose bromas sobre esto y aquello. Esa imagen de mi hermano con mi padre, sonriendo, me acompañará siempre, y así se la transmitiré a mis hijos, pues en su actitud comprendí que se hallaba lo más sustantivo del legado de mi familia.

Poco después encontró trabajo en una empresa acorde con sus estudios de economía y se integró en Eman Consulting, sociedad de consultoría contable y fiscal radicada en Eibar, pueblo situado a pocos kilómetros de Ermua. Todo esto sucedió a final de 1996 y mediado 1997. En julio todos los españoles nos alegramos de la liberación del funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara, secuestrado en un agujero inmundo durante dieciocho meses por los terroristas de ETA. A los pocos días, los terroristas vascos secuestraron a mi hermano asesinándolo pocas horas después de dos disparos en la cabeza, el doce de julio de 1997. Lo que sucedió durante esas horas nos llenó de consuelo, pues nos sentimos íntimamente queridos por toda la gente de bien.

De esos días se han escrito varios libros admirados por la reacción de la sociedad española que, por primera vez, se levantó colectivamente con sus manos blancas en defensa de nuestra libertad, de la libertad de mi hermano.

Han transcurrido desde entonces catorce años en los que lloramos mucho, muchísimo. Tuve la inmensa suerte de casarme y de recibir el don de engendrar dos hijos preciosos que con mucha frecuencia me preguntan por su tío Miguel Ángel. Les hago ver que es su Ángel de la guarda, que les cuida y les quiere mucho, y que desde el cielo nos mira con su sonrisa de siempre, mientras en silencio nos gasta las bromas que a mí me hicieron tan feliz.

Quizá algún día comprendan, cuando sean muy mayores, que el dolor que nos produjo la muerte de su tío no desapareció nunca, pero, que a pesar de todo, ese dolor, en parte, fue como la simiente que permitió brotar la cordura de la libertad, el único bien por el que compensa entregar la vida.

Mi hermano simplemente quería vivir, simplemente quería ser feliz, nunca imaginó que otros pudieran odiarle tanto. Me queda la tranquilidad de que, aunque no le dejaron vivir demasiados años, al menos fue feliz, con su familia y con sus amigos. Nunca olvidaré su sonrisa, nunca olvidaré su mirada inocente, en definitiva, nunca olvidaré al que siempre será mi hermano, Miguel Ángel Blanco.

**JOSÉ LUIS
CASO CORTINES**

(1933-1997)



JOSÉ LUIS CASO CORTINES (1933-1997)

JOSÉ LUIS nació en Comillas, Cantabria, el quince de abril de 1933, al igual que el resto de su numerosa familia. Sus abuelos fueron agricultores en los jugosos campos de su Montaña natal y en este oficio educaron a sus hijos. El padre de José Luis, en cambio, consiguió en un momento de su vida abandonar el agro para hacerse conductor de camiones, específicamente en el servicio que atendía el Seminario de Comillas. Durante años se encargó de trasladar el grano y otros productos alimenticios desde Carrión de los Condes, en Palencia, a la villa marinera. Con el paso de los años consiguió abandonar ese puesto y hacerse responsable de un taxi, siempre en Comillas.

La familia de mi marido fue muy sencilla en lo tocante al disfrute de los dineros. José Luis estudió en un colegio de religiosas de su pueblo y posteriormente pidió el ingreso en el Seminario de Comillas porque tenía el deseo de ordenarse sacerdote. No llegó ni a recibir las órdenes menores, ya que antes tuvo que abandonar los estudios clericales porque su familia no podía pagarle el sustento. Este suceso le pasó factura tiempo después ya que dejó de asistir a misa los domingos, aunque siempre creyó en Dios y en su misericordia. Nunca entendió cómo, por falta de dinero, le habían impedido continuar los estudios para el sacerdocio. Decía de sí mismo que más que practicante era un ATS; desde luego nunca dejó de ser un buen hombre, que es de lo que se trata.

Al no poder continuar con los estudios religiosos se fue a Madrid, a la aventura, en búsqueda de un trabajo que en Comillas no encontraba de ninguna manera. No sé cuánto tiempo anduvo en la capital de España; años después me dijo que desde Madrid se incorporó al servicio militar obligatorio, en concreto al acuartelamiento de Ventas en Irún, donde tenía destino unos batallones de la División de Montaña que custodiaba todo el Pirineo. Supongo que su mili debió ocuparle dos años, que es lo que entonces se estilaba mediada la década de los años cincuenta del siglo pasado. Y de esa manera, vestido de soldadito, nos conocimos un día cuando acababa de salir de permiso de su cuartel y yo, del taller de costura en el que trabajaba. Comenzamos a tontear, a salir juntos, hasta que decidimos unir nuestras vidas.

Yo no soy natural de Irún porque nací en Córdoba y me bautizaron en la mezquita. Mi padre era guardia civil. A los dos años de mi nacimiento nos trasladaron a Galicia, y once años después a Irún, ya que mi padre tuvo que cambiar de plaza por razón de un ascenso. Pero me siento natural de aquí ya que en estas calles he pasado toda mi vida consciente y fue el lugar en el que conocí a José Luis y nacieron mis hijos. Mi padre, a pesar de pertenecer al Instituto armado, nunca quiso que viviéramos en los acuartelamientos donde desarrollaba su trabajo. Hasta que nos casamos ocupé con mi familia una casa alquilada aquí, en medio de Irún.

Al término de la mili, José Luis encontró trabajo en Astilleros Luzuriaga. Creo que cuando entró en la empresa sabía algo de soldadura; de cualquier manera ingresó como un simple peón y mediante cursillos internos fue promocionándose hasta conseguir la titulación de calderero. Era muy bueno en lo referido al corte de chapa con el soplete, aunque bastante descuidado; nunca vivió completamente las medidas de seguridad en el trabajo, que

por otra parte en aquellos años eran casi inexistentes. Tenía permiso de sus capataces para no utilizar el casco y los guantes de cuero ya que, según sus explicaciones, le molestaban. Hasta que no se machacó algunos dedos de un pie por el pisotón de una pesada carga, no llevó los zapatos laborales con puntera de acero. Y así se machacó la salud, especialmente los bronquios. No encontró especiales dificultades en colocarse; la comarca de Irún entonces bullía de actividad industrial y este pueblo era la reunión de gentes venidas de toda España. Además, bastantes de nuestros vecinos trabajaban en la vecina Francia. En muy poco tiempo hicimos un amplio grupo de amigos, con los que disfrutamos felizmente de nuestra juventud.

El veintiséis de septiembre de 1960 nos casamos en nuestra parroquia y dimos la primera señal de nuestra casa desde entonces. Mi padre no me dio su permiso hasta que cumplí los veinte años, y hoy todavía digo que me casé muy joven, pero fui muy dichosa desde el primer minuto de nuestra boda. Quizá pudiera parecer que José Luis quisiera volver a su pueblo para fundar en su Comillas natal su nueva familia, pero no fue así. En Irún siempre se sintió muy contento y llegó a querer esta comarca como la sienten los nacidos aquí. Quizá el que tuviera que irse tan joven de la antigua provincia de Santander le produjo algo de desarraigo que quiso anular queriendo a estas tierras y a sus gentes.

Y así fuimos haciendo la vida; llegaron los dos hijos, los colegios, y su engarce en la vida social. Nuestro grupo de amigos nos llenaba completamente callejeando con ellos por estas aceras, realizando algunas excursiones algún fin de semana del verano y otras felices reuniones. Los maridos hacían su vida entre semana después del trabajo cumpliendo con su ronda de vinos mientras,

con sus palabras aceleradas solucionaban los problemas del mundo. Los fines de semana nos los dedicaban a nosotras, en realidad a las familias. La vida era muy sencilla, porque todos éramos muy sencillos.

En muy poco tiempo José Luis destacó en su grupo de amigos gracias a su asombroso carácter. Él era la salsa de todos los guisos, el organizador nato, quien proponía los planes, quien animaba al cansado o al que en ese momento estuviera algo triste. Se notaba que era buen amigo de todos y que sus problemas los hacía propios. En cuanto pudo nuestra economía familiar, se hizo socio del Casino de Irún convirtiendo su sede en su cuartel general de la amistad, porque allí se reunía con frecuencia con bastantes de los que trató en su vida.

Un buen día, por la noche, mientras cenábamos me dijo muy alterado que días atrás se había enterado de que Manuel Fraga iba a explicar en una reunión el proyecto político de la derecha española, ahora que se ponía en marcha la transición, que había asistido con un buen amigo suyo, y que ambos se habían afiliado a Alianza Popular. A mí aquella noticia me dejó bastante turbada. En realidad no tenía ningún motivo para la preocupación, pero la intuición o quizá mi desconocimiento de lo que pasaba en España me hizo sentirme muy rara. Acabábamos de abandonar una dictadura y no creía que el concurso de José Luis fuera importante y menos en un pequeño pueblo como Irún.

Pero tampoco me llamó la atención que se involucrara de esa manera tras escuchar un proyecto político. José Luis siempre tuvo factura de líder, de arrastrar a los demás a espacios por muy complicados que fueran. En su trabajo, en los Astilleros, era enlace sindical desde hacía tiempo y no le penaba remangarse

en la disputa dialéctica para mejorar las condiciones laborales de los obreros, sus compañeros. Esa función sindical, aunque nunca perteneció a ningún sindicato, le apasionaba al igual que la política.

Y con ese sencillo acto de asistir a una reunión tan inocente, se inició el cambio radical en nuestras vidas. No sé de dónde sacaron el dinero, pero consiguieron alquilar un pisito en la calle Juan Arana número cuatro, veinte metros más abajo de donde vivíamos nosotros y se pusieron a trabajar. Allí, en la sede no había nada y todo lo teníamos que llevar los demás, y lo hacíamos de mil amores. ¡Cuántas veces habré hablado con Alvarito Moraga por teléfono para que todo saliera bien! Manuel Fraga tuvo el buen detalle de inaugurar nuestra sede y, poco a poco, comenzamos a dar conferencias en el piso y a recibir gente. Gracias al trabajo de José Luis, de Herrera, en realidad de todos, el centro derecha comenzó a tener presencia en Irún y muchos votos en las elecciones, aunque en esta plaza los socialistas siempre tuvieron mayor aceptación.

Nunca dejé a José Luis que se presentara en ninguna candidatura nuestra; el terrorismo estaba muy presente y bajo ningún concepto permití que fuera elegido. Los hijos mientras tanto vivían felices estrenando su adolescencia y ajenos a la actividad de su padre, completamente volcada en el Partido Popular, porque para entonces había conseguido la baja laboral definitiva por tener machacados los bronquios a cuenta del soplete y su trabajo en los astilleros. Y sin que yo me enterara se presentó en las elecciones locales de 1995 por el ayuntamiento de Rentería. Sabía que estaban realizando un esfuerzo enorme por cerrar una candidatura para el pueblo cercano a Irún, pero jamás pude suponer que José Luis se presentara.

En Rentería era muy conocido por antiguos compañero suyos del Astillero y le tenían un sincero aprecio por la eficacia de su trabajo laboral; consiguieron dos escaños, uno para Concha Gironza y el otro para José Luis, pasando a ser desde ese momento el portavoz del Grupo en Rentería. Puede decirse que me enteré de su victoria por los periódicos, porque para él fue un completo triunfo político por lo que significaba para la implantación del Partido Popular, y se mostró exultante varios días.

Rentería le dio mucho trabajo, pero nunca se quejó gracias a la enorme capacidad que tenía de sacar los encargos adelante. En este tiempo pudo continuar con su afición a la pesca practicada siempre desde algunas rocas de la costa. Cuando comenzaron los problemas le pedía que nos fuéramos a vivir al Levante, con sus cañas, porque yo le acompañaría y juntos lanzaríamos el sedal a la mar. Pero no hubo manera; su amor por Irún, el calor de sus amigos, más su compromiso político le hizo mantenerse fuerte ante la tragedia que comenzó poco después.

Tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco en el verano de 1997, comenzó la tortura. Todos los días llamaban los terroristas a casa vaticinándonos la más terrible de las muertes si no abandonábamos el País Vasco. Estuve a punto de cambiar de número de teléfono, pero sabía que tarde o temprano los terroristas conocerían el nuevo. Así fue la secuencia hasta que lo mataron.

Para José Luis el desencadenante fue, a mi entender, un suceso mantenido con una concejala del nacionalismo radical, una compañera suya, que le amenazó de muerte. José Luis se opuso en un pleno a que el pregón de las fiestas de Rentería lo leyera la madre de un preso terrorista, pues consideraba que en el pueblo había gente con méritos más nobles que tener a un hijo en la

cárcel por resolución judicial. Esa compañera suya, llena de odio, le dijo personalmente en las escaleras del edificio municipal, mientras le escupía, que había firmado su sentencia de muerte.

Todavía no logro explicarme cómo aguantamos tanto, quizá gracias a los cortos viajes que realizamos ese verano para encontrar algo de aire limpio fuera del País Vasco, no lo sé muy bien. E incomprensiblemente para lo que estábamos padeciendo, siempre volvía feliz y con las fuerzas renovadas para continuar trabajando por la residencia de ancianos, el conservatorio de música y quizá algo más en lo que era competente por razón de su escaso.

El cinco de diciembre de 1997 intentaron asesinar a Elena Azpiroz, una chica extraordinaria del Partido Popular en San Sebastián. Ante la noticia, mi hijo mayor tuvo una conversación conmigo para suplicarme que convenciera a su padre de que lo dejara, porque no daba un duro por su vida. Pero no fue posible. Por primera vez hablé con mi hijo para decirle que poco podíamos hacer los que le queríamos ya que su padre había tomado determinación de resistir, de aguantar en una dedicación a los demás que le apasionaba, que conformaba toda su vida. Si algún día le pasara algo, le comenté, no podíamos echarnos las culpas por ser incapaces de que abandonara su pasión.

La noche del once de diciembre de 1997, como todos los días, abrí la ventana del salón de casa para oír la voz poderosa de José Luis. Sabía que en el bar de enfrente terminaba la ronda con sus amigos, con su cuadrilla de siempre, y al término subía a casa a cenar. Al escuchar su vozarrón comenzaba a prepararle la cena. Esa noche, desde la ventana me llegó la detonación de dos disparos y supe que habían acabado con su vida.

Bajé sola a darle el último abrazo en el suelo mientras acariciaba su cabeza querida. Mis hijos al estar casados vivían en sus hogares y no llegaron al momento para despedir a su padre. Los días siguientes no han permanecido en mis recuerdos, pues me llevaron en una nube de dolor en la que casi no sentía nada. Un mes después llegó la náusea, la sima más profunda de la que no supe salir. Meses más tarde recibimos la asistencia de un amigo y buen psicólogo, que nos ayudó a convivir con la herida, con la memoria de un dolor que no desaparecerá nunca.

Desde que asesinaron a José Luis la vida no ha sido nada sencilla. Me causó nuevamente un tremendo dolor la visita de Manuel Zamarreño en casa, para comunicarme que sustituiría en el Ayuntamiento de Rentería a mi marido y gran amigo suyo. Le encarecí que por lo que más quisiera no lo hiciera, y su mujer, Marisol, también le suplicaba lo mismo. Al pobre Manuel lo asesinaron siete meses después. Es misteriosa la capacidad que tienen algunos hombres por seguir el dictado de su conciencia, por defender la ética del deber hasta las últimas consecuencias.

Yo sigo viviendo en Irún, porque es la tierra donde viven mis hijos y mis nietos, que son la luz de mi esperanza. Cuando paseaba no hace mucho tiempo con alguno de ellos, con los más pequeños, recordaba las voces imperiosas que daba José Luis a sus amigos, llamándoles para explicarles con su mejor sonrisa que tenía una nieta, una nieta gordita y maravillosa.

Si continúo por esa calle que recorrimos tantas veces juntos de la mano me encuentro con el establecimiento de unos amigos nuestros, a los que un día José Luis se vio en la obligación de decirles que nunca más les saludaría en la puerta de su comercio

para no poner su vida en peligro. Hasta en estos detalles era generoso y lleno de encanto.

Yo sigo hablando todos los días con él, muy a menudo, porque me llena de una beatífica paz, de una tranquilidad que no la consigue ni el mejor de los fármacos. Le digo mirando a esa fotografía que preside nuestro hogar y le ruego que me ayude con esa cuestión, que esté presente en la vida de un familiar, que se encargue de aquello que hablamos tantas veces y que todavía no está resuelto, pero sobre todo le digo que le sigo queriendo mucho, muchísimo, y que jamás me olvidaré de él.

**JOSÉ IGNACIO
IRURETAGOYENA LARRAÑAGA**

(1963-1998)



JOSÉ IGNACIO IRURETAGOYENA LARRAÑAGA (1963-1998)

Quien introdujo a mi hijo **JOSÉ IGNACIO** en el mundo de la política local fue Gervasio Juaristi, gran amigo de nuestra familia y con seguridad quien más hizo por el centro derecha en Zarauz desde el inicio de la transición política a la democracia.

En las primeras elecciones generales de junio de 1977 la marca electoral de la derecha fue Guipuzcoa Unida, un nombre perteneciente a Alianza Popular que poco después dejó de utilizarse. Tuvimos buenos resultados, pero no llegamos a conseguir el acta en aquellos años.

Como decía, Gervasio era quien llevaba la voz cantante del centro derecha no nacionalista en Zarauz, y por lo tanto le tocó organizar el mitin en la campaña de las elecciones al Parlamento Vasco de 1984, en el Instituto Lizardi de nuestro pueblo, que prácticamente estaba recién estrenado pues se acababa de inaugurar el año anterior a lo que estoy contando. Escasos minutos antes del comienzo del acto puede decirse que nadie se había sumado a la convocatoria, porque los nuestros estaban asustados por la violencia etarra. Este es el motivo por el que aparecían un segundo antes del comienzo como por arte de birli y birloque.

Manuel Fraga era un hombre especial en lo tocante a la puntualidad; ese día llegó junto con todos los que le acompañaban

con veinte minutos de antelación, tiempo que aprovecharon para cambiar impresiones y charlar casi sin público a la espera de que se cumpliera la hora de la convocatoria. A las ocho en punto aparecieron unas doscientas personas, todos de Zarauz, y comenzó el acto. Es cierto que en nuestro pueblo la presencia de la derecha ha sido abultada; comenzamos teniendo un concejal y con el tiempo llegamos a dos estando a punto de conseguir el tercero, aunque nunca lo hemos logrado.

Como decía, el mitin se celebró, pero extrañamente con una celeridad asombrosa porque a los veinte minutos Manuel Fraga había terminado su discurso. Se fue casi todo el mundo salvo un grupito de gentes más enfervorizadas que pedían a Fraga que les dedicara fotografías. Cuando aun no había firmado ni diez se produjo una fuerte explosión y se nos cayó encima parte del techo de escayola de la sala de conferencias, así como unos cascotes. Lo más suave que puede decirse es que nos quedamos perplejos. Manuel Fraga, casi sin inmutarse, pidió calma y siguió firmando las fotografías. Muy poco tiempo después llegó la Guardia Civil –todavía no existía la policía autónoma– y pusieron algo de orden en ese caos.

El edificio tenía un año de vida y los terroristas instalaron el paquete bomba debajo del edificio, aprovechando algún conducto de ventilación o de lo que fuera. A Dios gracias no consiguieron atinar en su búsqueda de la parte inferior del salón de actos, de tal manera que explotó lejos de nosotros. Nadie salió herido. Tiempo después Gerardo tuvo problemas porque el director del centro y el Departamento de Cultura de la Diputación le reclamaron el pago del arreglo causado por los terroristas... Tuvo que contratar a un abogado para que solucionara a su favor esa reclamación.

Gervasio tenía mucho interés en nuestra opción y me animó para que me presentara en las municipales por Alianza Popular, me presenté y conseguimos el escaño con holgura. Disfruté muchísimo en el papel de solucionar los problemas del pueblo.

Mi familia, los Iruretagoyena, somos oriunda de Aya, una comarca cercana a Zarauz. Al igual que muchos, gran parte de los nacidos aquí somos de ascendencia carlista, y en esta tierra mis mayores situaron su solar. Hasta poco tiempo antes de casar viví en el caserío de la familia, el caserío Gurrutxaga (así se nos conoce aquí; los Gurrutxaga), y luego, antes de casar, como ya he dicho, bajé a Zarauz buscando la comodidad que ofrecía una pequeña población de veraneantes como esta.

Nada más ponerme a trabajar me lié la manta a la cabeza y monté un almacén de madera con su serrería, muy grande, que ha dado de comer a mi familia. El nombre de la sociedad lleva nuestro apellido y en ella trabajan todos mis hijos, salvo una de los cuatro. José Ignacio era el más capaz de mis hijos tanto por su inteligencia natural como por sus ganas de pelear por el negocio creado por su padre.

Sufrí un dolor desgarrador por el asesinato de mi hijo pues consideraba que si no le hubiera animado a presentarse por el Partido Popular nunca hubiera sido elegido y nunca me lo hubieran matado. Es cierto que cuando se presentó José Ignacio en las elecciones había desaparecido esa terrible tensión de los inicios de la transición en la que el terrorismo asesinaba a una persona a la semana. Nunca pude suponer que el odio se cebara en José Ignacio, mi querido hijo. Todo el mundo sabe que yo no quise en un primer momento abandonar mi puesto, es decir, que quería presentarme de nuevo, pero Gervasio se daba cuenta

de que mi hijo valía más que yo y que podría hacer mucho por el pueblo.

Durante cuatro años estuve en la concejalía de urbanismo y me tocó el desarrollo de Zarauz; en realidad el PGOU se planificó antes de la transición según el estudio de Peña Ganchegui. Los cuatro años que estuve en el Ayuntamiento me encargué de Urbanismo, a pesar de que no se gobernaba en coalición y aprendí mucho. El PNV ganó las elecciones seguramente porque todavía no había sufrido la escisión debida a Carlos Garaicoechea. Nos cayó la concejalía porque asentimos a la formación de su gobierno y también, porque dicen de mí que siempre he sido un hombre afable que no ponía pegas a casi nada, salvo que se tocara algo políticamente sensible como el acercamiento de los presos o cosas parecidas. Creo que nuestro trabajo fue enormemente constructivo. Antes de acabar esa legislatura Gervasio me insistió para que diera el pase a mi hijo, un chico de enorme valía y que podría hacer mucho por Zarauz. José Ignacio fue elegido concejal en mayo de 1995 y tres años después lo asesinaron.

Mi hijo José Ignacio estudió el bachillerato en la Salle de Zarauz con excelentes resultados. Su hijo mayor y nieto mío, al que casi no conocí, saca también unas notas sobresalientes. Al término del bachillerato mi hijo decidió continuar estudiando la titulación de aparejador por libre para poder trabajar en la empresa de la familia. Esos años casi no vivió al ocuparse de su jornada laboral, su responsabilidad como concejal y, por las noches, los estudios de los que se examinaba en San Sebastián cuando tocaba.

En este periodo le vi estudiar todas las noches, durante horas, con una enorme constancia, sin que nada le desanimara. José

Ignacio era muy bueno, inteligente, educado, afable y lleno de la misma eficacia que aplicamos a nuestra empresa. Era amigo de muchísima gente y el cariño era recíproco. José Ignacio dedicaba muchas tardes al Ayuntamiento demostrándose que era un trabajador nato, junto con su compañero del Partido en la corporación, Jorge Knof. En la empresa familiar entraba a las ocho de la mañana y era el responsable de la función administrativa y contable fiscal del negocio.

No fue un hombre ideologizado. Comulgaba con las ideas del centro derecha español y poco más; era especialmente normal en este sentido y por lo tanto su carácter no era exaltado. De esta manera puede decirse que también fue amigo de todos los concejales y nada de su modo de ser incomodó a nadie. Fue también muy deportista, aficionado al fútbol, pero en cambio no le gustó el surf a pesar de la fantástica playa que tenemos ahí al lado; en aquellos años su grupo de amigos hacían ascos de los "ecologistas", que es como denominaban a los chicos de la furgoneta que viajaban por la playas de Europa montándose en las olas; opinaban que eran sucios y nada integradores en el pueblo. Todo eso ha cambiado, como todo el mundo sabe.

Mi hijo José Ignacio formó parte del patronato de euskera de San Sebastián representando al Partido Popular.

Cuando lo mataron, el pueblo de Zarauz se volcó con nosotros y nos sentimos comprendidos en nuestro dolor. Recuerdo que molestó mucho, especialmente a mi nuera María José, la información errónea de algún periodista que escribió que José Ignacio era amigo de los batasunos y algo cercano a ese grupo; la realidad era que no tenía inconveniente en reunirse con ellos o tomar un vino como exigencia de su responsabilidad en el Ayuntamiento.

Esa información le dolió mucho, muchísimo a su viuda, que también piensa como nosotros y es hija de familia carlista.

José Ignacio no quiso llevar escolta porque no estaba significado como alguien importante del Partido Popular, a pesar de que Gervasio pocos días antes le hizo ver que no se podía rechazar la seguridad que daban los escoltas. Era amigo de todo el pueblo y la gente de Zarauz correspondía a su simpatía queriéndole mucho; por este motivo, lleno de cercanía entendió que no había motivo para una especial preocupación.

Me lo mataron con treinta y cinco años y no pudo disfrutar de su hijo Mikel de cuatro años y del pequeño Natxo de ocho meses, que es lo más glorioso que se puede tener en esta vida. Una bomba puesta debajo del asiento de su coche lo reventó el nueve de septiembre de 1998, a las ocho menos diez de la mañana, cuando iba al trabajo.

Al funeral vino el presidente Aznar, gran amigo mío, acompañado por siete de sus ministros. Ójala esa visita nunca se hubiera producido pues significaría que José Ignacio seguiría con nosotros. Soy incapaz de olvidar su sonrisa, la amabilidad que siempre nos demostró para agradarnos, su enorme ilusión por la vida y el amor desbordante por su mujer y sus dos hijos.

**MANUEL
ZAMARREÑO VILLORIA**

(1955-1998)



MANUEL ZAMARREÑO VILLORIA (1955-1998)

La familia de **MANUEL** y la mía nacieron en Salamanca y León, pero abandonaron sus lugares de origen por avatares de la necesidad. La casualidad hizo que nuestros padres se instalaran en Guipúzcoa y en esta tierra y en su esfuerzo personal, volcaron todas sus esperanzas.

Manuel nació en San Sebastián el seis de enero de 1955. Su infancia fue la normal para un chico nacido en una sociedad entonces nada conflictiva. Los estudios los realizó en la escuela pública más cercana a su casa hasta que culminó la titulación de graduado escolar, es decir, a los catorce años. Llegado este momento dijo a su padre que no quería saber nada más de libros y de estudios reglados. Al no existir más alternativas, pidió a su padre que le ayudara a encontrar ocupación, y al trabajar aquél en los Astilleros Luzuriaga, facilitó su ingreso como aprendiz en la pequeña industria naval de Pasajes, localidad muy cercana a Rentería e Irún.

En los astilleros hizo toda su vida. Como decía antes, comenzó de aprendiz por razón de su edad, y gracias a su esfuerzo aplicado en la promoción y formación laboral interna consiguió ser un buen calderero. Su trabajo le gustaba mucho porque se sentía útil al manufacturar con su soplete planchas de gran calidad. En la empresa hizo buenos amigos con la suerte de que le acompañaron en los momentos más terribles de su vida, de nuestra vida.

En cuanto pudo hacerse con los suficientes ahorros se fue a vivir a Rentería por estar más cerca del lugar del trabajo y evitar los desplazamientos y sus costes que siempre penalizan la economía de un obrero. Y un buen día nos conocimos, nos hicimos gracia, comenzamos a salir y en su momento decidimos casarnos. Manuel era un hombre bueno, de corazón pronto para animar a los demás, preocupado siempre de mí y de los hijos por los que se desvivió durante toda su vida. Fue un buen amigo de sus amigos interesándose por lo que les aconteciera, hasta en los momentos en los que nuestra vida era literalmente insoportable y aparentemente no se podía pensar en otra cuestión que no fuera nuestra supervivencia. En este capítulo puede decirse que casi nadie de los amigos nos abandonó, cuando la vida y el terrorismo comenzaron a hacernos la existencia insufrible.

Rentería en los inicios de los ochenta era ya una población que daba miedo. Las algaradas políticas del radicalismo abertzale eran constantes y en nuestras calles ya se habían cometido unos cuantos asesinatos por los terroristas abertzales. Pero allí teníamos que vivir porque en esa plaza habíamos fundado nuestro hogar sin posibilidad de encontrar otros acomodos, debido a la sencillez de nuestra economía doméstica. Por otra parte, la empresa en la que trabajaba Manuel llevaba una vida lánguida por ausencia de contratos, hasta que tuvo que cerrar dejando a todo su personal en el paro; fue el caso de Manuel y de bastantes de sus mejores amigos.

La política siempre le gustó mucho. Los artículos del periódico que leía, más la información que mostraba la televisión en esta materia, le captaban completamente. No podía soportar la existencia de la injusticia, de la dictadura del pánico que el radicalismo abertzale oficial había instaurado en el País Vasco, así como la

imposición de sus señas de identidad como si fueran el único y exclusivo patrimonio de todos los vascos, excluyendo cualquier otra identidad o esencia de lo vasco. El era nacido en San Sebastián y sabíamos que la pequeña historia de nuestra tierra formaba una parte importante de la gran historia de España.

Casi al final del mes de enero de 1995 asesinaron a Gregorio Ordóñez causándonos una pena difícil de explicar. Gregorio fue la persona que avaló a mi marido en la sede cuando decidió afiliarse al Partido Popular. El motivo primero de nuestro encuadre fue el íntimo asco que nos causó su muerte y, seguidamente, que estábamos de acuerdo con su ideario. Éramos amigos de algunos miembros del partido como José Luis Caso y su mujer Juani, que como se sabe era compañero de Manuel en los Astilleros. Los dos fueron unos excelentes amigos nuestros.

Mediante José Luis nos enteramos de que el Partido Popular iba a presentar por primera vez una candidatura en Rentería, y Manuel facilitó su nombre para ir tercero en la lista. Considerábamos que su participación era de puro relleno electoral porque jamás pudimos suponer que nuestra opción sacara dos escaños; fue una auténtica sorpresa que nos llenó de alegría política a todos, aunque a algunas mujeres, en lo más íntimo de nuestras intuiciones, comprendimos que podrían derivarse muchas cosas malas de ese triunfo, por otra parte tan deseado. El ambiente político y social en Rentería ya estaba mal, pero con los dos escaños comenzó a ir muchísimo peor.

Fueron pasando los días y secuestraron y asesinaron al pobre Miguel Ángel Blanco. Qué angustia sufrimos, qué dolor. La reacción de la sociedad española fue por primera vez proporcionada a la gravedad de la tragedia, al perseguir al terrorismo con nuestras

manos blancas en la calle, saliendo a cualquier foro gritando libertad, libertad, mientras el radicalismo abertzale se escondía en sus cloacas. El clamor que recorrió toda España y el País Vasco no se vivió en Rentería, ya que silenciado por el pánico a los radicales, la gente se quedó oculta en sus casas. Para entonces nuestros cargos electos de Rentería sufrían un auténtico infierno con continuas llamadas telefónicas a las familias, sin importarles si el teléfono lo cogía un niño o cualquier otro familiar ajeno al trabajo de nuestros concejales.

Cinco meses después del asesinato de Miguel Ángel mataron a José Luis Caso, excelente amigo nuestro, compañero del alma y un hombre bondadosísimo. Al enterarnos Manuel y yo nos quedamos sin habla y lloramos en silencio. Yo no pude ir a abrazar a Juani, su mujer, porque no tenía cuerpo para soportar más dolor.

Pero no se quedaron contentos y fueron a por el concejal que nos quedaba, Concepción Gironza, y le pusieron una bomba en su casa. La pobre Concepción, como es lógico, no pudo soportar la presión y se retiró para evitar que la asesinaran. Estos sucesos los hablaba con Manuel, con Borja Sémpér, con José María Trimiño Hidalgo y con otros del Partido, porque necesitábamos la ayuda de todos.

Un triste día Manuel me comunicó que pensaba sustituir a José Luis porque él era el siguiente de la lista del Partido Popular después de que Concepción se retirara. Me dijo con la serenidad que acompañan las grandes decisiones que él era vasco, que había nacido en esta tierra y que nadie le expulsaría de su solar, y menos un grupo de asesinos por mucho apoyo que tuvieran del resto de los nacionalistas afincados en el Gobierno Vasco.

Intenté que anulara la decisión acudiendo a todo tipo de argumentos, especialmente el referido a que le necesitábamos con vida para seguir construyendo nuestra familia. Era un hombre valiente, y aunque tímido y tranquilo, se sobreponía mostrando la fuerza de su carácter. Antes de que se hiciera pública su decisión y la de José María Trimiño Hidalgo, el siguiente en la lista, de tomar posesión de los escaños que les correspondían, los terroristas retomaron su actividad llenando las calles de Rentería con dianas cruzadas con sus nombres, a parte de las llamadas telefónicas, los insultos en la calle y un sinfín de perrerías.

Muy de vez en cuando, intentamos abstraernos del horror viajando a Extremadura unas pocas horas. Cuando nos montábamos en el coche para volver a Guipúzcoa la ansiedad y el miedo volvía a mi presente haciendo insoportable el regreso a casa. Algunos decían que éramos héroes, pero nada más lejos de la realidad. Yo quería profundamente a Manuel e intentaba que mi actitud no acrecentara su angustia, con mi silencio y pavor. Cuando comprendí que su decisión estaba tomada hice todo lo posible para manifestarle mi ternura y le calmaba cuando le veía apesadumbrado.

Manuel y José María tomaron posesión de su cargo el 21 de mayo de 1998, en un solemne acto al que asistí con mis mejores galas. Tomaron posesión de sus escaños más tarde porque cuando asesinaron a José Luis Caso, Manuel declaró en público que Herri Batasuna era lo mismo que los terroristas que los mataron, y aquellos le pusieron una querrela criminal. Manuel se desdijo de aquellas acusaciones, pero los miembros del partido radical siguieron adelante con su querrela. En este momento fue cuando comenzó nuestro calvario de más de seis meses.

La vida de Manuel, nuestra vida, iba empeorando según pasaban las semanas. Cuando iba con él por la calle la gente nos esquivaba y se cambiaba de acera; si entrábamos en una cafetería a tomar algo muchos renterianos pagaban y se iban nada más vernos. Si aparcábamos en aquella esquina, los demás retiraban sus coches para situarlos más lejos. Es evidente que temían a que una bomba o bala perdida les afectara a ellos; finalmente los terroristas nos quemaron el coche, nos machacaron vivos.

Manuel y José María decidieron ir separados por las calles para ofrecer un blanco menos abultado. La escasa escolta que les pusieron les aconsejó que no asistieran siempre a las comisiones del Ayuntamiento con hora de entrada conocida públicamente, porque era imposible velar por su seguridad. Antes del final se reunían en el fuerte de San Marcos para preparar sus intervenciones en los plenos y comisiones, a la caída de la tarde, al aire libre, casi clandestinamente, evitando los seguimientos sobre sus paseos y traslados por la ciudad de gentes extrañas que los dos habían detectado en numerosas ocasiones. Así lo hicieron el día anterior a que lo mataran, a pesar de que habían extremado las medidas de seguridad por petición de la policía autónoma ante el convencimiento de que en Rentería se esperaba un atentado mediante una bomba instalada en una bicicleta o en una moto.

En algunas ocasiones hablaron entre ellos serenamente sobre si conseguirían salir con vida de la política, si su esfuerzo valía la pena, si el trabajo que realizaban tan lleno de sacrificio, de dolor, de angustia, tenía algún sentido. Siempre concluyeron que sí, porque deseaban para sus hijos un País Vasco en el que no cupiera el odio nacionalista, en el que se pudiera vivir en libertad.

Han pasado trece años desde que mataron a mi Manuel, a un hombre bueno que se preocupaba por los demás. Durante mucho tiempo formó parte del APA de la ikastola de nuestros hijos, hablaba el vascuence, era pacífico y muy tranquilo, aunque eso sí, llamaba siempre a las cosas por su nombre sin perder su sonrisa a veces irónica, y eso no lo soportaron los abertzales radicales.

El diecinueve de junio de 1998 viajamos felices al sur, a Almuñecar, porque a Manuel le otorgaron el premio al coraje por parte de la redacción de la publicación Costa Popular. Fue nuestra despedida: después de dos días de un viaje maravilloso, a los cuatro días lo mataron.

De regreso en casa, caminando por la calle con José María Trimíño y sus escoltas, vieron cómo de un grupo de chavales cercano, salió uno para dirigirse a ellos. El joven cuando llegó a la altura de Manuel le insultó gravemente y le dijo que le quedaban tres días de vida. A los cuatro días, el 25 de junio de 1998, explotó la bomba que le quitó, y nos quitó a su familia, la vida. Así era Rentería para el Partido Popular y la opción de la libertad al final del siglo XX.

Con su muerte llegó el vacío, la nada y la angustia más absoluta, entre otros motivos porque los de siempre seguían insultándome por la calle y llamándome a casa deseándome la peor de las muertes. Al terminar mi hija mayor sus estudios universitarios decidimos abandonar para siempre el País Vasco e instalarnos en otro lugar de España. Me costó mucho acomodarme de nuevo, ya tan mayor, en otro lugar, pero poco a poco me fui recomponiendo especialmente porque dejé de ver algunas caras llenas de odio. Ahora me encuentro en actitud expectante, con el corazón roto, deseando dar a Manuel los abrazos que con su temprana

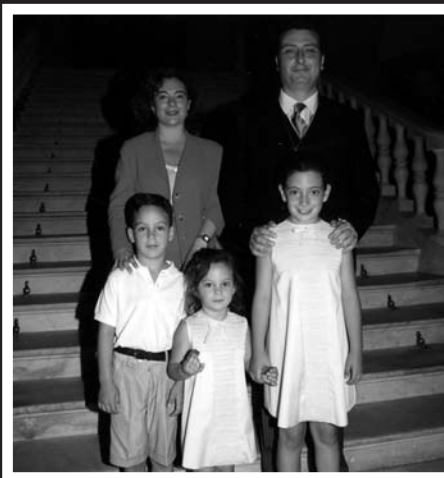
muerte no le pude dar, y suspirando que su figura para mí tan amorosa nunca se borre de mi memoria. Yo sigo caminando en mis recuerdos con él, cogidos de la mano, mirándonos a los ojos.

**ALBERTO
JIMÉNEZ BECERRIL**

(1960-1998)

**ASCENSIÓN
GARCÍA ORTIZ**

(1956-1998)



ALBERTO JIMÉNEZ BECERRIL
(1960-1998)

ASCENSIÓN GARCÍA ORTIZ
(1956-1998)

Desde el primer momento de su nacimiento el doce de agosto de 1960, la vida de **ALBERTO** supuso para los demás una completa alegría. Así lo intuyeron las enfermeras de la clínica donde nació mi hermano, que no dudaron en pasearlo recién nacido haciendo ver a quienes quisieran escucharles, que el niño que acunaban en sus brazos era lo más bonito del mundo.

Y era cierto, en cuanto creció un poco se perfilaron más los rasgos de su semblante, que hicieron de él un niño guapo, especialmente atractivo. Antes de terminar el bachillerato superior en los Jesuitas de Sevilla, alcanzaba una estatura extraordinaria coronada por unos rizos azabaches que embrujaban a cualquier sevillana. Era muy guapo.

Cuando a mi me llegó la edad de asombrar a Andalucía me gustaba que Alberto me invitara a salir con una amiga mía, por Triana, o cualquier otro rincón sevillano, porque junto a él me sentía enjoyada, y me consideraba la mujer mejor acompañada por el mejor de los hermanos.

Pero no todo era semblante. Su modo de ser irradiaba felicidad y se notaba que la alegría de la vida encontraba acomodo en su carácter, en la generosidad con la que dedicaba el tiempo a los demás, en el gracejo de su habla, en las ocurrencias que acompañaban a su inteligencia natural. Sin proponérselo, y desde muy

jovencito, su presencia se notaba especialmente en las reuniones familiares llevando la calma y la chispa a cualquier conversación.

Antes de trasladarse a Madrid para estudiar la licenciatura de Derecho en el CEU San Pablo, obtuvo una beca que le permitió pasar una larga temporada en Estados Unidos, hacerse con su idioma y conocer de primera mano la estructura política de aquella gran nación, porque para entonces Alberto ya había sido captado de un modo inconcreto por la política. La transición política comenzada le hizo ver que podría aportar la lozanía de su juventud, el modo moderno, el de su generación, de interpretar el futuro de España. Yo le seguí un año después y me instalé también en Madrid, aunque mis inquietudes profesionales las imaginaba en el mundo de la información y, por lo tanto, realicé la licenciatura de periodismo. Como decía, a Alberto la política le llamó siendo joven y en cuanto tuvo ocasión comenzó a colaborar en la UCD. Todavía le veo ayudando a repartir propaganda electoral en el equipo de Leopoldo Calvo Sotelo. Todo aquello que se relacionaba con el servir a los demás lo hacía de mil amores.

El segundo ciclo de la licenciatura de Derecho, cuarto y quinto, lo cursó en la Universidad de Sevilla, su ciudad natal que desde entonces no abandonó nunca. En estas aulas fue donde conoció a Ascensión, a **ASCEN GARCÍA ORTIZ**, la mujer que le enamoró y que le hizo un hombre dichoso y completo. Se casaron jóvenes, en mayo de 1988, en la basílica de la Macarena y tuvieron tres hijos, Ascensión, Alberto y Clara.

Ascen nació el once de mayo de 1956, en Cádiz, pero a los siete años su padre, de profesión militar, fue trasladado a Sevilla. Estudió el bachillerato en el colegio de las Irlandesas y en el instituto Murillo de Sevilla, para completar la licenciatura de

derecho tiempo después. Los inicios de su carrera profesional se desarrollaron en el despacho de Luis Escribano, sin abandonar su labor como procuradora.

Cuando terminé mis estudios encaminé mi futuro profesional lejos de Sevilla y por este motivo dejé de tratarlo con la asiduidad de antes. Sé que nada más licenciarse trabajó una corta temporada en un despacho de abogacía al tiempo que cubría el turno de oficio. El siguiente recuerdo que tengo suyo en lo profesional es viéndole entrar en una sede que tenía Alianza Popular en el barrio de Los Remedios de Sevilla, y poco después representando a sus votantes como concejal del Ayuntamiento. Esto debió ser en 1987, que fue el año en el que se celebraron las elecciones locales, consiguiendo Alianza Popular ocho escaños, insuficientes para gobernar la ciudad pero al mismo tiempo perfecta primera escuela en la que Alberto aprendió a servir a los sevillanos, su pasión desde que decidió dedicarse a la política.

En estas elecciones fue cuando conoció a Soledad Becerril, futura alcaldesa de la siguiente legislatura, que en esta ocasión acudía a las elecciones en la lista Popular como independiente. Soledad y Alberto se compenetraron desde el primer instante porque aquella captó el sentido último de mi hermano en su dedicación ciudadana. Siempre se entregó al servicio público con auténtica devoción, con una competencia poco habitual en los que se dedican a servir en las corporaciones públicas.

En la legislatura comenzada en 1991 el Partido Popular formó gobierno y desplegó la eficacia de su programa. Alberto se encargó principalmente de la delegación de la salud de los sevillanos, al tiempo que abarcaba otros problemas, solucionándolos con su inteligente pericia. Aparentemente su trabajo no le costaba

esfuerzo porque su facilidad para relacionarse con los demás hacía que hasta lo más complicado se arreglara con el diálogo y el pacto. Tuvo grandes amigos entre los enlaces sindicales, los funcionarios, los concejales de la oposición, amigos sinceros que lloraron cuando el terrorismo nacionalista le asesinó junto a su mujer por la espalda. El resto de los partidos políticos se dolían de no tener en sus filas a un concejal de las características de Alberto, porque en muy pocos años se hizo con la buena fama de ser hombre resolutivo, con iniciativa, que arriesgaba a darse un buen batacazo político si estimaba que la iniciativa que proponía mejoraría la vida de los sevillanos.

En la legislatura iniciada en mayo de 1995, Alberto fue designado teniente alcalde de su ciudad y delegado de Hacienda en el consistorio. El nombramiento le hizo dichoso porque ahora tenía en sus manos las herramientas más eficaces para mejorar la ciudad de sus amores. El presupuesto que Soledad Becerril le mandó administrar era muy austero y ciertamente no se quejó nunca. Consiguió que el escaso caudal público llegara exactamente donde más se necesitaba siendo por lo tanto de enorme eficacia. Se comprobó que la ciudad y sus servicios funcionaban perfectamente, desde luego porque aquél gobierno se fió completamente del criterio técnico de los funcionarios, que es la mejor manera de acertar en la gerencia de las corporaciones, y Alberto se llenó de contento. Cuando los mataron puede decirse que no se encontró un patrimonio entre sus pertenencias. Dejaron un coche sencillo y poco más porque nunca se sirvió de la política para su propio beneficio.

No me extraña que fuera tan querido en el Ayuntamiento. Fue un trabajador infatigable que abandonaba su despacho bien cumplida la tarde, después de despachar todos los documentos

sin que se le escapara ninguno de su lectura. A veces realizaba su tarea rodeado de sus hijos, entonces tan pequeños, porque era muy niño, muy padrazo, y las estancias del departamento de Hacienda se llenaban de sus risas y de sus juegos. Cuando terminaba su trabajo llamaba a su mujer y salían a pasear por la ciudad, a departir con sus amigos.

Ascen fue la compañera perfecta en la tarea profesional de su marido, acompañándole en todos los actos que pudiera, dando volumen con su personalidad a las tareas de su esposo. Estaba muy enamorada y se le notaba, se notaba en ambos que en sus vidas no había cabida para la rutina y que vivían su proyecto familiar con la ilusión del primer momento.

Nunca hablamos de las horribles noticias que nos llegaban del norte, de los asesinatos de nuestros compañeros. Alberto vivía como todos, especialmente en los inicios, las medidas de auto-protección, a pesar de que nunca tuvo miedo, pero luego fuimos bajando la guardia porque a quién se le iba a ocurrir que el terrorismo nacionalista llegara tan al sur, a Sevilla.

El treinta de enero de 1988 los asesinaron por la espalda, en la oscura noche, mientras regresaban a casa. Sus tres hijos pequeños mientas tanto dormían plácidamente sin saber que nunca más volverían a ver en esta vida a sus padres. Los demás, su familia, nos hundimos en el horror y durante un cierto tiempo en la desesperanza. Con el tiempo, cuando su ausencia se fue acomodando en nuestras vidas, fuimos recomponiendo los destrozos que causaron los defensores del odio, especialmente al comprobar que sus hijos, nuestros sobrinos, crecían con la misma alegría que vieron en sus padres. Tuvimos el buen acierto de que mi madre se ocupara de ellos, y en su corazón encontraron el amor que no les faltó nunca.

Han transcurrido trece años desde entonces y la herida no termina de curarse, no sanará nunca. Sus hijos nos preguntan con frecuencia cómo era el carácter de sus padres y qué les gustaba, cómo disfrutaban tomando tapas con sus amigos o con la Semana Santa y la Feria. Nosotros respondemos con la verdad que atesoramos en nuestros corazones y les decimos que sus padres eran dos buenas personas, que les querían con locura mientras siendo muy niños los cuidaban y los llevaban con ellos a todas partes.

Muchas veces y porque ellos preguntan les contamos la vida de sus padres, esperando que su recuerdo presente al hablar de ellos nos siga acompañando mientras nos quede un suspiro de vida.

**JESÚS MARÍA
PEDROSA URQUIZA**

(1942-2000)



JESÚS MARÍA PEDROSA (1942-2000)

JESÚS MARI nació el doce de diciembre de 1942, en Villafra de Oria, hoy conocida como Ordicia. La grafía del pueblo guipuzcoano varió como tantas cosas en este país, pero él prefirió seguir utilizando la denominación que aprendió en su casa siendo niño. A los cuatro años abandonaron su pueblo para instalarse en Durango, lugar que no abandonó nunca. El motivo de cambiar de ciudad se debió a que su padre encontró trabajo en una empresa de aquí como montador de maquinaria, que es a lo que se dedicó hasta que se jubiló. Jesús Mari abandonó Guipúzcoa, a dónde nunca más retornó; en cambio llevó consigo la pasión por la Real Sociedad, equipo al que siguió desde su infancia.

Fue uno más entre los suyos. Su primera escolarización en Durango fue en las escuelas de la Villa, para matricularse al comenzar el bachillerato en los Jesuitas (en esas aulas inició su amistad con Juanjo Gastañazatorre), con la ayuda de una beca de medio pensionista, ya que la economía de la familia era especialmente austera. Al terminar los estudios medios se matriculó en una Universidad Laboral, en concreto en Sevilla, pues deseaba realizar un peritaje en ingeniería electrónica con idea de conseguir tiempo después la licenciatura de Ingeniería en Bilbao, mediante los cursos puente.

Posteriormente la vida le hizo ver que nunca se cumpliría su ilusión. Por medio se cruzó el servicio militar con sus prórrogas y su engarce en el mundo laboral. Pese a intentar estudiar por la

noche las asignaturas de cuarto y quinto de carrera, no pudo con todo, centrándose finalmente en la vida laboral y en nuestro reciente matrimonio. Su primer trabajo nada más terminar el servicio militar fue en la firma Fundiciones San Miguel, en la que montó el laboratorio de lo que ahora se llamaría de investigación y desarrollo, más las ocupaciones del control de calidad, por un periodo de seis meses. Al cabo de ese tiempo pasó a trabajar como jefe del control de calidad en Industrias Inder (Berriz), empresa especializada en la fabricación de componentes de coches. Trabajando en esta firma fue cuando decidimos casarnos, llenos de la mejor ilusión de nuestras vidas.

Instalamos nuestro hogar en el valle de Atxondo, cerca de Abadiano y por lo tanto relativamente cerca también de Durango, en un piso alquilado que pertenecía al Ayuntamiento. El que nos decidiéramos temporalmente por esa plaza se debió, entre otros argumentos, a que mi padre era el secretario del Ayuntamiento. A los cinco años trasladamos nuestra residencia a Durango pues pensamos que la pronta escolarización de nuestra primera hija sería más idónea en Durango.

Durante los primeros quince años de casados, Jesús Mari iba todos los días en coche a la localidad de Berriz. Llegados los finales de los setenta del siglo pasado, la firma Inder sufrió huelgas de los trabajadores, problemas en la cartera de pedidos, etcétera; Jesús Mari aguantó lo que pudo hasta que se colocó, tiempo después, en la fábrica de compresores Puskas. En esta empresa trabajó los últimos cinco años de su vida laboral, ya que un expediente de regulación de empleo lo dejó en la calle.

Antes de encontrarse en la lamentable situación del desempleo, sufrió un importante infarto que lo dejó completamente

tocado. Su situación física era tan precaria en lo referido al corazón, que le concedieron la invalidez permanente; desde entonces se dedicó en cuerpo y alma a la política.

Fue Juanjo Gastazañatorre quien le introdujo en ese mundo. Tiempo después me enteré que todo comenzó cuando le ofreció ir de número dos en la candidatura de las elecciones de 1983. Jesús Mari le dijo que no, porque en su sencillez no se veía de concejal. Y Juanjo, que siempre fue muy amigo suyo y al mismo tiempo muy perseverante, le volvió a ofrecer el puesto para las de 1987 porque sabía que era muy buen profesional.

En esta ocasión sí aceptó, ganando holgadamente su escaño. Sé que si se fijó en él fue porque era un hombre muy inteligente, trabajador y honrado. Después de su muerte me contaron que mientras Jesús Mari presidió, durante años, la Comisión de Hacienda del Ayuntamiento de Durango todos los partidos políticos votaron sus criterios y propuestas sobre los presupuestos; todos, incluso el de la izquierda radical. Aquello debió ser inaudito pues nunca hasta entonces el Partido Popular recibió el asentimiento parlamentario de los demás.

El prestigio que alcanzó Jesús Mari lo consiguió en muy poco tiempo. En su modo de ser natural se apreció siempre su pluralidad y facilidad para tratar sinceramente a todos los componentes de los diversos grupos políticos del Ayuntamiento; además siempre se enorgulleció de llevarse bien con todo el mundo. Estoy convencida de que su sonrisa afable y su competencia reduciría los tiempos que todos empleamos en lograr una amistad.

Jesús Mari dijo que sí al Partido Popular porque veía en esas siglas el mejor vehículo para ayudar a los duranguenses, un pueblo

entonces de veintitrés mil habitantes. Sé que nunca fue un hombre ideologizado radicalmente en las posiciones del centro derecha, es más, su padre fue comunista. Por otra parte era conocida su filiación, la mía y la de una hija nuestra, en el sindicato ELA desde 1986, que como se sabe actúa bajo la cobertura del Partido Nacionalista Vasco.

En esta central sindical veíamos eficacia en la defensa de lo nuestro, del mundo de nuestro trabajo, más que su posicionamiento nacionalista, y por eso nos apuntamos. En algunos primeros de mayo Jesús Mari fue en cabeza de manifestación tras la pancarta de nuestro sindicato. Con este último comentario quiero hacer ver que se sumaba a todo aquello que razonablemente facilitara la existencia de sus congéneres.

Recuerdo que Jesús Mari me decía que lo más cercano a su manera de entender la historia de España y la política actual era la representada por el Partido Popular, una vez que con la fusión de las firmas del centro derecha, José María Aznar centrara el discurso y las actitudes. No era socialista, tampoco nacionalista vasco, luego concluyó que lo más cercano por decantación era el Partido Popular y así comenzó todo.

Su invalidez permanente le llegó siendo joven, por eso se tomó la dedicación consistorial con la misma pasión puesta en los trabajos que desarrolló durante su vida laboral. Después de desayunar se iba al Ayuntamiento y allí se pasaba las horas. Jesús Mari fue un comodín; por ejemplo, cuidaba un examen de convocatoria municipal y se prestaba a realizar lo que fuera. En este sentido, siempre fue completamente desprendido con su tiempo y lo hacía con enorme gusto. Puede decirse que era el dispuesto, el que siempre estaba a mano. En bastantes ocasiones me llamaba diciendo que

llegaría tarde a casa porque tenía que llenar el hueco dejado por otro. Nunca noté en esas llamadas la pesadumbre del trabajo inesperado de última hora; ¡iqué va!, le apasionaba todo cuanto realizaba y se volcó completamente en su responsabilidad.

Muchos duranguenses le pidieron audiencia porque pronto corrió la noticia de que el concejal Pedrosa resolvía problemas, era eficaz, daba procedimiento a los expedientes y siempre decía la verdad sobre la situación procesal de sus requerimientos. Disfrutó mucho ayudando a los demás y se le notaba especialmente feliz cuando se desbloqueaban auténticos problemas de sus convecinos. Puede decirse que en Jesús Mari vieron a un buen funcionario, en el sentido de que con él funcionaban bien las cosas, y a mí me llenaba de contento verle feliz al comprobar que su trabajo y la comprensión que tenían de él trascendían la ideología.

Pero hablando del saboreo de la felicidad nunca le vi tan dichoso como cuando cogía a nuestras dos pequeñas hijas en sus poderosos brazos. Las miraba tiernamente, con enorme fijeza, y se notaba que estaba conmovido al ver la maravilla de sus vidas. En bastantes ocasiones fui testigo de cómo contaba a sus amigos los tesoros que tenía en casa, porque contar lo contaba todo. Una parte de su carácter que siempre me llamó la atención fue su enorme cordialidad con todos los que conocía. Desde el primer momento me encandiló su don de gentes y la facilidad que demostraba para hacer fácil cualquier encuentro; la verdad es que con él se estaba muy bien, se disfrutaba mucho y nunca había momento para el tedio y la rutina.

En el trabajo parlamentario muchos me contaron tiempo después que era muy riguroso en su labor de concejal del Grupo Popular, al tiempo que disfrutaba de una gran dialéctica; todos admiraron su

toque irónico en la presentación o rebatimiento de las diversas propuestas parlamentarias porque sus compañeros de corporación vieron en su trayectoria de trece años su actitud dialogante, fácil para el pacto inteligente y profundamente trabajador. En este último aspecto me admiraba lo puntilloso que era en el estudio de los documentos; lo volvía todo del revés para que lo que se votara en las diversas comisiones o plenos fuera lo mejor para Durango.

Siempre tomamos las vacaciones en el mes de agosto. Los dos trabajábamos en nuestras respectivas ocupaciones y, al no cerrar mi empresa en agosto, acomodaba mi descanso al suyo, que obligatoriamente tenía que ser en el mes central del verano. Comenzamos a ir a la Rioja buscando un clima seco e idóneo para mitigar los catarros de una de nuestras hijas, y después de cuatro años alquilamos una habitación en un hotel del pueblecito de Isla, muy cerca de la sedosa playa de Ris, en Cantabria. Disfrutamos como niños descansando con los amigos y haciendo planes constantemente.

Una hermana mía compró con el tiempo una casita en un pueblecito muy cercano a Haro y desde entonces nos hicimos amigos perpetuos de la Rioja con enorme contento en Jesús Mari. Allí fue especialmente feliz, hablando con unos y con otros, realizando largos paseos, pintando aquella ventana, haciendo arreglos en la casa, tomando el mando de la cocina en las interminables comidas que organizaba para los amigos, para su cuadrilla del alma. Los asados y las paellas para la familia corrían de su cuenta porque, también hay que decirlo, era muy buen cocinero al mismo tiempo que la salsa de cualquier ambiente. Los ratos con sus amigos en la Rioja los disfrutaba después de que terminara su lectura diaria de documentos del Ayuntamiento, porque hasta en esta cuestión fue responsable con su trabajo político en el periodo de vacaciones.

Yo le conocí al cumplir los trece años, cuando todavía llevaba calcetines, el trece de junio, en la festividad de San Antonio y fiestas de Durango, y desde entonces no nos separamos nunca. Fueron muchas las cosas tuyas que me atrajeron y que con el paso de los años fue perfilando en una amorosa figura. Sus amigos pensaron lo mismo que yo, especialmente las tocantes a su generosidad y deseo de agradar a los demás. Una vez al mes cocinaba para una sociedad gastronómica de personas mayores, pues le encantaba quitar trabajo a quienes quería, que fueron muchos y variados.

La tragedia comenzó dos o tres años antes de que lo asesinaran, con la finalización de una de las treguas de los terroristas. En este tiempo no nos dejaron vivir ya que todos los días venían los defensores del terrorismo a casa para hacernos la vida imposible. Llegaban en manifestaciones hasta nuestro portal, nos llamaban constantemente por teléfono aventurándonos todo tipo de perre-rías, dejándonos cartas amenazantes en el buzón. Nunca le dije nada sobre si tenía que abandonar la política porque era su vida, la razón por la que se levantaba cada mañana.

La última Navidad que disfrutamos todos juntos recibimos de nuevo una botella vacía significando que ya le tenían señalado para darle caza mientras los presos terroristas estuvieran en las cárceles. Fueron años atroces en los que no pudimos defendernos, especialmente nuestras hijas. La pequeña (que ya había cumplido los dieciocho años), acudió con mucha frecuencia a un psiquiatra para que le ayudara a soportar la terrible tensión.

La Navidad del año 1999 fue atroz, ya que en la parte vieja de Durango los terroristas pintaron dianas con el nombre de mi Jesús Mari y con la leyenda tú serás el próximo. Una de las hijas

se enfrentó a su padre porque así no podía seguir la familia y porque estaba convencida de que algo grave iba a pasar, como ponernos una bomba en la casa u otras barrabasadas, pero luego cejó en su empeño y tácitamente decidimos no hablar más de la cuestión. Incluso cuando uno de esos terroristas vino a casa jaleado por otros más para entregarnos una carta amenazante. Por la mirilla de la puerta vi que traían consigo a las cámaras de televisión para grabar la escena del escarnio, pero no les abrí la puerta.

Ante sucesos así llamaba a la policía autónoma, que siempre llegaba cuando se habían ido los matones. En una ocasión vinieron a la acera de casa un grupo numeroso, tirándonos piedras a los cristales, con pancartas y velas que depositaron en el suelo mientras nos insultaban con sus palabras llenas de odio. Aquella representación del horror duró un larguísimo rato, pero ya digo que la policía llegó, como siempre, tarde.

Fueron tiempos durísimos, en los que cada día padecíamos lo insufrible. Muy cerca de nuestra casa está el Instituto del que, con mucha frecuencia, venían los jóvenes radicales a recordarnos que poseían un alma podrida nacida de su nacionalismo decimonónico. Fue insufrible. A veces pensaba que yo tenía la culpa de que el resto de los vecinos de nuestra casa padecieran también las incomodidades de esos jóvenes terroristas.

No todos los vecinos del portal fueron buenas personas, incluso hay alguna que todavía hoy no me saluda. En una ocasión colgaron en la fachada de nuestra casa una pancarta deseando lo peor para Jesús Mari; ese acto fue posible porque algún vecino les abrió el camino. Los últimos meses de su vida los vivió muy ilusionado ya que preparábamos con alegría la boda de nuestra hija mayor, Ainhoa.

El cuatro de junio del año 2000 lo asesinaron por la espalda, después de ir a misa y de que saludara a sus amigos en el batzoki de Durango. Muchos me dijeron, hasta incluso algún concejal radical, que su muerte era incomprensible entre otras razones porque Jesús Mari era el mejor concejal del pueblo, y porque se sabía que su vida consistía en hacer el bien a los demás sin pensar a qué partido votara. La alcaldesa nacionalista de Durango tuvo el acierto de romper el pacto de gobierno que tenía con el partido de los terroristas al no condenar el asesinato de mi marido. Fue un hombre muy querido. La tragedia no terminó con su asesinato. Después de su muerte seguimos recibiendo llamadas telefónicas en casa diciéndonos cosas como: hijo de... ya estás muerto, ya estás en el paredón... Parte de la tensión y el dolor se aminoró cuando la compañía telefónica me dio otro número que no constaba en ninguna guía pública.

Poco después la prensa informó que entre unos terroristas muertos mientras manipulaban una bomba estaban quienes asesinaron a Jesús Mari; los dos eran de Durango y uno de ellos de la cuadrilla de un sobrino nuestro.

Ahora sólo me queda el amor de mis hijas, de sus hijas que con tanto amor meció en sus brazos, y de mis nietos todavía niños, el recuerdo de los paseos que realizamos juntos por las montañas del durangués, cuando éramos jóvenes y esperanzados, su sonrisa y espíritu animado que jamás perdió ni cuando parecía que nuestra vida era la de unos apestados.

Desde la primera vez que me miró con trece años supe que ya era mi compañero, mi compañero del alma, mi compañero, y así lo seguirá siendo mientras me quede un hálito de vida.

**MANUEL
INDIANO AZAUSTRE**

(1970-2000)



MANUEL INDIANO AZAUSTRE (1970-2000)

Pocas personas fuera de nuestro entorno familiar saben que soy prima de la madre de Manuel y que además, soy unos años mayor que él. **MANUEL** nació el dieciocho de octubre de 1970 en Madrid, y puede decirse que casi no nos conocíamos hasta que entablamos relaciones y se viniera a vivir conmigo a Zumárraga. Su familia y la mía residían en lugares tan distantes de España que sólo alguna celebración familiar extraordinaria o algún sepelio nos reunía, como así sucedió cuando asistí al funeral de la abuela de Manuel celebrado en Madrid. No sería hasta un año después cuando volví a coincidir con Manuel (camino del pueblo donde nació), al parar tres o cuatro días en la casa de sus padres.

Su padre era natural de un pueblo de la provincia de Badajoz llamado Valencia del Ventoso, y su madre del mismo del que partía mi familia, Alcaudete, situado al suroeste de Jaén. Todos veníamos de posiciones muy sencillas en las que el trabajo, el bregar duro en la vida era lo más natural del mundo. La abuela de Manuel quedó viuda siendo bastante joven, y desde que se trasladó con sus hijas a Madrid, puede decirse que trabajó siempre de ayudante de cocina en los bares que le dieron acomodo. En este ambiente lleno de sencillez, se fueron forjando las existencias de ella y sus hijas, entre las que se encontraba la madre de Manuel. Cuando se casaron sus padres, su abuela se trasladó a su casa convirtiéndose con el tiempo en un referente anímico en la vida de Manuel, tanto es así que cuando falleció su abuela sufrió mucho.

Mi padre llegó a Zumárraga en 1960, siguiendo la estela de sus hermanos siempre en la búsqueda de un medio de vida inexistente en su pueblo de origen. Mi madre fue durante cuarenta años de esforzada vida, peluquera, pero era incapaz entonces de mantener su ritmo de trabajo por causa del cansancio de sus piernas. En el valle del río Urola encontró un sitio donde trabajar, en concreto en una empresa siderometalúrgica, que le permitió organizarse la vida. Mi madre mientras tanto, se quedó en el pueblo a la espera de mi nacimiento, y cuando por fin vine al mundo mi padre vino a buscarnos y llevarnos junto a mis hermanos al norte de España.

El paisaje de Zumárraga y su comarca, es precioso y no me extraña que cualquier visitante de nuestra tierra sea captado por la belleza de Guipúzcoa. Esto mismo le sucedió a Manuel cuando vino a visitarme por primera vez y pasar con nosotros sus vacaciones de quince días. Aquél entorno era tan dulce cuando la vida nos sonreía que le cautivó completamente. Desde nuestra casa se veía la parte alta del valle y desde el caserío de la madrina de mi hija pequeña, media Guipúzcoa.

Manuel, arrebatado por tanta belleza denominó a ese paisaje la Euskadi profunda; se decidió a vivir con nosotras con lo puesto y con todas sus consecuencias, a pesar de que en algunos momentos el ambiente social del pueblo estaba bastante crispado por culpa de los nacionalistas radicales de siempre.

Cuando conocía más a Manuel en aquel mes de septiembre de 1996, me asombró ver que en el armario de su habitación tenía una pegatina de Euskadi. Ante mi sorpresa me comentó que le llamaba mucho la atención el problema del terrorismo que sufríamos desde hacía décadas y que le gustaría hacer algo para ayudar

a su resolución. Qué poco podíamos imaginar entonces lo que nos sucedería después.

Manuel estudió una titulación de la rama de las ingenierías de Telecomunicaciones en Madrid. Era muy hábil para cualquier cuestión mecánica y, por supuesto, en todo lo referido a la electricidad y a las comunicaciones. Cuando en 1996 decidió instalarse en Euskadi con nosotras, pensó que sería sencillo que alguien le contratara para algo referido a lo suyo, pero no fue así y lo pasamos muy mal.

Para aquél entonces, yo llevaba bastantes años trabajando en el servicio que se encargaba de limpiar las ludotecas así como las estancias del Ayuntamiento de Zumárraga, y por esta razón conocía a bastantes concejales, entre ellos a Valeriano Martínez y Faustino Villanueva, concejales del Partido Popular. Valeriano era quien más tiempo llevaba en el partido. Años atrás militó en UCD y sufrió mucho desde entonces por la persecución terrorista que desde entonces acompaña su trabajo como concejal. Le hablé de Manuel y sobre si tenía conocimiento de que en alguna empresa del entorno necesitaran a alguien en el sector laboral en el que se había especializado. Se entrevistó con Manuel, comprobó que era inteligente, capaz y con ganas de ayudar a su pueblo de adopción y le convenció para que se presentara en la lista de su partido en las elecciones locales. Cuando me enteré de su aceptación, a mí casi me da un infarto, porque para entonces habían asesinado a once amigos del Partido Popular.

No sé si fue por mediación de Valeriano o de otra persona el que Manuel encontrara trabajo en una empresa de limpieza industrial. Lamentablemente, estuvo muy poco tiempo en este puesto porque un accidente laboral, aunque de poca monta, le

dejó de nuevo en la calle. Mientras sucedían estas cosas, encontró otra ocupación a inicios de 1999 pero tuvo que dejarla; en realidad lo echaron, porque no le dejaban ir al trabajo con un escolta que le puso el Partido, a veces con dos. Manuel comenzó a entrar en una depresión terrible; lo pasamos mal, muy mal, por lo que tenía de menosprecio su expulsión y, también, porque económicamente vivíamos de mi sueldo como limpiadora del Ayuntamiento. De ser una persona alegre, que siempre estaba de buen humor con sus amigos, alrededor del cocido madrileño que con tanto esmero preparaba, pasó a sufrir la pesadumbre de la tristeza.

La llegada de Manuel a una de las dos concejalías que había ganado el Partido Popular se debió a que Faustino Villanueva, el número dos, dejó su escaño para dedicarse completamente a la rehabilitación de los toxicómanos. Manuel era el número seis de la lista y por lo tanto tenía delante a tres personas, que como se comprenderá no aceptaron el puesto. Manuel dijo que sí porque estaba convencido de que un hombre en el paro, desconocido en todas partes, especialmente en Zumárraga, nunca sería objeto de la más mínima atención por parte de nadie, incluso de los terroristas.

A mí me dio un palpito angustioso su aceptación pero lo dejé pasar porque estaba muy ilusionado, incluso en su bondad pensó que trabajar por su pueblo de adopción le haría más querido entre los vecinos. Manuel era tan abierto y simpático que nunca tuvo problemas con nadie; hablaba con todo el mundo, incluso con los nacionalistas radicales, pero no sabía que algunos del norte de España eran parcos a la hora de admitir nuevos amigos en su cuadrilla.

Al poco tiempo de llegar al pueblo me dijo en una ocasión que se iba a la plaza, sobre la hora en la que las cuadrillas iniciaban

la ronda del poteo, para hacer amigos e integrarse un poco más. “Qué poco conoces a la gente de mi tierra”, pensé para mis adentros, y efectivamente, al poco rato regresó a casa, sólo, sin haber podido entablar conversación con nadie porque nadie le hizo caso. Sintió la añoranza o la sana envidia de muchos de sus convecinos al verlos disfrutar en sus sociedades gastronómicas, en sus cuadrillas, en sus cenas.

Al no saber por dónde tirar, aceptó el traspaso de una tienda de chucherías en la que pusimos la mejor de nuestras ilusiones. Llevaba dos años en Zumárraga y sus deseos de insertarse y formar conmigo nuestra familia, le hizo ser muy valiente y aceptar retos que eran muy complicados. Reformamos la pequeña tienda a pesar de las trabas que, con la excusa de los diversos permisos, nos pusieron en el Ayuntamiento, la decoramos con mucho cariño, la dotamos de una máquina de cocer pan, compramos un loro para que fuera el reclamo de los niños que deseábamos vinieran a nuestra tienda, la nominamos con la denominación kokolo, y tras muchos esfuerzos la inauguramos el día de San Juan con notable éxito de crítica y público.

Fue asombroso. Manuel se llevaba a los niños de calle, como si fuera un nuevo flautista de Hamelin que endulzaba los paladares de los infantes con chucherías que trajimos para ellos. Hasta a los jubilados, cuando pasaban por la tienda camino de su casa, les esperaba Manuel en la puerta fumando un pitillo y entre bromas y chistes les regalaba un puñadito de caramelos a cada uno.

El incipiente éxito le llenó de preocupación ya que en la tienda tenía que despachar con un escolta vigilando el negocio. Le daba miedo que sucediera algo en un local que atraía a tantos niños.

Además, para entonces su nombre había sido publicado en una revista del nacionalismo radical, aparecieron pintadas por los pueblos de los alrededores con su nombre en el centro de una diana, e incluso recibimos una llamada muy extraña y sufrió mucho. Creo que en este momento llegó a temer por nuestra integridad y dijo que quería dejar su cargo de concejal.

En ese periodo de tiempo, desde que apareció su nombre impreso y hasta que lo asesinaron sufrió por dentro lo indecible, tanto, que adelgazó varios kilos de la tensión que tuvo que soportar. Yo intentaba ayudarle con mi presencia siempre que podía, al igual que nuestros leales amigos con sus comentarios animosos. La tienda disponía de una pequeña trastienda en la que instaló una cocinita de circunstancias, pero que llegamos a emplearla con mucha frecuencia. Yo le acompañaba en las comidas y, cuando podía, le ayudaba en el despacho, en la confección del pan, en los pedidos a los mayoristas aunque, ciertamente, mi función consistía en limpiar y ordenar la tienda. En realidad tampoco podía hacer otras cosas porque estábamos esperando a nuestro primer hijo, para mí el segundo, pues tenía una hija de quince años fruto de un matrimonio anterior, y me venía bien el sosiego de la trastienda, ya que seguía con mi trabajo habitual y llegaba cansada con mis náuseas habituales. Aquél verano además fue de un calor insoportable.

El veintinueve de agosto del 2000 los asesinos nacionalistas vascos lo mataron en nuestro local con una docena de disparos de pistola, y me dejaron a mí también muerta pero por dentro, sin ganas de vivir. Gracias a Dios nuestra hija nació dos meses después, y al ver su carita suplicante de amor y misericordia reconocí en ella a la de su padre, a la de Manuel, la de aquél hombre maravilloso que dejó todo en busca de mi persona.

Yo le quise mucho y él a mi también, siempre íbamos juntos a todas partes y, ojala, aquella fatídica mañana hubiera ido con él a la tienda, pues quiero pensar que no hubiera ocurrido nada, aunque a lo mejor nos hubieran matado a los dos y a nuestra hija, que se llamaría María por su deseo, viva entonces en mis entrañas. Fuimos una pareja muy feliz a pesar de que las dificultades económicas y la política de esta tierra quiso que nos hundiéramos en oscuros nubarrones. Cuando una persona muere, y más de forma violenta, siempre se dice que fue una buena persona, pero en el caso de Manuel es especialmente cierto. Fue una persona excepcional y estoy segura de que es imposible que encuentre a alguien como él en esta tierra. Si hubiera más gente como él en el País Vasco, seguramente no tendría que realizar estas reflexiones.

Siempre recordaré los paseos que daba por las veredas del valle acompañado por su amigo Pedro, el barrendero, o a veces solo acompañado por los ladridos de nuestro perro; su sonrisa al explicarme cuánto le emocionaba el olor de las hogazas de pan fabricadas en los caseríos, la visión de las ovejas pastando en las laderas de las colinas, su añoranza por no haber nacido aquí y haber gozado de la visión de nuestros paisajes desde que fuera niño.

A su hija, todavía infante, le cuento todas estas cosas para que se enterezca con su padre, con su corazón amoroso que nos espera desde entonces en la tierra que para sí quiso, en la tierra que le llevó a la muerte.

**JOSÉ MARÍA
MARTÍN CARPENA**

(1950-2000)



JOSÉ MARÍA MARTÍN CARPENA (1950-2000)

JOSÉ MARÍA nació en el sur, como toda su familia, en la ciudad de Málaga, el diecinueve de abril de 1950. Esta tierra es para mí la cuna de mis emociones porque, aunque no soy malagueña de nacimiento, en estas calles vive y vivió lo que más he querido en esta vida. Yo nací en Galicia en el año 1949, lugar en el que mi padre realizaba su trabajo de guardia civil. Siendo muy niña (todavía no había cumplido los cuatro años) trasladaron a mi padre de destino y nos vinimos todos al amparo de la luz y del calor Mediterráneo.

La familia de José María, al igual que la mía, era modesta. Su padre trabajó toda su vida de operario en la RENFE hasta que se jubiló después de muchísimos años de bregar esforzadamente. Les conocí en la casa que siempre ocuparon, es decir, un modesto hogar situado en el barrio Gamarra, muy cerca de la iglesia La Purísima, en la zona norte de la ciudad. Desde el primer momento el modo de ser de los Martín me cautivó porque se hacía evidente que todo lo bueno que ya era José María y su hermano Ángel lo habían aprendido de sus padres.

Los primeros pasos escolares de José María los realizó en el colegio El Buen Pastor, muy cerca de su casa, con gran aprovechamiento, hasta que terminó el bachillerato elemental. Para completar el superior cambiaron de centro matriculándose en el instituto de la Virgen de la Victoria, al tiempo que trabajaba de

ordenanza por la mañana en el Instituto Social de la Marina, un organismo entonces dependiente del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. A este puesto de ordenanza accedió tras aprobar la oposición correspondiente. Aunque en aquellos años era normal que los chicos de familias con economías modestas espabilaran pronto, la actitud de José María fue doblemente responsable. Nunca se quejó de nada que no tuviera en la vida y desde luego tampoco se le cayeron los anillos por realizar este o aquel trabajo. Le hizo dichoso desde muy joven dejar de ser gravoso a la economía familiar y, por lo tanto, siempre miró a la vida con la cabeza bien alta.

Tenía variedad de aficiones. Seguramente a la que más tiempo dedicó en su primera juventud fue a la música. Con tres buenos amigos formó un grupo que a sí mismos se denominaron Los Amables, reflejando fielmente el carácter de la formación. Su función en el conjunto era tocar la guitarra acústica y ser el vocal en numerosas canciones. Yo lo conocí mucho después, cuando ya tuvo que abandonar el grupo para dedicarse exclusivamente a su trabajo.

La temporada que trabajó como ordenanza en el Instituto Social de la Marina fue especialmente laborioso porque terminó sus estudios de secretariado en la Escuela de Comercio de Martiricos, al mismo tiempo que preparaba las oposiciones de administrativo para este centro. Trabajó mucho, estudió más y aprobó finalmente el examen. Aquél periodo estuvo lleno de intensidad; por las mañanas trabajaba, por la tarde estudiaba y, al término, con la caída de la tarde y el inicio de la noche, ensayaba con su grupo. Los fines de semana los dedicaba a la familia, a estar con sus padres, por los que tenía auténtica devoción, a tocar en fiestas, a asistir a la misa dominical. José María no varió con los años su

criterio respecto a la vivencia de lo religioso, y en este sentido ningún avatar consiguió que lo aprendido del corazón de sus padres, perdiera la intensidad del primer momento.

Nos conocimos en el 1976 y nos casamos tres años después en la iglesia de San Vicente de Paúl, el 15 de septiembre. Salimos de la iglesia convertidos en una pareja feliz y radiante por la aventura que comenzábamos. Hoy puedo decir, después de tantos años, que cada uno de los días que vivimos juntos fue una experiencia fabulosa.

Elegimos nuestra casa en el barrio de Gamarra, cerca de la de sus padres y de Ángel (su único hermano). Con el tiempo, mis hermanos y padres también se vinieron a vivir por la zona.

Tres años después de nuestro matrimonio nació nuestra hija María José, una preciosa niña que hizo que su padre fuera el hombre más dichoso del mundo, siendo un reflejo suyo en lo físico y en su modo de ser.

Fue siempre un hombre bueno, con el que era fácil coincidir en sus opiniones porque disponía del don de la amabilidad, esa cualidad especial que permite que los demás seamos vistos con cariño. Por otra parte, su modo de ser educado, pausado y tranquilo conseguía que a su alrededor nunca pasara nada aunque estuviera desmoronándose la presa del Limonero, que ya es decir...

Quizá el que le gustara hacer los arreglos de casa personalmente, antes que contratar a un carpintero u otro operario de cualquier gremio, tenía que ver con su estado de ánimo paciente, además de que era un manitas con la caja de herramientas. Este es uno de los motivos porque mi hija y yo hemos mantenido la

casa en la que vivimos tantos años con José María. Todo nos habla de él. En cualquier rincón encontramos la genialidad de su arreglo, la racionalidad de aquella solución suya, los cuadros que pintaba con la técnica del óleo, su mano presente en todas partes, su recuerdo, su enorme cariño por nosotras...

Y era muy divertido. Conseguía llenar el ambiente con su alegría, y lo hacía tan bien que no necesitaba montar bulla para impregnar con la chispa de su gracejo nuestras reuniones.

Fue a mediados de los años noventa cuando un amigo suyo del Partido Popular, que trabajaba con él en la administración, le animó a complicarse la vida en favor de los demás. Se trataba de mejorar la vida material de los malagueños mediante la solución política de las cosas, de lo que les afectaba más directamente, de lo que necesitaba una rápida actuación para dar acomodo a los ancianos más necesitados, la mejora del saneamiento de aquella parte de la ciudad, la limpieza de las calles y un largo etcétera presente siempre en una gran ciudad. Dijo que sí, pues siempre le gustó colaborar en aquellas tareas que fueran eminentemente prácticas y resolutivas.

A mí me llamó la atención en un primer momento el que mi marido colaborara con un partido político, pues nunca nos habíamos manifestado en este sentido. No estábamos afiliados a ninguna sigla, nuestra hija tampoco pertenecía a ninguna organización juvenil; éramos muy normales, nuestra actitud completamente típica y predecible en una familia de ideas sociales conservadoras, a la que sólo le interesaba la mejora de quienes les acompañaban en la aventura de la vida, en el desarrollo de su pueblo, de su gran nación. Pero claro, lo que comenzó siendo una participación meramente verbal, de asistir a alguna reunión en su tiempo libre

en la que vertía sus mejores opiniones, pasó a convertirse en pura implicación personal de las soluciones que proponía. Y se afilió al Partido Popular pues veía que con su concurso podría hacerse una Málaga mejor. Lo hizo muy bien y sus nuevos compañeros vieron en José María que era resolutivo y muy eficaz y le propusieron engrosar la candidatura municipal del Partido en el puesto dieciséis para las elecciones de 1995, como puro relleno. A él, como no estaba allí para ocupar ningún puesto le pareció fenomenal.

En el 1997, Juan Manuel Moreno Bonilla, concejal en esa legislatura, partió a la Junta de Andalucía y José María ocupó su lugar. De este modo, en las siguientes elecciones (1999) repitió en la candidatura y nos consultó qué nos parecía que siguiera trabajando en el Ayuntamiento como concejal y todos le dijimos que sí, pues lo veíamos ilusionado. En el año 2000 fue cuando Celia Villalobos pasó el testigo al actual alcalde de Málaga, Francisco de la Torre, ya que ella pasó a formar parte del gobierno de Aznar como Ministra de Sanidad.

En lo más profundo de mi silencio siempre albergué una sombra de inquietud, ya que un año después de casarnos mi padre, en función de su trabajo como guardia civil, estuvo destinado en San Sebastián en el cuartel de Inchaurredo donde hubo numerosos actos terroristas. La actividad política de mi marido me hizo recordar, años después, aquella época de inquietud.

En enero de 1995 asesinaron a Gregorio Ordóñez, en julio de 1997 al pobre Miguel Ángel Blanco, en diciembre a José Luis Caso, y enero de 1998 al matrimonio Jiménez Becerril en Sevilla. Todas las muertes nos produjeron un inmenso horror. José María vivió acompañado por un escolta hasta que se declaró la tregua

de los terroristas; en mi fuero interno me decía que el terrorismo no podía llegar a Málaga, a una ciudad tan poco importante en comparación con otras grandes capitales españolas.

En alguna ocasión hablamos de lo que estaba ocurriendo, pero ya digo que teníamos el íntimo convencimiento de que nunca nos pasaría nada aunque siempre guardábamos las precauciones de rigor, como mirar debajo del coche por si había algún artefacto.

Mientras tanto José María continuaba feliz con su trabajo en el consistorio. En este tiempo, desde 1997, fue el presidente de la Junta de la Carretera de Cádiz, la más poblada de Málaga con ciento cuarenta mil personas, y de la Junta del Puerto de la Torre, a la vez que miembro de varias comisiones importantes como la de Urbanismo, Tráfico, Vivienda, etcétera. Comenzó a llegar tarde a casa porque sus ocupaciones le llevaban mucho tiempo y siempre le esperábamos, aunque en muchas ocasiones nuestra hija rendida, se había entregado al sueño. Entonces entraba en su habitación y le daba un beso silencioso, lleno de ternura, mientras la miraba unos segundos, cerraba la puerta y se iba también a descansar.

Su vida laboral desde 1997 hasta que lo asesinaron se resumió en trabajar por los demás. En este tiempo fue testigo por su responsabilidad concejil de más de cien bodas civiles contraídas en el Ayuntamiento. No sabía decir que no y por eso le tocó presidir muchas bodas que en riguroso turno no le correspondían, pero asistió siempre contento, aunque por sus convicciones religiosas hubiera preferido que el testigo de cualquier boda fuera un sacerdote. En esto como en todo, fue siempre muy respetuoso con las posiciones ajenas; opinaba que las creencias de los demás eran igual de válidas que las suyas siempre que respetaran los

derechos civiles. Las bodas siempre se celebraban los fines de semana y las preparaba con mucho cariño. En la ceremonia leía palabras muy bonitas extraídas de algún texto clásico de nuestra literatura, a propósito de la vida en común que iniciaban los contrayentes. Y al término, cuando la ceremonia daba fin, salía del Ayuntamiento, nos recogía e íbamos a ver a nuestros padres y a disfrutar del fin de semana.

Así fue nuestra vida de normal y de sencilla. Recordamos con cariño las excursiones familiares, las vacaciones de verano en Mallorca y cuando asistíamos con mis hermanos y sus hijos a los partidos del Club de Baloncesto Málaga en el polideportivo de Ciudad Jardín. También llegamos a viajar a otras ciudades para acompañar al equipo junto con el resto de la afición. Por eso, al nuevo palacio de deportes que después se inaugurara, llevó su nombre, para que nunca se olvide de la memoria de los malagueños.

Lo del 15 de Julio del año 2000 sucedió muy rápido. Un coche oficial del Ayuntamiento nos esperaba en la puerta de casa para llevarnos a un acto institucional al que tenía que asistir José María. Fue antes de subir al coche cuando se le acercó un sujeto y disparó varias veces. Le increpé pensando que era una broma. Tanto mi hija como yo lo vimos todo. Cuando me di cuenta de la realidad, a ella la perdí de vista. Se había escondido entre los coches, asustada. Y así fuimos testigos con horror, pánico e impotencia de cómo la vida de mi marido se escapaba a chorros sin que pudiéramos hacer nada. Y así murió, señalado por los asesinos nacionalistas vascos por hacer el bien a los demás.

Después del funeral y de la manifestación de repulsa de los malagueños (que agradeceré mientras viva), llegó el silencio, el

insufrible dolor que me sumió en un vacío existencial del que gracias a la ayuda de muchos, voy superando con los años. De estar José María con nosotras, a no estar por voluntad de un asesino, se hizo insoportable, imposible de concebir.

Su vida y su alegría llenaban nuestra vida, por eso no nos hemos ido de esta casa, porque cada esquina nos lleva a su recuerdo.

**JOSÉ LUIS
RUIZ CASADO**
(1958-2000)



JOSÉ LUIS RUIZ CASADO (1958-2000)

Nuestras familias son un ejemplo más de la movilidad de los grupos humanos, de su itinerancia en búsqueda de una mejora en la vida. Los padres de José Luis eran oriundos de un pueblo situado al noroeste de Córdoba, que a principios de los años cincuenta se desplazaron a Cataluña, más concretamente a la ciudad de Barcelona, donde se establecieron.

JOSÉ LUIS nació en Barcelona el tres de agosto de 1958. Su familia se trasladó a Sant Adrià de Besòs donde iniciaría sus estudios primarios en el colegio Sagrado Corazón, perteneciente a la congregación de los hermanos gabrielistas; posteriormente, cursaría el bachillerato superior en Barcelona.

Tan pronto inició sus estudios universitarios, José Luis sufrió un duro golpe, el fallecimiento de su padre, lo que supuso que hubiera de simultanear sus estudios de Económicas y una nueva vida laboral, con la intención de colaborar en casa, que poco después se vería interrumpida al verse obligado a realizar el servicio militar. Una vez terminado éste, se reincorporaría a su puesto en una empresa barcelonesa dedicada a la importación y exportación, en la que tomaría contacto con el mundo del transporte internacional terrestre, en el que años más tarde llegó a ocupar el cargo de Director Adjunto en una gran empresa alemana llamada Thyssen Haniel Logistic, S.A., especializada en el transporte internacional de grandes volúmenes de carga.

Pasados los años, ésta fue absorbida por la empresa belga ABX LOGISTICS ESPAÑA, S.A. en la que fue nombrado Director de Tráfico Terrestre. En esta última etapa ganamos la entrañable amistad de Antonio Gutiérrez, al que apreciaba de una manera especial, como si de alguien de su familia se tratara, sentimiento que trasladó a nosotros, ya que por nuestra parte, sigue gozando de una querencia excepcional, que con su esposa Consuelo nos han acompañado durante estos últimos años.

Nos conocimos en 1976 siendo muy jovencitos. Entonces era un gran deportista. En la categoría infantil ganó con su colegio el campeonato de fútbol de España, afición en la que perseveró hasta que se hizo mayor. En los meses de la mili, cuando estuvo destinado por este motivo en La Coruña, jugó en un equipo filial del Deportivo de la Coruña. Al término, le sugirieron que se dedicara profesionalmente al fútbol, pero su sentido común le hizo rechazar la oferta. Con el paso de los años, cambió este deporte por otro menos exigente como el fútbol sala que, además, le permitía seguir en contacto con sus amigos periódicamente.

Durante las vacaciones y algún que otro fin de semana de invierno se dedicaba al esquí, actividad que le fascinaba. Los viajes realizados a las estaciones del valle de Canfranc con amigos (aún no habían nacido Arianna y Alejandro, Álex para nosotros), después ocasionalmente a Francia, fueron siempre junto a Emilio, mi hermano, con el que en general, siempre compartió infinidad de cosas, y en particular la afición a los deportes a pesar de un desacuerdo irresoluble: José Luis siempre fue del Barça y mi hermano es absolutamente merengue. Seguimos yendo con los niños a la nieve pero en pistas catalanas y Andorra, dónde les vimos crecer y gozar de la presencia de su padre.

Nos casamos en 1982 y aquí se desarrolló lo más importante y sustantivo de la aventura que iniciamos juntos; nuestros dos hijos nacieron tiempo después y su sonrisa llenó de alegría y consuelo nuestras vidas.

José Luis era un hombre divertido con un fino e irónico sentido del humor, a pesar de que en un primer momento los que le trataban por primera vez vieran en su actitud la característica de un hombre serio. Pero no era así, quizá su semblante producía esa imagen de respeto. Con él me he reído mucho pues siempre estaba dispuesto a ver la parte divertida de esta vida y a encontrar siempre lo positivo.

Durante años, debido a sus necesidades profesionales, se formó ampliamente en cuestiones relacionadas con el liderazgo empresarial, fundamentalmente dirigir equipos y negociar con diversos y muy diferentes grupos de personas para cumplir sus objetivos. Para hacer más comprensible sus ideas, se dotó de una retórica fluida; o si acaso, la mejoró, ya que la verdad es que tenía una gran facilidad verbal en la que mostraba sin tapujos la seriedad de sus principios personales, aplicado, en este caso, al mundo de la empresa.

Muchos de sus compañeros me dijeron después de su asesinato que en él se podía confiar siempre, y que era muy efectivo contarle los problemas porque siempre mantenía la serenidad, por complicados que fueran los asuntos. Por supuesto sus amigos ya lo sabían.

A inicios de los años noventa, me comentó un día que a su buen amigo Salvador, o Salva como siempre ha sido y sigue siendo para nosotros, uno de esos amigos íntimos que todos

tenemos y que nos acompañan a lo largo de la vida, le habían sugerido que dedicara algo de su tiempo a arreglar los problemas de nuestros vecinos encuadrándose en el Partido Popular. Pero la cuestión radicaba en que su amigo había pasado la invitación también a José Luis y que ambos pensaban dar o habían dado su visto bueno. Aquella idea, francamente, no me hizo ninguna ilusión, especialmente porque intuí que nos cambiaría mucho la vida en lo tocante a su seguridad personal y, al tiempo, que tendría que dedicar restándolo a la familia. Respeté su decisión como todas las importantes que tomó mientras vivimos juntos porque le quería, le quise mucho y además admiraba todo lo que hacía.

Salió elegido concejal de nuestro Ayuntamiento de Sant Adrià de Besòs en la consulta de 1995 y en la siguiente de 1999. Yo le veía con mucho entusiasmo y satisfecho porque, aunque estaba en la oposición del mandato socialista, veía que sus intervenciones en los plenos y en las comisiones sectoriales en los que participaba, eran muy valoradas. En poco tiempo se hizo una persona respetada por toda la corporación, amigo sincero de la mayoría de los concejales aunque no participaran de sus ideas. Con seguridad su capacidad negociadora y afán por conciliar la solución de los problemas locales con otras opiniones de parte le hicieron muy querido.

Estos comentarios, dictados once años después de que la injusticia y la atrocidad nos lo arrebataran, se atisbaban, antes de que el alcalde, Jesús Canga "Sito" para la mayoría, e infinidad de compañeros suyos me dijeran tras su muerte que Sant Adrià había perdido a un gran compañero pero, ante todo, una buena persona.

Él consideraba que con la política, por escasa que pudiera ser su labor en ella (en la que, por otro lado, como en todo, era un

trabajador incansable) contribuía a la mejoría de muchos, especialmente a la de aquellos que carecían de la opción de deliberar y por ende, que éstas palabras trascendiesen.

Exquisito en las formas y en tantas otras cosas, era una de esas personas que despuntan, que no requieren de grandes ademanes para distinguirse, aunque siempre con una admirable modestia, producto de lo noble de su idiosincrasia, aspectos que, teóricamente, encarnan el prototipo del político en mayúscula: aquél que se desvive por defender sus valores, por ayudar al prójimo desde su posición y por combatir la injusticia en todos sus frentes.

El veintiuno de septiembre del 2000 perdimos a José Luis, al que dispararon de la forma más vil y despiadada, amén de por la espalda. Perdí el mejor compañero que jamás pudiera tener, y nuestros hijos al mejor padre que jamás soñaran. Cuando llegó ese fatídico día, los niños tenían trece y diez años... ¡Cuánto se parecen a él!

El proyecto que inicié con él en 1982 sigue vivo, huelga decir que le recordamos cada día, desde el momento que cogemos y olemos alguno de sus libros esperando encontrar un atisbo de su aroma, hasta en el que recordamos y reímos de lo absolutamente desastre que era en la cocina, (no le producía ningún interés); las actividades domésticas no le atraían en absoluto, nadie es perfecto, no nació con ese don.

Era muy familiar, en el sentido más amplio de la palabra. Siempre atento a su madre, por la que sentía auténtica adoración, y considerado y solícito con el resto de ambas familias.

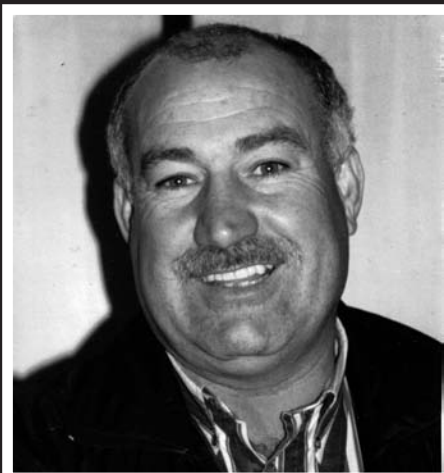
Desde el primer momento, ya siendo conscientes de la nueva y mutilada vida que nos aguardaba, decidimos que José Luis

seguiría siendo el soporte de nuestra familia, por este motivo, no nos hemos desprendido de infinidad de objetos suyos y efectos personales que nos hablan de su persona, de la grandeza de su carácter y personalidad, de cuánto disfrutamos de nuestra vida con él, todos juntos, como así nos quiso siempre.

Actualmente, los valores que conformaban a José Luis y que nos dejó a modo de herencia, siguen vigentes en nosotros, ya que ahora, más que nunca, será ad aeternum nuestro héroe particular.

**FRANCISCO
CANO CONSUEGRA**

(1955-2000)



FRANCISCO CANO CONSUEGRA (1955-2000)

La familia de mi marido vino por primera vez a Cataluña cuando a su padre, minero en su pueblo natal de La Carolina (Jaén), situado en plena Sierra Morena, le diagnosticaron una enfermedad laboral que le imposibilitó trabajar en las profundidades de la tierra. **FRANCISCO** nació en La Carolina el veintiuno de marzo de 1955, pero ya digo que al año su familia emigró a esta parte de España, siempre en la búsqueda de un lugar que les permitiera prosperar en la vida.

En la comarca de Tarrasa, en un pueblo llamado Viladecavals, vivió con su familia al tiempo que terminaba los estudios de graduado escolar. Como quiera que el estudio no le iba, unido a la necesidad de que se independizara económicamente para aliviar la austera economía familiar, ingresó en un taller de aprendiz, para hacerse con el oficio de la fontanería. En este trabajo se volcó desde el primer momento, con una enorme dedicación, siendo un buen profesional. Con el tiempo montó con un amigo su propio taller capaz de dar ocupación durante bastantes años a una docena de operarios.

Yo le conocí mediados los años setenta y desde el primer momento me encantó la alegría de su carácter, lo abierto que era con los muchos amigos que tenía, el buen ambiente que procuraba allí donde estuviera. Además, entonces, ya tenía la buena fama de ser muy serio y cumplidor en el trabajo, de tal manera

que con el esfuerzo y acabando bien las cosas su taller era una referencia en la fontanería del pueblo y de la comarca.

Nos casamos en 1979 y aquí nos quedamos a vivir, sabiendo que esta tierra sería la de nuestros hijos. Nuestra hija mayor nació en 1981 y la siguiente cinco años después. Las dos niñas fueron unas preciosidades de pequeñitas y era enternecedor ver a su padre cómo se conmovía cuando las cogía en sus brazos y les hacía carantoñas y otros guiños de padre enamorado. Y así fuimos haciendo la vida, con mucho trabajo, sin ninguna cosa especial que nos sacara de la rutina de todos los días.

Los pocos días que tenían de descanso solía escaparse de vez en cuando con sus amigos a la zona del Pirineo de Huesca para cazar liebres, conejos, etcétera, caza menor, en definitiva. La caza la fue abandonando poco a poco, porque la sensibilidad de nuestras hijas en defensa de los pobres animales del bosque consiguió ablandar su corazón de padre. La caza la abandonó para pasear por el campo y la montaña con ellas, buscando setas, espárragos trigueros, todo aquello que vive en la naturaleza y que les emocionaba tanto. Una de las niñas le acompañó en estas pequeñas aventuras prácticamente hasta que lo mataron.

Francisco fue la alegría de nuestro hogar. Nuestras hijas le querían hasta la locura y le admiraban porque era el padre más divertido del mundo. Se sabía que cuando Francisco iba invitado a una fiesta se convertía en puro jolgorio, pues él era el alma de la fiesta. No recuerdo en qué año consiguió convencer a muchos vecinos de nuestro barrio para que fuéramos todos juntos, disfrazados, para asistir a la fiesta del carnaval. No sé de dónde consiguió un disfraz de gorila, de gorila zumbado, que hizo las delicias de todos cuantos estuvimos a su lado. Se metió tanto en

su papel que subía por las barras del autobús, por los árboles de la alameda; su actuación fue una fiesta y su alegría nada impositada pues él era así de maravilloso.

Un buen día me dijo, a inicios de los noventa, que la única manera que encontraba de dar solución a variados problemas arquitectónicos y urbanísticos de la barriada en la que vivíamos era actuar desde dentro, desde el propio Ayuntamiento de Viladecavals, y que tenía previsto optar a un acta de concejal. Habló con alguien del Partido Popular, que era la opción que más se acercaba a su sensibilidad y se presentó en las elecciones locales de 1995.

De esta manera tan sencilla se metió en el mundo de la política, quería solucionar problemas ciertos de nuestra barriada que incomodaban la vida de nuestros vecinos y se puso a ello. Francisco fue el único concejal elegido del Partido Popular, pienso que porque era muy conocido en el pueblo por la cantidad de arreglos que había hecho a tantos. La gente le conocía como buen profesional y, además, como buena persona; por eso pienso que confiaron en él al elegirle. Y la verdad es que lo hizo muy bien, trabajando mucho por los demás cuando terminaba su jornada laboral. Él y el resto de los concejales no cobraban ningún sueldo ni dieta por ocuparse de los problemas públicos.

Viladecavals es un pueblo de casi cinco mil habitantes situado a cinco kilómetros de Tarrasa, especialmente pequeño y nada importante, por eso las noticias de los asesinatos del terrorismo nacionalista vasco sobre los políticos nunca me hicieron sospechar que algún día se acercaran a nuestro pueblo. Pero cuando mataron a Ernest Lluch en noviembre del 2000, le dije a Francisco que entonces sí me daba mucho miedo las posibles consecuencias

negativas de su afiliación y que debería tener muchísimo cuidado. Siempre me respondió con un: "a mi no me conoce nadie", cosa que por otra parte, era bien cierta.

El catorce de diciembre del 2000 le pusieron una bomba debajo de su asiento, en su furgoneta de fontanero, y nos lo arrebataron para siempre. Si sus asesinos de la ETA hubieran sabido que era el mejor padre y el mejor esposo que nunca pudiera tener, quizá se hubieran compadecido del dolor que nos produjeron.

Algunos dicen que once años es tiempo suficiente para cerrar las heridas del alma, el dolor de la ausencia, pero en nuestra familia sólo sentimos el vacío que dejó en nuestras vidas, al mismo tiempo, eso sí, que le recordamos siempre, constantemente, con la más luminosa de sus sonrisas.

**MANUEL
GIMÉNEZ ABAD**
(1948-2001)



MANUEL GIMÉNEZ ABAD (1948-2001)

MANOLO nació en Pamplona el cuatro de diciembre de 1948 por una cuestión meramente circunstancial ya que en Jaca, ciudad en la que vivían sus padres, no había entonces un hospital comarcal. Pamplona suplió esa deficiencia y por lo tanto, a los pocos días de nacer regresó de nuevo para pasar su infancia y primera juventud en Jaca, la capital del Pirineo aragonés. El padre de Manolo era militar de carrera y fue en la ciudad de Jaca, donde vivió y desarrolló su carrera profesional.

A la familia de Manolo, Ana los conocía desde hacía bastantes años porque algunos veranos los pasaba allí. Su hermana era amiga de la hermana de Manolo pero aunque sus referencias fueran esas, no fue hasta un encuentro casual en Londres, en un viaje, cuando comenzaron a ser buenos amigos.

Manolo nunca tuvo deseos de seguir la profesión de su padre, y tal vez el hecho de que la familia materna estuviera vinculada a los libros hizo posible que tras los años Manolo se inclinara por las letras y los estudios universitarios de corte clásico. Su abuelo materno fue el editor del diario jacetano La Unión, que era de tendencia liberal. También tenían una imprenta y una librería.

Después de concluir con buen expediente el bachillerato en el instituto de Jaca se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Navarra. De aquellos años aprendió el rigor de la disci-

plina intelectual, que posiblemente le sirvió más adelante al opositar al cuerpo de Abogados del Estado. Durante aquellos años desarrolló también otra característica de su modo de ser, y me refiero a la honradez que acompañó siempre cualquier pensamiento suyo.

Esta característica tan de él es imprescindible para explicar lo incómodo que se sentía por el enorme esfuerzo económico que estaban realizando sus padres permitiéndole estudiar en una Universidad privada, lejos de casa, con los imprescindibles pero constantes gastos, y otros esfuerzos familiares. Mientras preparaba la oposición decidió presentarse a una plaza en el cuerpo de Técnicos de la Administración Civil y la ganó. Es cuando entonces, Ana y Manolo, decidieron casarse y comenzar una nueva vida.

El primer puesto les llevó a Madrid, a la Escuela de Administración Pública. Disfrutó mucho impartiendo su docencia en la sede que el Ministerio tenía en Alcalá de Henares. Más adelante fue destinado a una sección de la Delegación del Ministerio de Trabajo en Pamplona, ciudad en la que se reencontró de nuevo con la Universidad, pudiendo impartir cursos de derecho administrativo y saborear la docencia que tanto le maravillaba.

En Pamplona sólo estuvieron un año porque le reclamaron de nuevo en Madrid para ocupar diversos puestos de la administración central. En septiembre de 1979 fue nombrado consejero técnico de la Secretaría General de Regiones, adscrito al Ministerio de la Administración Territorial. Fueron cinco años en los que aprendió de primera mano la complicada estructura de la administración central, tiempo también en el que nació su primer hijo, Manuel. Durante esos años Manolo y Ana nunca dejaron de ser jacetanos y casi todos los fines de semana realizaban cientos de kilómetros para volver al Pirineo.

A Ana le costó mucho encajar en la capital de España y comprendieron que lo mejor sería volver a Zaragoza. Fue en 1980 cuando Manolo obtuvo una comisión de servicios en la Diputación General de Aragón, en el tiempo en el que todavía estaban desarrollándose los primeros pasos de la Comunidad Autónoma.

La vida profesional de Manolo fue adquiriendo un enorme peso al descubrirse, primero en la Diputación General de Aragón y con posterioridad en las Cortes de Aragón, su valía y su profesionalidad. Del cargo interino pasó a funcionario de la Comunidad Autónoma. Más adelante, sería nombrado Secretario General Técnico de la Presidencia y finalmente Letrado Mayor de las Cortes de Aragón en el periodo de 1986 a 1995.

Es posible que la faceta más sorprendente de su personalidad ante quienes no lo conocían sea la derivada de su corta e inteligente actividad política, pero quienes le trataban a diario saben que Manolo era mucho más que todo eso. Otros llegaron ocupando el espacio político que él dejó, pero en cambio, el vacío producido por su asesinato no se llenará nunca.

Manolo fue un hombre extraordinario, lleno de unos silencios interiores que hacían ver que su vida era mucho más rica que la que en parte enseñaba. Los fines de semana y en los tiempos de asueto se iba de vez en cuando a dar largos paseos solitarios de los que disfrutaba enormemente, en primer lugar porque eran a la sombra de sus pirineos, porque no le asustaba la soledad y, desde luego, porque daba espacio a sus cábalas y a la reflexión.

Cuando sus hijos fueron creciendo en fortaleza física, comenzaron a acompañar a su padre a su gran pasión, las montañas; primero a los ibones altos siempre fríos en verano, posteriormente

a alguna cresta fácil cercana al circo de Panticosa, quizá por la zona de los Brazatos o al enfrentado Garmo Negro, el primer tres mil más occidental de los que se alzan en Aragón. Ana se sentía feliz viéndoles salir a los tres con sus mochilas, porque sabía que Manolo transmitía a sus hijos un cúmulo de conocimientos, de sabiduría que aprendían fácilmente del dictado de un padre bondadoso y encariñado por sus hijos. Además, tenía la seguridad que su padre les dejaría ver todo lo bueno que tenía, y que los niños aprendieran de él.

Lo consiguió en muy poco tiempo. Es lo bueno que tiene subir a las montañas. Hay tiempo para hablar de todo, tiempo para el esfuerzo, para gozar de la belleza estética que sólo se encuentra allí arriba. Ana dejó de acompañarlos cuando crecieron porque le era imposible seguir su ritmo, a veces, algo competitivo para sus fuerzas. En cambio, en invierno se reunían los cuatro en las pistas de esquí de Candanchú. Pasado el tiempo, tanto Manolo como Ana, fueron abandonando las pistas ante la acumulación de aficionados los fines de semana; siempre se encontraban más cómodos alejados de las aglomeraciones.

Un día de 1995, Manolo le dijo a su mujer que Santiago Lanzuela (Presidente del Gobierno de Aragón) le había ofrecido un cargo político y que pensaba aceptarlo. Cuando escuchó su comentario no le hizo ninguna gracia, más bien lo contrario, pero, por otra parte, sabía que la política le apasionaba.

No le extrañó que el ideario del Partido Popular le pareciera atractivo, a pesar de que en la época universitaria se encontrara cómodo en otras opciones políticas. Manolo fue cambiando con el tiempo, evolucionando hacia posiciones más centradas e integradoras. Además, su perenne carácter reflexivo aseguraba que sus

decisiones estaban perfectamente pensadas en lo que más convenía hacer en ese momento.

Cuando Manolo ingresó como funcionario en las Cortes de Aragón se introdujo de alguna forma en el ambiente que da la política y que tanto le atraía. Gracias a su carácter afable y lleno de bondad se hizo amigo de todos los parlamentarios entablando una buenísima relación con los integrantes de todos los grupos. La sintonía cordial que contrajo con todos los políticos antes de que diera el salto fue consecuencia de su carácter tranquilo, nada beligerante en la defensa de sus criterios, siempre dispuesto a escuchar dictámenes ajenos antes de emitir un juicio.

En alguna ocasión anterior alguien aseguró que él no se veía permanentemente como Letrado Mayor de las Cortes de Aragón, y que le gustaría probar también por qué no, en la política; entonces nadie supuso que más pronto que tarde, daría el paso. Su decisión perfectamente asentada tendría una consecuencia práctica inmediata consistente en que ganaría la mitad de sueldo. Su único patrimonio era el formado por el sueldo de la escala funcional. La decisión era dura porque en 1995 la familia estaba realizando casi el último gran esfuerzo económico pagando el colegio y la Universidad de sus hijos, más los extraordinarios de la enseñanza de los idiomas. Esta decisión, que ya tenía tomada, no agradó a Ana pero acabó aceptándolo como lo mejor que les podía pasar. Así fue nombrado Consejero de Presidencia en 1995 y manteniéndose en el cargo hasta 1999.

Se afilió al Partido Popular en un ejercicio de coherencia personal y comenzó a ser algo conocido en la estructura del Partido Popular de Zaragoza, porque hasta entonces, la verdad, es que no le conocía casi nadie. Su trayectoria en el Partido fue

atípica, ya que su afiliación y dedicación fueron prácticamente de la mano.

Seguramente llevado de su experiencia y por supuesto de su sentido común, explicaba a sus hijos lo importante que era llegar a la política con una carrera profesional consolidada e independencia económica, auténticas claves para lograr la independencia de criterio y de actuación. La llegada de Manolo a la política se entendió como un acto más de los suyos, de responsabilidad pública, porque nunca pidió nada; aceptó la sugerencia de Santiago Lanzuela después de que se la ofertara; él antes nunca sugirió ingresar en ese mundo. Cuatro años después fue presentado en las listas del Partido Popular como candidato a las Cortes de Aragón por la provincia de Huesca, y consiguió el acta. Se le veía feliz porque notaba que su trabajo era eficaz y sintonizaba con la gente a la que se acercaba por razón de su cargo. El trabajo bien hecho siempre trasciende y como consecuencia de su eficacia, su valía personal, profesional y política demostrada hasta entonces le nombraron, cuatro meses antes de su muerte, presidente regional del Partido Popular en Aragón con el apoyo ferviente de Javier Arenas.

Sus últimos años de vida tan ajetreada no aminoró su pasión por Jaca, las montañas y los ríos. Los veranos siguieron siendo los mismos, quizá algo más dichosos para él porque podía conversar ya con sus hijos de cosas de mayores. Manuel y Borja, por otra parte, tenían una amistad sincera con su padre y se notaba que le querían, que le admiraban mucho. Todos fueron creciendo y atemperando los modos de su carácter, pero Manolo nunca perdió la ternura por los suyos. En la educación que pensaba para sus hijos aplicaba un sentido común asombroso. La primera vez que uno de los chicos hizo una trastada que a

Ana le hizo perder los nervios, Manolo lo solucionó perfectamente, hablando con su hijo y explicándole porqué esto y aquello no estaba bien hacerlo. Esa manera de actuar tan suya no fue la aplicación de una táctica educativa, en realidad era un detalle más de los muchos que tuvo sobre la comprensión hacia los demás, y especialmente si eran sus hijos. Y cómo no, también hacia su mujer a la que siempre ayudó desde el cariño y el respeto.

El seis de mayo del 2001 cuando iba con su hijo Borja camino del estadio del fútbol del Zaragoza, el terrorismo nacionalista y cobarde lo asesinó por la espalda, fríamente, sin misericordia.

Lo que sucedió después aunque sea difícil de creer, les llenó de consuelo pues no podían suponer que a Manolo, le quisiera tanta gente. Luego vino el silencio, sólo el silencio. Tuvieron que llorar mucho, muchísimo, para volver a encontrar el equilibrio que destrozó su muerte. Su vida abarcaba completamente la de su familia porque por encima de todo Manolo fue un hombre bueno.

Pocos días después del entierro, Ana explicó a sus hijos que la familia seguía existiendo y que su hogar se componía ahora de tres personas en vez de cuatro, y así lo comprendieron, y así han vivido desde entonces. Sus hijos, entre ellos, nunca han hablado del día de su muerte. Al día siguiente del asesinato se abrazaron en la intimidad de su habitación y lloraron como no lo habían hecho nunca.

Manolo sigue vivo en sus vidas y hablan mucho de él porque necesitan traer a su presente su sonrisa, la bondad de su corazón, las ganas que tenía de vivir y que de un modo misterioso les transmite todos los días. Sus ideas están presentes en todos los actos de su familia y así se lo harán llegar en el futuro a los nietos de Manolo.

LISTADO DE VÍCTIMAS (AVT)

16/03/2010 Jean-Serge Nérin (Dammarie-lès-Lys)
30/07/2009 Carlos Enrique Sáenz de Tejada (Palmanova)
30/07/2009 Diego Salva Lezaun (Palmanova)
19/06/2009 Eduardo Antonio Puellas García (Arrigorriaga)
03/12/2008 Ignacio Uría Mendizábal (Azpeitia)
22/09/2008 Luis Conde De La Cruz (Santoña)
14/05/2008 Juan Manuel Piñuel Villalón (Legutiano)
07/03/2008 Isaías Carrasco Miguel (Arrasate/Mondragón)
05/12/2007 Fernando Trapero Blázquez (Capbreton)
01/12/2007 Raúl Centeno Bayón (Capbreton)
30/12/2006 Carlos Alonso Palate Sailema (Madrid)
30/12/2006 Diego Armando Estacio (Madrid)
30/05/2003 Bonifacio Martín Hernández (Sangüesa/Zangoza)
30/05/2003 Julián Embid Luna (Sangüesa/Zangoza)
17/05/2003 Jesús Lolo Jato (Portugalete)
07/03/2003 Domingo Durán Díez (Santander)
08/02/2003 Joseba Pagazaourtundua Ruíz (Andoain)
17/12/2002 Antonio Molina Martín (Collado Villalba)
24/09/2002 Juan Carlos Beiro Montes (Leitza)
04/08/2002 Silvia Martínez Santiago (Santa Pola)
04/08/2002 Cecilio Gallego Alaminos (Santa Pola)
21/03/2002 Juan Priese Pérez (Orio)
23/11/2001 Ana Isabel Arostegi Lejarreta (Beasain)
23/11/2001 Javier Mijangos Martínez de Bujo (Beasain)
07/11/2001 José María Lidón Corbi (Getxo)
20/08/2001 Francisca Eraunzetamurgil Alkorta (Donostia-San Sebastián)
28/07/2001 Justo Oreja Pedraza (Madrid)
14/07/2001 José Javier Múgica Astibia (Leitza)
14/07/2001 Mikel Uribe Aurkia (Leaburu)
10/07/2001 Luis Ortiz De La Rosa (Madrid)

24/05/2001 Santiago Oleaga Elejabarrieta (Donostia-San Sebastián)
06/05/2001 Manuel Giménez Abad (Zaragoza)
20/03/2001 Froilán Elespe Inciarte (Lasarte-Oria)
17/03/2001 Santos Santamaría Avedaño (Roses)
09/03/2001 Iñaki Totorika Vega (Hernani)
22/02/2001 Josu Leonet Azkune (Donostia-San Sebastián)
22/02/2001 José Ángel Santos Laranga (Donostia-San Sebastián)
26/01/2001 Ramón Díaz García (Donostia-San Sebastián)
20/12/2000 Juan Miguel Gervilla Valladolid (Barcelona)
14/12/2000 Francisco Cano Consuegra (Terrassa)
21/11/2000 Ernest Lluch Martín (Barcelona)
08/11/2000 Jesús Sánchez Martínez (Madrid)
30/10/2000 Jesús Escudero García (Madrid)
30/10/2000 Armando Medina Sánchez (Madrid)
30/10/2000 José Francisco Querol Lombardero (Madrid)
22/10/2000 Máximo Casado Carrera (Vitoria-Gasteiz)
16/10/2000 Antonio Muñoz Cariñanos (Sevilla)
09/10/2000 Luis Portero García (Granada)
21/09/2000 José Luis Ruiz Casado (Sant Adrià de Besòs)
29/08/2000 Manuel Indiano Azaustre (Zumarraga)
20/08/2000 José Ángel De Jesús Encinas (Sallent de Gállego)
20/08/2000 Irene Fernández Pereda (Sallent de Gállego)
09/08/2000 Francisco Casanova Vicente (Berriozar)
08/08/2000 José María Korta Uranga (Zumaia)
29/07/2000 Juan María Jauregui Apalategui (Tolosa)
15/07/2000 José María Martín Carpena (Málaga)
04/06/2000 Jesús María Pedrosa Urkiza (Durango)
07/05/2000 José Luis López De La Calle (Andoain)
22/02/2000 Fernando Buesa Blanco (Vitoria-Gasteiz)
22/02/2000 Jorge Díaz Elorza (Vitoria-Gasteiz)
21/01/2000 Pedro Antonio Blanco García (Madrid)
25/06/1998 Manuel Zamarreño Villoria (Errenteria)

09/05/1998 Alfonso Parada Ulloa (Vitoria-Gasteiz)
06/05/1998 Tomás Caballero Pastor (Pamplona/Iruña)
30/01/1998 Alberto Jiménez Becerril Barrio (Sevilla)
30/01/1998 Ascensión García Ortiz (Sevilla)
09/01/1998 José Ignacio Iruretagoiena Larrañaga (Zarautz)
11/12/1997 José Luis Caso Cortines (Irún)
14/10/1997 José María Aguirre Larraona (Bilbao)
05/09/1997 Daniel Villar Enciso (Basauri)
13/07/1997 Miguel Ángel Blanco Garrido (Lasarte-Oria)
12/05/1997 Servando Rivas Pérez (Donostia-San Sebastián)
03/05/1997 Juan Manuel García Fernández (Zierbena)
24/04/1997 Luis Andrés Samperio Sañudo (Bilbao)
11/03/1997 Francisco Javier Gómez Elósegui (Donostia-San Sebastián)
17/02/1997 Modesto Rico Pasarín (Bilbao)
13/02/1997 Ángel Portugal del Alamo (Donostia-San Sebastián)
11/02/1997 Patxi Arratibel Fuentes (Tolosa)
10/02/1997 Domingo Puente Marín (Granada)
10/02/1997 Rafael Martínez Emperador (Madrid)
30/01/1997 Eugenio Olaciregui Borda (Donostia-San Sebastián)
08/01/1997 Jesús Agustín Cuesta Abril (Madrid)
14/10/1996 Serafín Apellaniz Pagola (Donostia-San Sebastián)
26/07/1996 Isidro Usabiaga Esnaola (Ordizia)
20/05/1996 Miguel Ángel Ayllon Díaz-González (Córdoba)
04/03/1996 Ramón Doral Trabadelo (Irún)
14/02/1996 Francisco Tomás y Valiente (Madrid)
06/02/1996 Fernando Múgica Herzog (Donostia-San Sebastián)
22/12/1995 Luciano Cortizo Alonso (León)
16/12/1995 Josefina Correa Huerta (Valencia)
11/12/1995 Manuel Carrasco Almansa (Madrid)
11/12/1995 Santiago Esteban Junquer (Madrid)
11/12/1995 José Ramón Intriago Esteban (Madrid)
11/12/1995 Félix Ramos Bailón (Madrid)

11/12/1995 Florentino López Del Castillo (Madrid)
 11/12/1995 Martín Rosa Valero (Madrid)
 10/12/1995 Iñaki Mendiluce Echeverria (Itsasondo)
 10/12/1995 José Luis González Villanueva (Itsasondo)
 20/10/1995 Enrique Nieto Viyella (Donostia-San Sebastián)
 19/06/1995 Jesús Rebollo García (Madrid)
 20/04/1995 Eduardo López Moreno (Endarlaza)
 19/04/1995 Margarita González Mansilla (Madrid)
 10/04/1995 Mariano De Juan Santamaría (Donostia-San Sebastián)
 23/01/1995 Gregorio Ordoñez Fenollar (Donostia-San Sebastián)
 13/01/1995 Rafael Leyva Loro (Bilbao)
 15/12/1994 Alfonso Morcillo Calero (Lasarte-Oria)
 21/08/1994 José Santana Ramos (Bilbao)
 10/08/1994 José Antonio Díaz Losada (Bilbao)
 29/07/1994 Francisco Veguillas Elices (Madrid)
 29/07/1994 Francisco Martín Moya (Madrid)
 29/07/1994 Cesar García Contonente (Madrid)
 26/07/1994 José Manuel Olarte Urresti (Donostia-San Sebastián)
 01/06/1994 Juan José Hernández Rovira (Madrid)
 23/05/1994 Miguel Peralta Utrera (Madrid)
 28/04/1994 José Benigno Villalobos (Valle de Trápaga-Trapagaran)
 18/04/1994 Vicente Beti Montesinos (Barcelona)
 04/04/1994 Fernando Jiménez Pascual (Bilbao)
 07/02/1994 Leopoldo García Campos (Barcelona)
 14/01/1994 José Santos Pico (Donostia-San Sebastián)
 26/11/1993 Joseba Goiciechea Asla (Bilbao)
 19/10/1993 Dionisio Herrero Albiñana (Madrid)
 16/09/1993 Juvenal Villafraña García (Andoain)
 21/06/1993 Domingo Olivo Esparza (Madrid)
 21/06/1993 Fidel Dávila Garijo (Madrid)
 21/06/1993 Javier Baró Y Díaz Figueroa (Madrid)
 21/06/1993 José Alberto Carretero Sogel (Madrid)

21/06/1993 Juan Romero Álvarez (Madrid)
21/06/1993 Manuel Calvo Alonso (Madrid)
21/06/1993 Pedro Robles López (Madrid)
02/06/1993 Ángel María González Sabino (Donostia-San Sebastián)
18/03/1993 Emilio Castillo López (Donostia-San Sebastián)
22/01/1993 José Ramón Domínguez Burillo (Donostia-San Sebastián)
19/01/1993 José Antonio Santamaría Vaquerizo (Donostia-San Sebastián)
30/11/1992 Miguel Miranda Puertas (Madrid)
29/09/1992 José Luis Luengo Martínez (Erreterria)
14/09/1992 Ricardo González Colino (Donostia-San Sebastián)
02/09/1992 Antonio Heredero Gil (Salamanca)
17/08/1992 José Manuel Fernández Lozano (Oiartzun)
17/08/1992 Juan Manuel Martínez Gil (Oiartzun)
23/04/1992 Juan Manuel Hélices Patiño (Irún)
31/03/1992 Joaquín Vasco Álvarez (Madrid)
23/03/1992 Juan José Carrasco Guerrero (Madrid)
19/03/1992 Enrique Martínez Hernández (Lliçà d'Amunt)
19/03/1992 Antonio José Martos Martínez (Sant Quirze del Vallès)
25/02/1992 José San Martín Bretón (Getxo)
19/02/1992 Eutimio Gómez Gómez (Santander)
19/02/1992 Julia Ríos Rioz (Santander)
19/02/1992 Antonio Ricondo Somoza (Santander)
10/02/1992 Ángel García Rabadán (Murcia)
06/02/1992 Juan Antonio Núñez Sánchez (Madrid)
06/02/1992 Ramón Carlos Navia Refojo (Madrid)
06/02/1992 Emilio Domingo Tejedor Fuentes (Madrid)
06/02/1992 Francisco Carrillo Pérez (Madrid)
06/02/1992 Antonio Ricote Castilla (Madrid)
16/01/1992 Virgilio Más Navarro (Barcelona)
16/01/1992 Juan Querol Queralt (Barcelona)
15/01/1992 Manuel Broseta Pons (Valencia)
14/01/1992 José Anseán Castro (Bilbao)

08/01/1992 Arturo Anguera Vallés (Barcelona)
 13/12/1991 José Antonio Garrido Martínez (Barcelona)
 13/12/1991 Francisco Javier Delgado González-Navarro (Barcelona)
 26/11/1991 José Javier Urtegui Aramburu (Donostia-San Sebastián)
 19/11/1991 Pedro Carbonero Fernández (Galdakao)
 07/11/1991 Fabio Moreno Asla (Erandio)
 23/10/1991 Juan Carlos Trujillo García (Donostia-San Sebastián)
 23/10/1991 Eduardo Sobrino González (Donostia-San Sebastián)
 17/10/1991 Francisco Carballar Muñoz (Madrid)
 16/09/1991 José Luis Jiménez Vargas (Muxamel)
 16/09/1991 Víctor Manuel Puertas Viera (Muxamel)
 16/09/1991 Francisco Cebrián Caberas (Muxamel)
 01/09/1991 Alfonso Menchaca Lejona (Bilbao)
 07/08/1991 Francisco Gil Mendoza (Irún)
 28/07/1991 Carlos Pérez Dacosta (Getxo)
 01/07/1991 Pedro Domínguez Pérez (Sevilla)
 01/07/1991 Luis Laraco López (Sevilla)
 01/07/1991 José Luis Jiménez Barrero (Sevilla)
 28/06/1991 Manuel Pérez Ortega (Sevilla)
 28/06/1991 Jesús Sánchez Lozano (Sevilla)
 28/06/1991 Donato Calzado García (Sevilla)
 28/06/1991 Edmundo Pérez Crespo (Sevilla)
 13/06/1991 Ricardo Couso Ríos (Valle de Trápaga-Trapagaran)
 12/06/1991 Andrés Muñoz Pérez (Madrid)
 12/06/1991 Valentín Martín Sánchez (Madrid)
 08/06/1991 Raúl Suárez Fernández (Errenteria)
 05/06/1991 Enrique Aguilar Prieto (Madrid)
 29/05/1991 Juan Salas Piriz (Vic)
 29/05/1991 Baudilia Luque (Vic)
 29/05/1991 María Pilar Quesada Araque (Vic)
 29/05/1991 Ana Cristina Porras López (Vic)
 29/05/1991 Rosa María Rosa Muñoz (Vic)

29/05/1991 Vanesa Ruiz Lara (Vic)
29/05/1991 Ramón Mayo (Vic)
29/05/1991 Francisco Cipriano Díaz Sánchez (Vic)
29/05/1991 Juan Chicoa Ales (Vic)
29/05/1991 Nuria Ribó Perera (Vic)
09/05/1991 Francisco Álvarez Gómez (Ortuella)
06/05/1991 Francisco Robles Fuentes (Pasaia)
05/04/1991 Coro Villamudria Sánchez (Donostia-San Sebastián)
08/04/1991 José Manuel Cruz Martín (Barakaldo)
21/03/1991 Manuel Echevarria Echevarria (Bilbao)
16/03/1991 Luis Arago Guillén (Donostia-San Sebastián)
04/03/1991 José Edmundo Casas Pérez-Serrano (Valencia)
31/01/1991 Francisco Díaz De Cerio Gómez (Bilbao)
09/01/1991 Isidro Jiménez Dual (Bilbao)
02/01/1991 Luis García Lozano (Donostia-San Sebastián)
14/12/1990 Luis Alfredo Achurra Cianca (Amorebieta-Etxano)
13/12/1990 Vicente López Jiménez (Donostia-San Sebastián)
08/12/1990 Ramón Díaz García (Sabadell)
08/12/1990 Juan José Escuredo Ruiz (Sabadell)
08/12/1990 Eduardo Hidalgo Carzo (Sabadell)
08/12/1990 Francisco Pérez Pérez (Sabadell)
08/12/1990 Juan Gómez Salar (Sabadell)
18/11/1990 José Francisco Hernández Herrera (Santurtzi)
18/11/1990 Daniel López Tizón (Santurtzi)
06/10/1990 Carlos Abreras Arroyo (Plentzia)
02/09/1990 José Manuel Alba Morales (Bilbao)
02/09/1990 Luis Alberto Sánchez García (Bilbao)
28/06/1990 Ignacio Urrutia Bilbao (Donostia-San Sebastián)
25/06/1990 José Luis Hervás Mañas (Foz de Lumbier)
13/06/1990 José Lasanta Martínez (Donostia-San Sebastián)
10/06/1990 Rafael San Sebastián Flechoso (Getxo)
03/06/1990 Francisco Almagro Carmona (Pamplona/Iruña)

06/04/1990 Miguel Paredes García (Donostia-San Sebastián)
06/04/1990 Elena Moreno Jiménez (Donostia-San Sebastián)
04/04/1990 Benjamín Quintano Carrasco (Pasaia)
13/03/1990 Ángel Jesús Mota Iglesias (Donostia-San Sebastián)
01/03/1990 Aureliano Rodríguez Arenas (Donostia-San Sebastián)
30/01/1990 Ignacio Pérez Álvarez (Galdakao)
17/11/1989 José Martínez Moreno (Madrid)
15/11/1989 Ignacio Bañuelo Laso (Bilbao)
06/11/1989 Eladio Rodríguez García (Getxo)
29/09/1989 Juan Pedro González Manzano (Irún)
12/09/1989 M^a Carmen Tagle González (Madrid)
12/09/1989 Luis Reina Mesonero (Bilbao)
11/08/1989 Conrada Muñoz Herrera (Montillana)
19/07/1989 José María Martín Posadillo (Madrid)
19/07/1989 Ignacio Baraguas Argües (Madrid)
29/06/1989 Luis Hortelano García (Bilbao)
26/06/1989 Gregorio Caño García (Donostia-San Sebastián)
24/05/1989 Manuel Jodar Cabrera (Bilbao)
24/05/1989 José María Sánchez García (Bilbao)
08/05/1989 José Antonio Montes Gila (Alcalá de Henares)
08/05/1989 Juan Antonio García Andrés (Alcalá de Henares)
25/04/1989 Juan Bautista Castellanos (Bilbao)
12/04/1989 José Calvo De La Hoz (Las Arenas)
22/12/1988 Engraciano González Macho (Zarautz)
18/12/1988 José Antonio Barrado Recio (Eibar)
22/11/1988 Jaime Bilbao Iglesias (Madrid)
22/11/1988 Luis Delgado Villalonga (Madrid)
07/11/1988 Andrés Marcet Balsells (Barcelona)
16/10/1988 Juan José Pacheco Cano (Legazpi)
16/10/1988 Julio Gangoso Otero (Pamplona/Iruña)
16/10/1988 Cristóbal Díaz García (Bilbao)
07/10/1988 Ramón Bañuelos Echevarría (Bilbao)

17/09/1988 José Luis Barrios Capetillo (Santurtzi)
10/09/1988 Martín Martínez Velasco (Izueta)
10/09/1988 Pedro Antonio Fonte Salido (Izueta)
21/08/1988 Antonio Fernández Álvarez (Estella/Lizarra)
21/08/1988 José Antonio Ferri Pérez (Estella/Lizarra)
06/06/1988 Patxi Zabaleta Aizpitarte (Elgoibar)
25/05/1988 Sebastián Aizpiri Lejaristi (Elgoibar)
15/04/1988 Francisco Espina Vargas (Vitoria-Gasteiz)
15/04/1988 Antonio Gómez Osuna (Vitoria-Gasteiz)
27/03/1988 Luis Azcaraga Pérez Caballero (Salvatierra/Agurain)
19/03/1988 Pedro Ballesteros Rodríguez (Durango)
11/12/1987 Emilio Capilla Tocado (Zaragoza)
11/12/1987 M^a del Pilar Franco Muñoz (Zaragoza)
11/12/1987 Roció Capilla Franco (Zaragoza)
11/12/1987 José Pino Arriero (Zaragoza)
11/12/1987 María Carmen Fernández Muñoz (Zaragoza)
11/12/1987 Silvia Pino Fernández (Zaragoza)
11/12/1987 José Ballarin Gava (Zaragoza)
11/12/1987 Miriam Barrera Alcaraz (Zaragoza)
11/12/1987 Esther Barrera Alcaraz (Zaragoza)
11/12/1987 Silvia Ballarin Gay (Zaragoza)
11/12/1987 Ángel Alcaraz Martos (Zaragoza)
11/12/1987 José Luis Gómez Solís (Soraluze/Placencia de las Armas)
01/11/1987 Antonio Mateo Melero (Ordizia)
17/10/1987 Mari Cruz Yoldo Orradre (Pamplona/Iruña)
02/10/1987 Vicente Montoya Salazar (Barakaldo)
27/09/1987 Wenceslao Maya Vázquez (Donostia-San Sebastián)
09/09/1987 Federico Carro Jiménez (Gernika-Lumo)
09/09/1987 Manuel Ávila García (Gernika-Lumo)
08/09/1987 Cristóbal Martín Luengo (Bilbao)
06/08/1987 Rafael Mucientes Sanz (Vitoria-Gasteiz)
06/08/1987 Antonio Ligerio Geins (Vitoria-Gasteiz)

14/07/1987 Antonio López Martínez (Oñati)
14/07/1987 Pedro Gaznarres Barrera (Oñati)
19/06/1987 Rafael Morales Ocaña (Barcelona)
19/06/1987 Teresa Daza Cecilia (Barcelona)
19/06/1987 Jorge Vicente Manzanares (Barcelona)
19/06/1987 Silvia Vicente Manzanares (Barcelona)
19/06/1987 María Carmen Mármol Cubillo (Barcelona)
19/06/1987 Susana Cabrerizo Mármol (Barcelona)
19/06/1987 Sonia Cabrerizo Mármol (Barcelona)
19/06/1987 Luis Enrique Salto Viñuelas (Barcelona)
19/06/1987 María Emilia Eyre Diéguez (Barcelona)
19/06/1987 Milagros Amez Franco (Barcelona)
19/06/1987 Matilde Martínez Domínguez (Barcelona)
19/06/1987 Mercedes Manzanares Servitja (Barcelona)
19/06/1987 José Valero Sánchez (Barcelona)
19/06/1987 Luisa Ramírez Calanda (Barcelona)
19/06/1987 Felipe Caparros Ubierna (Barcelona)
19/06/1987 Consuelo Ortega Pérez (Barcelona)
19/06/1987 Mercedes Moreno Moreno (Barcelona)
19/06/1987 María Rosa Valdellou Mestre (Barcelona)
19/06/1987 Bárbara Serrer Cervantes (Barcelona)
19/06/1987 María Paz Diéguez Fernández (Barcelona)
19/06/1987 Javier Valls Bauza (Barcelona)
17/05/1987 Carmen Pascual Carrillo (Madrid)
03/05/1987 Félix Peña Mazagato (Portugalete)
28/04/1987 María Teresa Torrano Francia (Portugalete)
02/04/1987 Juan Fructuoso Gómez (Barcelona)
27/03/1987 Antonio González Herrero (Barcelona)
19/02/1987 María Luisa Sánchez Ortega (Bilbao)
30/01/1987 Manuel Rivera Sánchez (Zaragoza)
30/01/1987 Ángel José Ramos Saavedra (Zaragoza)
27/01/1987 Javier Biurrun Monreal (Pamplona/Iruña)

11/11/1986 María Teixeira Gonçalves (Donostia-San Sebastián)
02/11/1986 Genaro García De Andoain (Vitoria-Gasteiz)
28/10/1986 Julio Cesar Sánchez Rodríguez (Bilbao)
25/10/1986 Rafael Garrido Gil (Donostia-San Sebastián)
25/10/1986 Daniel Garrido Velasco (Donostia-San Sebastián)
25/10/1986 Daniela Velasco Domínguez de Vidaurreta (San Sebastián)
14/10/1986 Ángel González Pozo (Barcelona)
18/08/1986 José Picatoste González (Villarreal)
13/08/1986 José Miguel Moros Peña (Portugalete)
05/08/1986 Juan Ignacio Calvo Guerrero (Madrid)
31/07/1986 Ángel De La Higuera López (Madrid)
26/07/1986 Ignacio Mateu Isturiz (Aretxabaleta)
26/07/1986 Adrián González Revilla (Aretxabaleta)
18/07/1986 Javier Esteban Plaza (Madrid)
14/07/1986 Jesús Jiménez Jimeno (Madrid)
14/07/1986 José Joaquín García Ruiz (Madrid)
14/07/1986 Antonio Lancharro Reyes (Madrid)
14/07/1986 Andrés José Fernández Pertierra (Madrid)
14/07/1986 José Calvo Gutiérrez (Madrid)
14/07/1986 Miguel Ángel Cornejo Ros (Madrid)
14/07/1986 Carmelo Bella Alamo (Madrid)
14/07/1986 Jesús María Freixes Montes (Madrid)
14/07/1986 Santiago Iglesias Godino (Madrid)
28/06/1986 Francisco Muriel Muñoz (Orio)
17/06/1986 Carlos Besteiro Pérez (Madrid)
17/06/1986 Ricardo Sáenz de Ynestrillas Martínez (Madrid)
17/06/1986 Francisco Casillas Martín (Madrid)
08/06/1986 Antonio Ramos Ramírez (Arrasate/Mondragón)
20/05/1986 Manuel Fuentes Pedreira (Arrigorriaga)
02/05/1986 Enrique Moreno Arguilea (Donostia-San Sebastián)
25/04/1986 Juan Carlos González Rentero (Madrid)
25/04/1986 Vicente Javier Domínguez González (Madrid)

25/04/1986 Juan José Catón Vázquez (Madrid)
25/04/1986 Juan Mateos Pulido (Madrid)
25/04/1986 Alberto Alonso Gómez (Madrid)
20/03/1986 José Ignacio Aguirrezabalaga de la Granja (Zumaia)
13/03/1986 José Antonio Álvarez Díez (Donostia-San Sebastián)
06/02/1986 Cristóbal Colón de Carvajal y Maroto (Madrid)
30/12/1985 Alejandro Sáenz Sánchez (Lasarte-Oria)
23/12/1985 Juan Atares Peña (Pamplona/Iruña)
06/12/1985 Mario Leal Barquero (Arrasate/Mondragón)
26/11/1985 José Herrero Quiles (Lasarte-Oria)
25/11/1985 Rafael Melchor García (Donostia-San Sebastián)
25/11/1985 José Manuel Ibarzabal Luque (Donostia-San Sebastián)
25/11/1985 Isidoro Díez Ratón (Donostia-San Sebastián)
14/09/1985 Félix Gallego Salmón (Vitoria-Gasteiz)
11/09/1985 Eugene Kent Brown (Madrid)
16/08/1985 Clement Peret (Castellón de la Plana/Castelló de la Plana)
04/08/1985 José Expósito Afán (Elgoibar)
03/08/1985 Fernando Amor Calvo (Luyando)
29/07/1985 Fausto Escrigas Estrada (Madrid)
29/07/1985 Agustín Ruiz Fernández de Retana (Vitoria-Gasteiz)
11/07/1985 Esther Gijalba Gómez (Madrid)
09/07/1985 Antonio Trujillo Comino (Donostia-San Sebastián)
09/07/1985 Juan Merino Antúnez (Donostia-San Sebastián)
26/06/1985 Estanislao Galindez Llano (Amurrio)
24/06/1985 Ignacio Montes Abad (Bilbao)
18/06/1985 Eugenio Recio García (Santurtzi)
12/06/1985 Vicente Romero González (Madrid)
12/06/1985 Juan García Jiménez (Madrid)
12/06/1985 Esteban Del Amo García (Madrid)
12/06/1985 José Milarengo De Bernardo (Portugalete)
30/05/1985 Alfredo Aguirre Belascoain (Pamplona/Iruña)
30/05/1985 Francisco Miguel (Pamplona/Iruña)

30/05/1985 José Martínez Parens (Markina-Xemein)
26/05/1985 Moisés Cosme Herrero Luango (Bilbao)
22/05/1985 Francisco Rivas López (Donostia-San Sebastián)
22/05/1985 Máximo Díaz Barderas (Donostia-San Sebastián)
18/05/1985 Juan José Uriarte Orúe (Bermeo)
16/05/1985 Luis Navarro Izquierdo (Basauri)
12/05/1985 Máximo Antonio García Freile (Donostia-San Sebastián)
29/04/1985 Jesús Ildefonso García Padilla (Galdakao)
07/03/1985 Carlos Díaz Arcocha (Vitoria-Gasteiz)
26/02/1985 Ángel Facal Soto (Pasajes San Juan)
19/02/1985 Ricardo Tejero Magro (Madrid)
19/01/1985 Agapito Sánchez Angulo (Portugalete)
31/12/1984 José Larrañaga Arenas (Azkoitia)
07/12/1984 Francisco Javier Fernández Lajusticia (Bilbao)
07/12/1984 Juan Enríquez Criado (Bilbao)
07/12/1984 Luis Alberto Asensio Pereda (Bilbao)
23/11/1984 Mohamed Amar Abderrahman (Irun)
16/11/1984 Joseph Couchot (Irun)
08/11/1984 Juan Sánchez Sierro (Zestoa)
17/10/1984 Vicente Gajate Martín (Errenteria)
28/09/1984 José Luis Veiga Pérez (Vitoria-Gasteiz)
28/09/1984 Agustín Pascual Jove (Vitoria-Gasteiz)
28/09/1984 Victoriano Collado Arribas (Vitoria-Gasteiz)
22/09/1984 José María Martínez-Cubero (Valle de Trápaga-Trapagaran)
25/07/1984 Juan Rodríguez Rosales (Lekeitio)
19/07/1984 Antonio Torrón Santamaría (Portugalete)
02/07/1984 Alberto Aznar Feix (Portugalete)
18/06/1984 Manuel González Villar (Biarritz)
14/06/1984 Ángel Zapatero Antolín (Donostia-San Sebastián)
07/06/1984 Diego Torrente Reverte (Pamplona/Iruña)
27/05/1984 Luis Hoyo Ochoa (Pamplona/Iruña)
03/05/1984 Ángel Rodríguez Sánchez (Irún)

21/04/1984 Antonio Velasco Benito (Bilbao)
18/04/1984 José Ortiz Verdú (Galdakao)
13/04/1984 Jesús Alcocer Jiménez (Pamplona/Iruña)
13/04/1984 Tomás Palacín Pellejero (Pamplona/Iruña)
13/04/1984 Juan José Visiedo Calero (Pamplona/Iruña)
03/04/1984 Bernardo Pérez Sobrino (Bilbao)
28/03/1984 José Naranjo Martín (Elorrio)
01/03/1984 Pedro Ortiz de Urbina Garayalde (Vitoria-Gasteiz)
23/02/1984 Enrique Casas Vila (Donostia-San Sebastián)
29/01/1984 Guillermo Quintana Lacaci (Madrid)
15/12/1983 Eduardo Navarro Cañadas (Donostia-San Sebastián)
15/12/1983 Francisco Arin Urquiola (Tolosa)
09/12/1983 Pablo Garraza García (Erreterria)
08/12/1983 Francisco Javier Collado Azurmendi (Zegama)
26/11/1983 José Antonio Julián Bayano (Vitoria-Gasteiz)
12/11/1983 Antonio De Vicente Comesaña (Bermeo)
09/11/1983 José Ángel Martínez Trelles (Bilbao)
05/11/1983 Manuel Carrasco Merchán (Villabona)
26/10/1983 Lorenzo Mendizábal Iturrarte (Irún)
20/10/1983 Cándido Cuña González (Erreterria)
18/10/1983 Alberto Martín Barrios (Galdakao)
15/10/1983 Alfredo Jorge Suar Muro (Cádiz)
15/10/1983 José Reyes Corchado (Oñati)
13/10/1983 Ángel Flores Jiménez (Erreterria)
08/10/1983 Juan José Pulido Pavón (Hernani)
05/10/1983 Manuel Benito José (Portugalete)
16/09/1983 Pablo Sánchez Cesar (Urnieta)
06/09/1983 Julián Alberdi Igartua (Donostia-San Sebastián)
05/09/1983 Arturo Quintanilla Salas (Donostia-San Sebastián)
05/08/1983 Manolo Peronie Díez (Hernani)
31/07/1983 Rafael Gil Marín (Getaria)
31/07/1983 Enrique Rúa Díaz (Getaria)

23/07/1983 Ramiro Salazar Suero (Vitoria-Gasteiz)
13/07/1983 Manuel Francisco García San Miguel (Sopelana)
27/06/1983 Jesús Blanco Cereceda (Pamplona/Iruña)
23/06/1983 Emilio José Cánovas López (Donostia-San Sebastián)
22/06/1983 Juan Maldonado Moreno (Pasajes San Juan)
16/06/1983 Eduardo Vadillo Vadillo (Markina-Xemein)
07/06/1983 Francisco Machio Martos (Azpeitia)
28/05/1983 Antonio Conejo Jalguero (Pamplona/Iruña)
28/05/1983 Fidel Lázaro Aparicio (Pamplona/Iruña)
04/05/1983 Julio Segarra Blanco (Bilbao)
04/05/1983 Pedro Barquero González (Bilbao)
04/05/1983 María Dolores Ledo García (Bilbao)
27/03/1983 Aniano Sutil Pelayo (Donostia-San Sebastián)
25/03/1983 Ramón Ezequiel Martínez García (Oiartzun)
20/02/1983 Luis Manuel Allende Porrua (Bilbao)
12/02/1983 Patricia Llanillo Borbolla (Tolosa)
07/02/1983 Benito Alonso Gómez (Bilbao)
05/02/1983 Ramón Iturriondo García (Bilbao)
05/02/1983 Aníbal Izquierdo Emperador (Bilbao)
02/02/1983 Miguel Mateo Pastor (Ordizia)
29/12/1982 Juan García Mencia (Irún)
29/12/1982 Manuel López Fernández (Irún)
12/12/1982 Juan Ramón Joya Lago (Tolosa)
23/11/1982 Carlos Manuel Patiño Casanova (Errenteria)
17/11/1982 Cesar Uceda Vera (Bilbao)
04/11/1982 Víctor Lago Román (Madrid)
31/10/1982 Francisco González Ruiz (Vitoria-Gasteiz)
22/10/1982 Domingo Javier García González (Algorta)
15/10/1982 Gregorio Hernández Corchete (Leitza)
09/10/1982 José Giménez Mayoral (Irún)
08/10/1982 Alberto Toca Echevarria (Pamplona/Iruña)
05/10/1982 Juan Carlos Ribeiro de Aguilar (Bermeo)

22/09/1982 Emilio Fernández Arias (Bilbao)
14/09/1982 Alfonso López Hernández (Errenteria)
14/09/1982 Jesús Ordoñez Pérez (Errenteria)
14/09/1982 Antonio Cedillo Toscano (Errenteria)
14/09/1982 Juan Serronero Sacristán (Errenteria)
27/08/1982 José Luis Barona Zorilla (Mungia)
27/08/1982 Francisco Javier Angulo Fernández (Mungia)
25/08/1982 Vicente Gómez Duarte (Mungia)
25/08/1982 Miguel Garrido Romero (Mungia)
16/07/1982 Alberto López Jaureguizar (Bilbao)
04/07/1982 Juan García González (Burguete)
30/06/1982 José Aybar Yáñez (Barakaldo)
13/06/1982 José Fernández Perna (Pasaia)
05/06/1982 Rafael Vega Gil (Santurtzi)
03/06/1982 Daniel Henríquez García (Bilbao)
14/05/1982 Antonio Huegun Aguirre (Eibar)
05/05/1982 Ángel Pascual Múgica (Bilbao)
02/05/1982 Antonio Pablo Fernández Rico (Ondarroa)
17/04/1982 Vicente Luis Garcera López (Pamplona/Iruña)
31/03/1982 Antonio Gómez García (Donostia-San Sebastián)
30/03/1982 Ramiro Carasa Pérez (Donostia-San Sebastián)
28/03/1982 Pedro Conrado Martínez Castaños (Tolosa)
26/03/1982 Enrique Cuesta Jiménez (Donostia-San Sebastián)
22/03/1982 Alfonso Maside Bouzo (Sestao)
22/03/1982 Cristina Mónica Illarmendi Ricci (Sestao)
22/03/1982 Agustín Martínez Pérez (Sestao)
15/03/1982 Modesto Martín Sánchez (Errenteria)
16/02/1982 Benjamín Fernández Fernández (Donostia-San Sebastián)
16/02/1982 José Frago Martín (Oiartzun)
27/01/1982 Benigno García Díaz (Ondarroa)
02/01/1982 Pablo Garayalde Jaureguizabal (Alegia)
28/11/1981 Manuel Hernández Seisdedos (Getxo)

17/10/1981 Santiago González de Paz (Santurtzi)
25/07/1981 Félix Galindez Llano (Amurrio)
14/07/1981 Ovidio Ferreira Martín (Bilbao)
10/07/1981 Joaquín Gorjón González (Basauri)
05/07/1981 Luis Miranda Blanco (Oiartzun)
05/07/1981 Magin Fernández Ferrero (Barakaldo)
26/06/1981 Antonio Murillo Chacón (Hernani)
24/06/1981 Luis de la Parra Urbaneja (Irún)
24/06/1981 Ignacio Ibarguchi Erostarbe (Tolosa)
24/06/1981 Juan Manuel Martínez Castañares (Tolosa)
16/06/1981 María José García Sánchez (Zarautz)
05/06/1981 Esteban Álvarez Merallo (Donostia-San Sebastián)
14/05/1981 José Olalla de la Flor (Lemoa)
14/05/1981 Manuel Sánchez Borallo (Lemoa)
07/05/1981 Guillermo Tevar Saco (Madrid)
07/05/1981 Antonio Noguera García (Madrid)
07/05/1981 Manuel Rodríguez Taboada (Madrid)
14/04/1981 Oswaldo José Rodríguez Fernández (Donostia-San Sebastián)
14/04/1981 Luis Cadarso San Juan (Basauri)
14/04/1981 José María Latiegui Balmaseda (Usurbil)
09/04/1981 Francisco Francés Garzón (Bilbao)
08/04/1981 Vicente Sánchez Vicente (Barakaldo)
27/03/1981 Juan Costas Otamendi (Tolosa)
21/03/1981 Ramón Romeo Rotaache (Bilbao)
21/03/1981 José Luis Prieto García (Pamplona/Iruña)
05/03/1981 José Luís Raimundo Moya (Bilbao)
06/02/1981 José María Ryan Estrada (Bilbao)
17/01/1981 Leopoldo García Martín (Donostia-San Sebastián)
14/01/1981 José Luis Oliva Hernández (Sodupe)
05/01/1981 Antonio Díaz García (Errenteria)
03/01/1981 Joaquín Martínez (Logroño)
11/12/1980 José Javier Moreno Castro (Eibar)

06/12/1980 Ignacio Lasa de Rezola (Azpeitia)
02/12/1980 Carlos Fernández Valcárcel (Logroño)
27/11/1980 Miguel Garciarena Baraibar (Donostia-San Sebastián)
27/11/1980 Miguel Ángel San Martín Fernández (Logroño)
21/11/1980 Aurelio Prieto Prieto (Tolosa)
17/11/1980 Juan García León (Eibar)
14/11/1980 Vicente Zorita Alonso (Santurtzi)
12/11/1980 Miguel Zunzunegui Arratibel (Ataun)
06/11/1980 Alberto Lisalde Ramos (Eibar)
06/11/1980 Sotero Mazo Figueras (Eibar)
04/11/1980 Miguel Lasa Arrubarrena (Zarautz)
03/11/1980 Ángel Retamar Nogales (Zarautz)
03/11/1980 Arturo López Hernández (Zarautz)
03/11/1980 Modesto García Lorenzo (Zarautz)
03/11/1980 Julio Cesar Castrillejo Pérez (Zarautz)
31/10/1980 Juan De Dios Doval De Mateo (Donostia-San Sebastián)
31/10/1980 José María Pérez López De Orueta (Hernani)
29/10/1980 Carlos Fernández Aspiazu (Donostia-San Sebastián)
23/10/1980 Juan Manuel García Cordero (Donostia-San Sebastián)
23/10/1980 Jaime Arrese Arizmendiarieta (Elgoibar)
23/10/1980 Felipe Extremiana Unanue (Amorebieta-Etxano)
13/10/1980 Lorenzo Motos Rodríguez (Donostia-San Sebastián)
07/10/1980 Carlos García Fernández (Eibar)
04/10/1980 José Luis Vázquez Plata (Salvatierra/Agurain)
04/10/1980 Avelino Palma Brioa (Salvatierra/Agurain)
04/10/1980 Ángel Prado Mella (Salvatierra/Agurain)
03/10/1980 José Antonio Merenciano Ruiz (Durango)
03/10/1980 Sergio Canal Canal (Durango)
03/10/1980 Jesús Hernando Ortega (Durango)
02/10/1980 Ramón Coto Abad (Bilbao)
02/10/1980 Benito Morales Fabián (Errenteria)
29/09/1980 José Ignacio Ustáran Ramírez (Vitoria-Gasteiz)

20/09/1980 Antonio García Argente (Markina-Xemein)
20/09/1980 Mariano González Huergos (Markina-Xemein)
20/09/1980 Miguel Fernández Espigares (Markina-Xemein)
20/09/1980 Alfonso Martínez Bellos (Markina-Xemein)
13/09/1980 José María Urquizu Goyonaga (Durango)
06/09/1980 Basilio Altuna Fernández (Erenchun)
03/09/1980 Antonio Fernández Guzmán (Santurtzi)
28/08/1980 Jesús María Echeveste Toledo (Irún)
02/08/1980 Mario González Blasco (Eibar)
23/07/1980 Antonio Contreras Gabarra (Bilbao)
23/07/1980 María Contreras Gabarra (Bilbao)
23/07/1980 Anastasio Leal Serradillo (Bilbao)
22/07/1980 Francisco López Bescós (Villamediana de Iregua)
18/07/1980 Ramón Ledo Taboada (Bergara)
13/07/1980 Aurelio Navio Navio (Orio)
13/07/1980 Antonio Gómez Ramos (Orio)
02/07/1980 Joaquín Becerra Calvente (Amurrio)
28/06/1980 Justino Quindós López (Azkoitia)
28/06/1980 Elio López Camerón (Azkoitia)
28/06/1980 Julio Muñoz Gran (Azkoitia)
25/06/1980 Luis Hergueta Guinea (Vitoria-Gasteiz)
20/06/1980 Julio Santiago Expósito Pascual (Sestao)
19/06/1980 José Pablo García Lorenzo (Amorebieta-Etxano)
15/06/1980 Ángel Postigo Mejias (Pamplona/Iruña)
11/06/1980 José Miguel Etxeberria (San Juan de Luz)
16/05/1980 Francisco Ramón Ruiz Fernández (Goizueta)
16/05/1980 Francisco Puig Mestre (Goizueta)
16/05/1980 Ceferino Peña Zubia (Arrona)
15/05/1980 Dionisio Villadangas Calvo (Donostia-San Sebastián)
15/05/1980 José Manuel Rodríguez Fontana (Donostia-San Sebastián)
15/05/1980 Jesús Holgado Sabio (Donostia-San Sebastián)
12/05/1980 Ramón Baglietto Martínez (Alto de Azcárate)

09/05/1980 Antonio Moreno Núñez (Santurtzi)
08/05/1980 José María Espinosa Viscarret (Pasajes San Juan)
01/05/1980 José Oyaga Marañón (Pamplona)
01/05/1980 Jesús María Vidarra Olleta (Pamplona)
28/04/1980 Rufino Muñoz Alcalde (Oiartzun)
16/04/1980 Luis Martos García (Irún)
16/04/1980 José Torralba López (Irún)
13/04/1980 Eugenio Lázaro Valle (Vitoria-Gasteiz)
06/04/1980 Francisco Pascual Anchio (Orio)
06/04/1980 Florentino Lopetegui Barcajoba (Orio)
29/03/1980 José María Piris Carballo (Azpeitia)
25/03/1980 Enrique Aresti Urien (Bilbao)
24/03/1980 Dámaso Sánchez Soto (Durango)
24/03/1980 José Arcedo Quiles (Eskoriatza)
18/03/1980 José Luis Ramírez Villar (Madrid)
20/02/1980 Eugenio Saracibar González de Durana (Donostia-San Sebastián)
17/02/1980 Mario Cendán Geimonde (Islares)
15/02/1980 Ignacio Arocena Arbelaiz (Oiartzun)
08/02/1980 Ángel Astuy Rodríguez (Oñati)
08/02/1980 Miguel Rodríguez Fuentes (Pasaia)
01/02/1980 José Martínez Pérez-Castillo (Ispaster)
01/02/1980 Carlos José Gómez Trillo (Ispaster)
01/02/1980 José Gómez Mariñán (Ispaster)
01/02/1980 Alfredo Díez Marcos (Ispaster)
01/02/1980 Antonio Marín Gamero (Ispaster)
01/02/1980 Victorino Villamor González (Ispaster)
27/01/1980 Juan Manuel Román Moreno (Basauri)
25/01/1980 Luis Domínguez Jiménez (Bergara)
23/01/1980 Alfredo Ramos Vázquez (Barakaldo)
20/01/1980 Liborio Arana Gómez (Barakaldo)
20/01/1980 Manuel Santacoloma Velasco (Barakaldo)
20/01/1980 María Paz Armiño Boran (Barakaldo)

20/01/1980 Pacífico Fica Zuloaga (Barakaldo)
19/01/1980 José Miguel Palacios Domínguez (Getxo)
14/01/1980 Francisco Moya Jiménez (Elorrio)
10/01/1980 Jesús María Velasco Zuazola (Vitoria-Gasteiz)
09/01/1980 Sebastián Arroyo González (Altsasu/Alsasua)
05/01/1980 Jesús García García (Barakaldo)
18/12/1979 Juan Cruz Montoya Ortuetta (Vitoria-Gasteiz)
28/11/1979 Ángel García Pérez (Azpeitia)
28/11/1979 Antonio Alex Martínez (Azpeitia)
28/11/1979 Pedro Sánchez Marfil (Azpeitia)
16/11/1979 Juan Luís Aguirreurreta Arzamendi (Arrasate/Mondragón)
12/11/1979 Fernando Rodríguez Espinola (Oiartzun)
02/11/1979 Antonio Mesa Murillo (Bilbao)
31/10/1979 Manuel Fuentes Fontán (Portugalete)
27/10/1979 Germán González López (Urretxu)
08/10/1979 Carlos Sanz Biurrun (Pamplona/Iruña)
07/10/1979 Eugenio Recio Guzmán (Bilbao)
07/10/1979 Manuel Pérez Comerón (Bilbao)
05/10/1979 Luís María Uriarte Alzaa (Bilbao)
30/09/1979 Santos Sampedro Lozano (Donostia-San Sebastián)
30/09/1979 Alfonso Vilariño Doce (Gernika-Lumo)
30/09/1979 Pedro Gori Rovira (Las Arenas)
26/09/1979 Sixto Holgado Martín (Errenteria)
23/09/1979 Lorenzo González Valles (Donostia-San Sebastián)
23/09/1979 Carlos Seijas Fernández (Ferrol)
19/09/1979 Aurelio Pérez Zamora (Bilbao)
19/09/1979 Julián Ezquerro Serrano (Bilbao)
13/09/1979 Modesto Carriegas Pérez (Barakaldo)
30/08/1979 José María Pérez Rodríguez (Zumarraga)
30/08/1979 Aureliano Calvo Valls (Donostia-San Sebastián)
18/08/1979 José Manuel Juan Boix (Madrid)
16/08/1979 Antonio López Carreras (Bilbao)

13/08/1979 Manuel Ferreira Simoes (Portugalete)
08/08/1979 Antonio Nieves Cañuelo (Sondika)
04/08/1979 Juan Tauste Sánchez (Eibar)
02/08/1979 Dionisio Gonzalo Rey Amez (Madrid)
29/07/1979 Florentino García Siller (Madrid)
29/07/1979 Dorothy Fertz (Madrid)
29/07/1979 José Manuel Amaya Pérez (Madrid)
29/07/1979 Juan Luna Azol (Madrid)
29/07/1979 Jesús Emilio Pérez Palma (Madrid)
29/07/1979 Guadalupe Redondo Villar (Madrid)
29/07/1979 Moisés Cordero López (Donostia-San Sebastián)
29/07/1979 Antonio Pastor Marín (Donostia-San Sebastián)
28/07/1979 Miguel Ángel Saro López (Bilbao)
28/07/1979 Emilio López de la Peña (Bilbao)
21/07/1979 Jesús María Colomo Rodríguez (Beasain)
12/07/1979 Santos Ainsa Cristóbal (Zaragoza)
12/07/1979 Juan Ramón Albanell Córdoba (Zaragoza)
12/07/1979 Cristóbal Alberó Sánchez (Zaragoza)
12/07/1979 Joaquín Antolín Berenguer (Zaragoza)
12/07/1979 Serafín Ares Espiñeira (Zaragoza)
12/07/1979 Begoña Álvarez Velasco (Zaragoza)
12/07/1979 Louisa Laure Augusta-Farcy (Zaragoza)
12/07/1979 Asunción Baeza Escolano (Zaragoza)
12/07/1979 Carmen Ballaruelo Turón (Zaragoza)
12/07/1979 Marta Bamala Duch (Zaragoza)
12/07/1979 Teresa Berdor Labe (Zaragoza)
12/07/1979 José Andrés Bonet Bofill (Zaragoza)
12/07/1979 Emilia Bouza Álvarez (Zaragoza)
12/07/1979 María Asunción Cabello Baeza (Zaragoza)
12/07/1979 Ángel Cabello Iruela (Zaragoza)
12/07/1979 Miguel Cárcamo Lastra (Zaragoza)
12/07/1979 Blanca Iris Carllini de Castellini (Zaragoza)

12/07/1979 Juan Castellini (Zaragoza)
12/07/1979 Francisco Cosme Quer (Zaragoza)
12/07/1979 Juan de Juan Martínez (Zaragoza)
12/07/1979 José del Amo Villar (Zaragoza)
12/07/1979 Eugenio Díaz Iglesias (Zaragoza)
12/07/1979 Eugenio Díaz Montes (Zaragoza)
12/07/1979 Francisca Diufaín de Alba (Zaragoza)
12/07/1979 José Domingo Pujadas (Zaragoza)
12/07/1979 Patrick du Breuil Anchagnon (Zaragoza)
12/07/1979 Isabel Durán Milara (Zaragoza)
12/07/1979 Rosa M^a Ezquerro Escribano (Zaragoza)
12/07/1979 Kim Klaus Felmann (Zaragoza)
12/07/1979 Inmaculada Fernández Caballero (Zaragoza)
12/07/1979 José Fernández Olive (Zaragoza)
12/07/1979 Walace Foster (Zaragoza)
12/07/1979 Ángel Fullana Llodra (Zaragoza)
12/07/1979 Jean Arthur Furnelle (Zaragoza)
12/07/1979 M^a Concepción García Llorente (Zaragoza)
12/07/1979 Genara García O'Neill (Zaragoza)
12/07/1979 David Giménez Pérez (Zaragoza)
12/07/1979 Amparo Gimeno Puyol (Zaragoza)
12/07/1979 Francisco Gómez Quero (Zaragoza)
12/07/1979 Santiago González Camiruaga (Zaragoza)
12/07/1979 Pilar González Fuentes (Zaragoza)
12/07/1979 José Giménez Gil (Zaragoza)
12/07/1979 Ángel Hernández Pérez (Zaragoza)
12/07/1979 Benita Leno (Zaragoza)
12/07/1979 Ángel Martínez Torres (Zaragoza)
12/07/1979 José Luis Martínez Muñio (Zaragoza)
12/07/1979 Santiago Martín Pérez (Zaragoza)
12/07/1979 Carlos Alberto Mauro Albricio (Zaragoza)
12/07/1979 José Molina Campayo (Zaragoza)

12/07/1979 Gonzalo Montes Martínez (Zaragoza)
12/07/1979 Manuel Moro Hernández (Zaragoza)
12/07/1979 Manuel Moya Jimeno (Zaragoza)
12/07/1979 Fernando Noguero Noguero (Zaragoza)
12/07/1979 Leocadio Olabarría García-Ribero (Zaragoza)
12/07/1979 Mercedes Payol (Zaragoza)
12/07/1979 Rodrigo Peñalosa Esteban-Infantes (Zaragoza)
12/07/1979 Rodrigo Peñalosa López-Pin (Zaragoza)
12/07/1979 Ana M^a Pérez Gimeno (Zaragoza)
12/07/1979 Enrique Pérez Gimeno (Zaragoza)
12/07/1979 Joaquín Ismael Peris Coret (Zaragoza)
12/07/1979 Francisco Javier Puig Villaro (Zaragoza)
12/07/1979 Alfonso Queipo de Llano Acuña (Zaragoza)
12/07/1979 Tomás Revuelta García (Zaragoza)
12/07/1979 Arnold Rivero (Zaragoza)
12/07/1979 Vicente Ruber Chermay (Zaragoza)
12/07/1979 M^a Fernanda Ruber Gimeno (Zaragoza)
12/07/1979 Miguel Ángel Santos Álvarez (Zaragoza)
12/07/1979 José M^a Sanz Herránz (Zaragoza)
12/07/1979 Erosina Segarra Narváez de López (Zaragoza)
12/07/1979 José Luis Serrano Sánchez (Zaragoza)
12/07/1979 Francisco Sidera Casals (Zaragoza)
12/07/1979 Jim Thaelman (Zaragoza)
12/07/1979 Arabia Torres Bardo (Zaragoza)
12/07/1979 Basilia Torres (Zaragoza)
12/07/1979 Joaquín Valero Pérez (Zaragoza)
12/07/1979 Mercedes Vega Neira (Zaragoza)
12/07/1979 Karl Theodor Walle Yoris (Zaragoza)
12/07/1979 Robert Waslow (Zaragoza)
01/07/1979 Emeterio de la Fuente Aller (León)
22/06/1979 Francisco Medina Albala (Donostia-San Sebastián)
22/06/1979 Diego Alfaro Orihuela (Basauri)

19/06/1979 Héctor Muñoz Espinosa (Irún)
13/06/1979 Ángel Baños Espada (Lemoiz)
07/06/1979 Andrés Antonio Varela Rua (Tolosa)
06/06/1979 Luis Berasategui Mendizábal (Bergara)
25/05/1979 Luis Gómez Ortigüela (Madrid)
25/05/1979 Agustín Laso Corral (Madrid)
25/05/1979 Jesús Abalos Jiménez (Madrid)
25/05/1979 Luis Gómez Borrero (Madrid)
17/05/1979 Antonio Pérez García (Lemoa)
02/05/1979 José Miguel Maestre Rodríguez (Ordizia)
02/05/1979 Antonio Peña Solís (Ordizia)
30/04/1979 Juan Antonio Díaz Román (Oñati)
28/04/1979 Pedro Ruiz Rodríguez (Durango)
17/04/1979 Juan Bautista García (Ordizia)
09/04/1979 Dionisio Imaz Gorostiza (Ordizia)
07/04/1979 Ginés Pujante García (Donostia-San Sebastián)
07/04/1979 Miguel Orenés Guillamón (Donostia-San Sebastián)
07/04/1979 Juan Bautista Peralta Montoya (Donostia-San Sebastián)
05/04/1979 Pedro Fernández Serrano (Pamplona/Iruña)
23/03/1979 Antonio Recio Claver (Vitoria-Gasteiz)
16/03/1979 José María Maderal Oleaga (Bilbao)
09/03/1979 Miguel Chavarri Isasi (Beasain)
05/03/1979 Agustín Muñoz Vázquez (Madrid)
14/02/1979 Sergio Borrajo Palacín (Vitoria-Gasteiz)
14/02/1979 Benito Arroyo Gutiérrez (Deba)
12/02/1979 Cesar Pinilla Sanz (Mungia)
07/02/1979 Vicente Irusta Altamira (Ibarruri)
06/02/1979 José Antonio Vivó Undabarrena (Olaberria)
04/02/1979 Esteban Sáez Gómez (Donostia-San Sebastián)
03/02/1979 José Diez Pérez (Andoain)
31/01/1979 Félix De Diego Martínez (Irún)
30/01/1979 José Fernández Artola Goicoechea (Antzuola)

27/01/1979 Jesús Ulayar Liliaga (Etxarri-Aranatz)
 15/01/1979 Francisco Mota Calvo (Donostia-San Sebastián)
 13/01/1979 Francisco Gómez Jiménez (Azpeitia)
 13/01/1979 Miguel García Bayo (Azpeitia)
 09/01/1979 Ciriaco Sanz García (Laudio/Llodio)
 06/01/1979 Antonio Ramírez Gallardo (Beasain)
 06/01/1979 Hortensia González Ruiz (Beasain)
 03/01/1979 Constantino Ortin Gil (Madrid)
 02/01/1979 José María Herrera Hernández (Donostia-San Sebastián)
 02/01/1979 Francisco Berlanga Robles (Pamplona/Iruña)
 31/12/1978 José Luis Vicente Cantón (Laudio/Llodio)
 30/12/1978 Lisardo Sampil Belmonte (Iurreta)
 27/12/1978 José María Arrizabalaga Arcocha (Ondarroa)
 23/12/1978 Pedro Garrido Caro (Donostia-San Sebastián)
 19/12/1978 Joaquín Azaola Martínez (Algorta)
 17/12/1978 Diego Fernández Montes Rojas (Donostia-San Sebastián)
 13/12/1978 Saturnino Sota Argaiz (Vitoria-Gasteiz)
 13/12/1978 Juan Jiménez Gómez (Pasaia)
 06/12/1978 Vicente Rubio Ereño (Santurtzi)
 05/12/1978 José María Serrais Llasera (Donostia-San Sebastián)
 05/12/1978 Gabriel Alonso Perejil (Donostia-San Sebastián)
 05/12/1978 Ángel Cruz Salcines (Donostia-San Sebastián)
 01/12/1978 Manuel León Ortega (Oñati)
 29/11/1978 Alejandro Hernández Cuesta (Irún)
 27/11/1978 Eliodoro Arriaga Ciaurriz (Villabona)
 25/11/1978 Elías Elexpe Astondoa (Amorebieta-Etxano)
 20/11/1978 José Benito Sánchez Sánchez (Basauri)
 20/11/1978 Benjamín Sancho Mejido (Basauri)
 16/11/1978 Francisco Mateu Cánovas (Madrid)
 15/11/1978 Emilia Larrea Sáez De Adana (Arrasate/Mondragón)
 11/11/1978 José Rodríguez De Lama (Urretxu)
 11/11/1978 Lucio Revilla Alonso (Urretxu)

09/11/1978 Luis Candendo Pérez (Antzuola)
05/11/1978 Mariano Criado Ramajo (Tolosa)
02/11/1978 José Legasa Ubiria (Irún)
02/11/1978 Juan Cruz Hurtado Fernández (Gernika-Lumo)
02/11/1978 Rafael Reaola Landa (Lezo)
30/10/1978 Ignacio Olaiz Michelena (Andoain)
26/10/1978 Andrés Silverio Martín (Bilbao)
25/10/1978 José Benito Díaz García (Bilbao)
25/10/1978 Epifanio Benito Vidal Vázquez (Durango)
22/10/1978 Luciano Mata Corral (Las Arenas)
22/10/1978 Luis Carlos Gancedo Ruiz (Las Arenas)
14/10/1978 Alberto Villena Castillo (Lekeitio)
13/10/1978 Ramón Muñíos Fernández (Bilbao)
13/10/1978 Elías García González (Bilbao)
09/10/1978 Anselmo Durán Vidal (Elgoibar)
09/10/1978 Ángel Pacheco Pata (Markina-Xemein)
03/10/1978 Francisco De Asís Liesa Morote (Bilbao)
02/10/1978 Ramiro Quintero Ávila (Lizartza)
25/09/1978 José Zafra Regil (Donostia-San Sebastián)
25/09/1978 Lorenzo Soto Soto (Donostia-San Sebastián)
23/09/1978 José Antonio Ferreiro González (Vitoria-Gasteiz)
04/09/1978 Amancio Barreiro Gens (Aguinaga)
28/08/1978 Aurelio Salgueiro López (Arrasate/Mondragón)
28/08/1978 Alfonso Estevas-Guilman Muñoz (Hondarribia)
25/08/1978 José García Gastiain (Vitoria-Gasteiz)
21/07/1978 Antonio García Caballero (Tolosa)
21/07/1978 Juan Manuel Sánchez Ramos Izquierdo (Madrid)
21/07/1978 Juan Antonio Pérez Rodríguez (Madrid)
08/07/1978 Javier Jáuregui Bernaola (Lemoa)
05/07/1978 Domingo Merinno Arévalo (Zarautz)
29/06/1978 Jesús Manuel Campos Rodríguez (Pasaia)
28/06/1978 José María Portell Manso (Bilbao)

27/06/1978 Francisco Martínez González (Donostia-San Sebastián)
 24/05/1978 José Martín Merquelanz Sarriegui (Oiartzun)
 15/05/1978 Miguel Iñigo Blanco (Donostia-San Sebastián)
 09/05/1978 Manuel López González (Pamplona/Iruña)
 09/05/1978 Juan Marcos González (Donostia-San Sebastián)
 24/03/1978 Joaquín Vicente Val (Vitoria-Gasteiz)
 17/03/1978 Alberto Negro Viguera (Lemoiz)
 17/03/1978 Andrés Guerra Pereda (Lemoiz)
 16/03/1978 Esteban Beldarrain Madariaga (Bilbao)
 10/03/1978 José María Acedo Panizo (Aduna)
 05/03/1978 Miguel Ángel Raya Aguilar (Vitoria-Gasteiz)
 05/03/1978 Joaquín Ramos Gómez (Vitoria-Gasteiz)
 24/02/1978 Manuel Lemos Noya (Bilbao)
 11/01/1978 José Manuel Baena Martín (Pamplona/Iruña)
 16/12/1977 Julio Martínez Ezquerro (Irún)
 26/11/1977 Joaquín Imaz Martínez (Pamplona/Iruña)
 02/11/1977 José Díaz Fernández (Irún)
 08/10/1977 Augusto Unceta-Barrenechea Azpiri (Gernika-Lumo)
 08/10/1977 Antonio Hernández-Fernández Segura (Gernika-Lumo)
 08/10/1977 Ángel Antonio Ribera Navarrón (Gernika-Lumo)
 27/06/1977 Valentín Godoy Cerezo (Vitoria-Gasteiz)
 22/06/1977 Javier De Ibarra Y Bergé (Barazar)
 13/06/1977 José María Basañez Jauregui (Barakaldo)
 18/05/1977 Manuel Orceda De La Cruz (Donostia-San Sebastián)
 28/04/1977 Antonio Galán Aceituno (Tolosa)
 13/03/1977 Constantino Gómez Barcia (Arrasate/Mondragón)
 11/01/1977 Félix Ayuso Pinel (Madrid)
 04/10/1976 Juan María De Araluce Villar (Donostia-San Sebastián)
 04/10/1976 Alfredo García González (Donostia-San Sebastián)
 04/10/1976 Luis Francisco Sanz Flores (Donostia-San Sebastián)
 04/10/1976 Antonio Palomo Pérez (Donostia-San Sebastián)
 04/10/1976 José María Elicegui Díez (Donostia-San Sebastián)

09/06/1976 Luis Carlos Albo Llamosas (Basauri)
02/05/1976 Antonio De Frutos Sualdea (Legazpi)
11/04/1976 Miguel Gordo García (Barakaldo)
07/04/1976 Ángel Berazadi Urbe (Elgoibar)
04/04/1976 Jesús María González Ituero (Anglet)
04/04/1976 José Luis Martínez Martínez (Anglet)
30/03/1976 Vicente Soria Blasco (Soraluze-Placencia de las Armas)
13/03/1976 Manuel Albizu Idiáquez (Getaria)
01/03/1976 Emilio Guezala Aramburu (Lezo)
10/02/1976 Julián Galarza Ayasturi (Zizurkil)
09/02/1976 Víctor Legorburu Ibarreche (Galdakao)
17/01/1976 Manuel Vergara Jiménez (Ordizia)
24/11/1975 Antonio Echeverría Albisu (Oiartzun)
18/10/1975 Manuel López Treviño (Zarautz)
12/10/1975 Germán Aguirre Irazuegui (Villarreal)
05/10/1975 Jesús Pascual Martín Lozano (Oñati)
05/10/1975 Juan José Moreno Chamorro (Oñati)
05/10/1975 Esteban Maldonado Llorente (Oñati)
08/08/1975 Demetrio Lesmes Martín (Hernani)
31/07/1975 Francisco Expósito Camio (Usurbil)
05/07/1975 Carlos Arguimberri Elorriaga (Deba)
26/06/1975 Fernando Fernández Moreno (Ceuta)
06/06/1975 Ovidio Díaz López (Barcelona)
05/06/1975 Mariano Román Madroñal (Donostia-San Sebastián)
13/05/1975 Domingo Sánchez Muñoz (Gernika-Lumo)
07/05/1975 Fernando Llorente Roig (Bilbao)
06/05/1975 Andrés Segovia Peralta (Gernika-Lumo)
22/04/1975 José Ramón Morán González (Getxo)
29/03/1975 José Díaz Linares (Donostia-San Sebastián)
17/12/1974 Luis Santos Hernández (Arrasate-Mondragón)
17/12/1974 Argimiro García Estévez (Arrasate-Mondragón)
29/10/1974 Jerónimo Vera García (Pasaia)

13/09/1974 Concepción Pérez Paino (Madrid)
13/09/1974 Francisca Baeza Alarcón (Madrid)
13/09/1974 María Ángeles Rey Martínez (Madrid)
13/09/1974 Baldomero Barral Fernández (Madrid)
13/09/1974 María José Pérez Martínez (Madrid)
13/09/1974 Antonio Alonso Palacín (Madrid)
13/09/1974 María Jesús Arco Tirado (Madrid)
13/09/1974 Luis Martínez Martín (Madrid)
13/09/1974 Antonio Lobo Aguado (Madrid)
13/09/1974 Francisco Gómez Vaquero (Madrid)
13/09/1974 Manuel Llanos Gancedo (Madrid)
13/09/1974 Gerardo García Pérez (Madrid)
11/09/1974 Martín Durán Grande (Bilbao)
02/06/1974 Manuel Pérez Vázquez (Ataun)
03/04/1974 Gregorio Posada Zurrón (Azpeitia)
20/12/1973 Luis Carrero Blanco (Madrid)
20/12/1973 Juan Antonio Bueno Fernández (Madrid)
20/12/1973 José Luis Pérez Mogená (Madrid)
24/03/1973 José Humberto Fouz Escobedo (Francia)
24/03/1973 Jorge García Carneiro (Francia)
24/03/1973 Fernando Quiroga Veiga (Francia)
29/08/1972 Eloy García Cambra (Galdakao)
09/04/1969 Fermín Monasterio Pérez (Bilbao)
02/08/1968 Melitón Manzanas González (Irún)
07/06/1968 José Pardines Arcay (Villabona)
28/06/1960 M^a Begoña Urroz Ibarrola (Donostia-San Sebastián)



ANTONIO
MERINO SANTAMARÍA

Funcionario. Perteneció al Cuerpo de Técnicos de Administración del Estado. En diciembre de 1981, siendo Director de la Administración del Patrimonio Social Urbano dependiente del MOPU en Vizcaya, es transferido a la Delegación del Gobierno Vasco en Vizcaya.

Miembro Fundador de Alianza Popular de Vizcaya en el año 1977, es nombrado Secretario General, alcanzando su presidencia en 1978. Al año siguiente, 1979, recibe la responsabilidad de la Presidencia de Alianza Popular en el País Vasco, desde noviembre de 1979 hasta octubre de 1983.

Con posterioridad ha sido Diputado por Vizcaya, en las Cortes Generales en las legislaturas IV, V, VI VII (1989-2004). Actualmente sigue siendo miembro de la Junta Directiva Provincial de Vizcaya del Partido Popular.



ÁLVARO
CHAPA IMAZ

Doctor en Historia. Cuenta con más de veinticinco años de experiencia ayudando a diversas corporaciones como Iberdrola, Aranía, Bilbao Metrópoli 30, Grupo Tamoín, entre otras sociedades y Fundaciones culturales, a conservar y narrar su historia con el concurso de los actores empresariales, las cuales han sido recogidas en numerosas publicaciones.

Es socio fundador de Idéntitas Historia Corporativa.

Ha sido cargo electo, como Apoderado por el Partido Popular en las Juntas Generales de Vizcaya, en la legislatura 1995-1999.

“Aquí, la mayor de las luces ha sido la valentía de todos aquellos que han apostado por la defensa de un Estado de derecho y por su salvaguarda como la mejor de las garantías para lograr conjugar esa Libertad con la Justicia y la Igualdad. La más pesada de todas las sombras sin duda ha sido el terrorismo, el mayor enemigo de las sociedades abiertas”.

Mariano Rajoy



“Raíces de Libertad” es la historia humana de veinticuatro personas asesinadas por ETA, pertenecientes a los partidos de centro derecha que han constituido el actual Partido Popular del País Vasco.

Unión del Centro Democrático, Alianza Popular, Coalición Popular-Unión Foral y el Partido Popular sufrieron y sufren la persecución alevosa del terrorismo nacionalista de ETA con la clara voluntad de exterminar su opción en el País Vasco, objetivo que casi consiguieron en los años 80, y en el que fracasaron en la década de los 90. El fracaso de esa estrategia es el origen y la causa de la derrota de ETA.

La FPEV, organización dependiente del Partido Popular del País Vasco, acomete en esta obra la obligada y sentida reconstrucción de la vida de estas víctimas y de sus familias, en homenaje a su sacrificio y reconocimiento a su memoria. Memoria y reconocimiento que se extiende a las casi novecientas víctimas de diferentes orígenes, profesiones y opciones ideológicas, que han sido asesinadas por ETA, y a sus familias.

Todos ellos y su sacrificio son las verdaderas y auténticas raíces de la libertad de los vascos y de todos los españoles.



FUNDACIÓN POPULAR
de estudios vascos



ATXULAR ATEA
colección supelegor